

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LVIII - Núms. 839-840
Mayo-Junio 2001

Edita
Fundació Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@eic.ictnet.es



En el 750
aniversario del
Escapulario
del Carmen

Consistorio
extraordinario
ante el tercer
milenio

Junio: Mes
del Sagrado
Corazón

Sumario: pág. 2



«La devoción del santo Escapulario
es un tesoro para toda la Iglesia»

Sumario

La naturaleza misionera de la Iglesia de Cristo. Homilía del Papa durante la Misa concelebrada el día de la Ascensión al concluirse el consistorio extraordinario de cardenales	3
«Los medios humanos no pueden sustituir al fin divino de la Iglesia, a su misión de santificación del Nombre». Relación del cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, ante el consistorio extraordinario	6
750 aniversario del Escapulario del Carmen	8
Mensaje de Juan Pablo II a los superiores de las dos órdenes de Carmelitas con motivo del 750 aniversario de la entrega del Escapulario a san Simón Stock	9
Sobre el sentido íntimo del santo Escapulario de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. <i>Bartolomé Xiberta, O.Carm.</i>	11
El Escapulario del Carmen, signo de la consagración a María. <i>Ignacio Segarra Bañeres</i>	13
«Revestíos de las armas de Dios». El escapulario del Carmen, memorial de las virtudes marianas. <i>Enrique Martínez</i>	17
Mis recuerdos del padre Xiberta <i>Francisco Canals Vidal</i>	21
Junio, mes del Sagrado Corazón <i>Antonio Pérez-Mosso</i>	22
La devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el Magisterio de la Iglesia. <i>José M^a Petit Sullá</i>	23
El Apostolado de la Oración y el tercer milenio <i>Oriol Anguera de Sojo</i>	29
A los 50 años de la consagración de Schola Cordis Iesu al Inmaculado Corazón de María <i>Teresa Lamarca</i>	32
La síntesis filosófica de santo Tomás <i>Francisco Canals Vidal</i>	34
Juan Sebastián Bach: música para la gloria de Dios (II). <i>Gerardo Manresa Presas</i>	42
VIII Simposio Internacional sobre san José	46
Pequeñas lecciones de Historia. Hildebrando y Pedro Damián. <i>Gerardo Manresa</i>	47
Actualidad religiosa, <i>Javier González Fernández</i>	48
Actualidad política, <i>Jorge Soley Climent</i>	50
Orientaciones bibliográficas, <i>Gregorio Peña</i>	52
Hemos leído, <i>Aldobrando Vals</i>	54
De otras fuentes: Pío XII y los judíos <i>Peter Gumpel, S.I.</i>	56
CRISTIANDAD hace cincuenta años, <i>J. M^a P. S.</i>	60
Falsedad de los nuevos «modelos de familia»	64

RAZÓN DEL NÚMERO

Con la Virgen María, en la evangelización del tercer milenio

JUAN Pablo II iniciaba el mensaje dirigido a los superiores de las dos órdenes de Carmelitas, con motivo del 750 aniversario de la entrega del Escapulario a san Simón Stock con estas palabras: «El providencial evento de gracia, que ha sido para la Iglesia el Año jubilar, la induce a mirar con fe y esperanza el camino apenas iniciado del nuevo milenio. “Nuestra andadura, al principio de este nuevo siglo –he escrito en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*– debe hacerse más rápida... Nos acompaña en este camino la Santísima Virgen, a la que... he confiado el tercer milenio”».

Las palabras del Papa nos sirven para conferir unidad a nuestro número de mayo-junio en los tres temas principales de que se hace eco: el consistorio extraordinario de cardenales, el citado aniversario carmelitano y la devoción al Sagrado Corazón, carisma esencial del Apostolado de la Oración. Advertirá, de paso, el lector que en cada uno de estos temas hemos acudido a lo esencial: a lo que en ellos es intrínseco y al Magisterio pontificio.

Insiste el Papa, concluido ya el Año Jubilar, en la necesidad de lanzarse, con renovado impulso, a la evangelización del mundo del tercer milenio. Para esta evangelización ha usado en diversas ocasiones la invitación a Simón Pedro: «Remad mar adentro»; y la ha confiado a la protección de la Virgen, invocada como «Estrella de la nueva evangelización». La advocación de la Virgen del Carmelo como eficaz protectora en las más difíciles singladuras –espirituales y materiales– de la vida aparece llena de simbolismo para esta empresa del mandato misionero. «Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un oceano inmenso en el cual hay que aventurarse», dice Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte*. Pero, todo lo que se proponga en este terreno, dice también el Papa, debe basarse en la oración y en la contemplación, y a través de ellas los miembros del Apostolado de la Oración también podemos participar en esta evangelización.

NUEVA DIRECCIÓN PARA EL CORREO ELECTRÓNICO

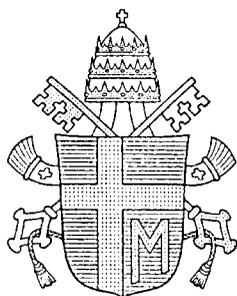
Comunicamos a nuestros suscriptores, colaboradores y amigos que por un fallo en nuestro sistema informático el E-mail orlandis@eic.ictnet.es no recibe mensajes desde el pasado 17 de mayo. Por tanto, los enviados con posterioridad a esta fecha son irre recuperables. Mientras se resuelve este percance, pueden usar nuestra otra dirección:

regnat@eic.ictnet.es

La naturaleza misionera de la Iglesia parte de Cristo

*Homilía del Papa durante la Misa concelebrada el día de la Ascensión
al concluirse el consistorio extraordinario de cardenales*

Juan Pablo II se reunió en consistorio extraordinario con todos los cardenales del mundo, del 21 al 24 de mayo, para estudiar el tema «Perspectivas de la Iglesia para el tercer milenio, a la luz de la *Novo millennio ineunte*. Las reuniones comenzaron el lunes 21. Asistieron 155 cardenales, de los 183 que componen en la actualidad el Colegio. Después de la relación del cardenal Roger Etchegaray sobre las celebraciones del gran jubileo y la del cardenal Crescenzo Sepe sobre los resultados del mismo, tuvieron lugar numerosas intervenciones, que se prolongaron durante toda la mañana. La sesión de la tarde comenzó con la relación del cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, acerca de las perspectivas pastorales de la Iglesia en el nuevo milenio. En esta sesión actuó de moderador el cardenal Joseph Ratzinger, subdecano del Colegio cardenalicio y prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe. La sesión matinal del martes día 22 tuvo por moderador al cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado. La de la tarde estuvo moderada por el cardenal Bernardin Gantin. Ambas sesiones se dedicaron a las intervenciones de los cardenales. En la mañana de la tercera jornada el trabajo se realizó en grupos menores. Durante la sesión de la tarde, en la que actuó de moderador el cardenal Sodano, se leyeron las relaciones de los grupos; después, el cardenal Juan Sandoval Íñiguez, arzobispo de Guadalajara (México), presentó la relación final. El jueves, día 24, solemnidad de la Ascensión, tuvo lugar una solemne concelebración presidida por el Santo Padre, a la que asistieron numerosos arzobispos, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, así como el Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede. Juan Pablo II, durante la celebración, pronunció la siguiente homilía.



Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado; amadísimos hermanos y hermanas:

1. Nos hallamos reunidos en torno al altar del Señor para celebrar su Ascensión al cielo. Hemos escuchado sus palabras: «Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos (...) hasta los confines del mundo» (Hch 1, 8). Desde hace dos mil años estas palabras del Señor resucitado impulsan a la Iglesia a adentrarse en el mar de la historia, la hacen contemporánea de todas las generaciones, la transforman en

levadura de todas las culturas del mundo. Las volvemos a escuchar hoy para acoger con renovado fervor la orden «duc in altum», «rema mar adentro», que un día Jesús dio a san Pedro: una orden que quise que resonara en toda la Iglesia con la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, y que a la luz de esta solemnidad litúrgica cobra un significado más profundo aún. El *altum* hacia el que la Iglesia debe dirigirse no es sólo un compromiso misionero más fuerte, sino también, y sobre todo, un compromiso contemplativo más intenso. Como los Apóstoles, testigos de la Ascensión, también nosotros estamos invitados a fijar nuestra mirada en el rostro de Cristo, elevado al resplandor de la gloria divina.

Ciertamente, contemplar el cielo no significa olvidar la tierra. Si nos viniera esta tentación, nos bastaría escuchar de nuevo a los «dos hombres vestidos de blanco» de la página evangélica de hoy: «¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?». La contemplación cristiana no nos aleja del compromiso histórico. El «cielo» al que Jesús ascendió no es lejanía, sino ocultamiento y custodia de una presencia que no nos abandona jamás, hasta que él vuelva en la gloria. Mientras tanto, es la hora exigente

del testimonio, para que en el nombre de Cristo «se predique la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos» (cf. Lc 24, 47).

2. Precisamente para reavivar esta conciencia, quise convocar el consistorio extraordinario que se concluye hoy. Los señores cardenales de todo el mundo, a los que saludo con afecto fraterno, se han reunido conmigo durante estos días para afrontar algunos de los temas más importantes para la evangelización y el testimonio cristiano en el mundo actual, al comienzo de un nuevo milenio. Para nosotros ha sido, ante todo, un momento de comunión, en el que hemos experimentado un poco de la alegría que colmó el corazón de los Apóstoles, después de que el Resucitado, bendiciéndolos, se separó de ellos para subir al cielo. En efecto, dice san Lucas que, «después de adorarlo, se volvieron a Jerusalén con gran alegría, y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios» (Lc 24, 52-53).

La naturaleza misionera de la Iglesia hunde sus raíces en este icono de los orígenes. Lleva impresos sus rasgos y vuelve a proponer su espíritu. Vuelve a proponerlo comenzando por la experiencia de la alegría, que el Señor Jesús prometió a cuantos lo aman: «Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (Jn 15, 11). Si nuestra fe en el Señor resucitado es viva, nuestro corazón no puede menos de colmarse de alegría, y la misión se configura como un «rebosar» de alegría, que nos impulsa a llevar a todos la «buena nueva» de la salvación con valentía, sin miedos ni complejos, incluso a costa del sacrificio de la vida.

La naturaleza misionera de la Iglesia, que parte de Cristo, encuentra apoyo en la colegialidad episcopal, y es estimulada por el Sucesor de Pedro, cuyo ministerio tiende a promover la comunión en la Iglesia, garantizando la unidad de todos los fieles en Cristo.

3. Precisamente esta experiencia convirtió a san Pablo en el «Apóstol de los gentiles», llevándolo a recorrer gran parte del mundo entonces conocido, bajo el impulso de una fuerza interior que lo obligaba a hablar de Cristo: «Vae mihi est si non evangelizavero», «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9,16). También yo, en mi reciente peregrinación apostólica a Grecia, Siria y Malta, quise ir tras sus huellas, como completando, de este modo, mi peregrinación jubilar. Experimenté en ella la alegría de compartir con afectuosa admiración algunos aspectos de la vida de nuestros amadísimos hermanos católicos orientales, y de ver abrirse nuevas perspectivas ecuménicas en las relaciones con nuestros también muy amados hermanos ortodoxos: con la ayuda de Dios se dieron pasos muy significativos hacia la anhelada meta de la comunión plena.

El encuentro con los musulmanes fue asimismo muy hermoso. Como en la peregrinación, tan anhelada, a la tierra del Señor, que realicé durante el gran jubileo, tuve la ocasión de destacar los vínculos particulares de nuestra

fe con la del pueblo judío, igualmente fue muy intenso el momento de diálogo con los creyentes del islam. En efecto, el concilio Vaticano II nos enseñó que el anuncio de Cristo, único Salvador, no nos impide, sino que, al contrario, nos sugiere pensamientos y gestos de paz hacia los creyentes que pertenecen a otras religiones (cf. *Nostra aetate*, 2).

4. «Seréis mis testigos». Estas palabras que Jesús dirigió a los Apóstoles antes de la Ascensión explican bien el sentido de la evangelización de siempre, pero, de modo especial, resultan sumamente actuales en nuestro tiempo. Vivimos en una época en que sobreabunda la palabra, repetida hasta la saciedad por los medios de comunicación social, que ejercen tanto influjo sobre la opinión pública, para bien y para mal. Pero lo que necesitamos es la palabra rica en sabiduría y santidad. Por eso en la *Novo millennio ineunte* escribí que «la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la santidad» (n. 30), cultivada en la escucha de la palabra de Dios, la oración y la vida eucarística, especialmente durante la celebración semanal del *dies Domini*. Sólo gracias al testimonio de cristianos verdaderamente comprometidos a vivir de modo radical el Evangelio, el mensaje de Cristo puede abrirse camino en nuestro mundo. La Iglesia afronta hoy enormes desafíos, que ponen a prueba la confianza y el entusiasmo de los heraldos. Y no se trata sólo de problemas «cuantitativos», debidos al hecho de que los cristianos constituyen una minoría, mientras el proceso de secularización sigue erosionando la tradición cristiana incluso en países de antigua evangelización. Los problemas más graves derivan de una transformación general del horizonte cultural, dominado por el primado de las ciencias experimentales inspiradas en los criterios de la epistemología científica. El mundo moderno, incluso cuando se muestra sensible a la dimensión religiosa y parece redescubrirla, acepta a lo sumo la imagen de Dios creador, mientras que le resulta difícil aceptar —como sucedió con los oyentes de san Pablo en el areópago de Atenas (cf. Hch 17,32-34)— el *scandalum crucis* (cf. 1 Co 1,23), el «escándalo» de un Dios que por amor entra en nuestra historia y se hace hombre, muriendo y resucitando por nosotros. Es fácil intuir el desafío que esto implica para las escuelas y las universidades católicas, así como para los centros de formación filosófica y teológica de los candidatos al sacerdocio, lugares en los que es preciso impartir una preparación cultural que esté a la altura del momento cultural actual.

Otros problemas derivan del fenómeno de la globalización, que, aunque ofrece la ventaja de acercar a los pueblos y las culturas, haciendo más accesible a todos un sinfín de mensajes, no facilita el discernimiento y una síntesis madura, sino que favorece una actitud relativista, que hace aún más difícil aceptar a Cristo como «camino, verdad y vida» (Jn 14,6) para todo hombre.

¿Y qué decir de cuanto está emergiendo en el ámbito de los interrogantes morales? Hoy más que nunca, sobre

todo en el campo de los grandes temas de la bioética, la justicia social, la institución familiar y la vida conyugal, la humanidad se siente interpelada por problemas formidables, que ponen en tela de juicio su mismo destino.

El consistorio ha reflexionado ampliamente sobre algunos de estos problemas, realizando análisis profundos y proponiendo soluciones meditadas. Diversas cuestiones se volverán a abordar en el próximo Sínodo de los obispos, que, como ha quedado demostrado, es un instrumento valioso y eficaz de la colegialidad episcopal, al servicio de las Iglesias particulares. Venerados hermanos cardenales, os agradezco la magnífica contribución que acabáis de dar: quiero aprovecharla para sacar oportunas indicaciones operativas, a fin de que la acción pastoral y evangelizadora en toda la Iglesia aumente su espíritu misionero, con plena conciencia de los desafíos actuales.

5. El misterio de la Ascensión nos abre hoy el horizonte ideal desde el que se ha de enfocar este compromiso. Es, ante todo, el horizonte de la victoria de Cristo sobre la muerte y el pecado. Ascende al cielo como rey de amor y paz, fuente de salvación para la humanidad entera. Ascende para «ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros», como hemos escuchado en la lectura de la carta a los Hebreos (Hb 9, 24). La palabra de Dios nos invita a tener confianza: «es fiel quien hizo la promesa» (Hb 10,23).

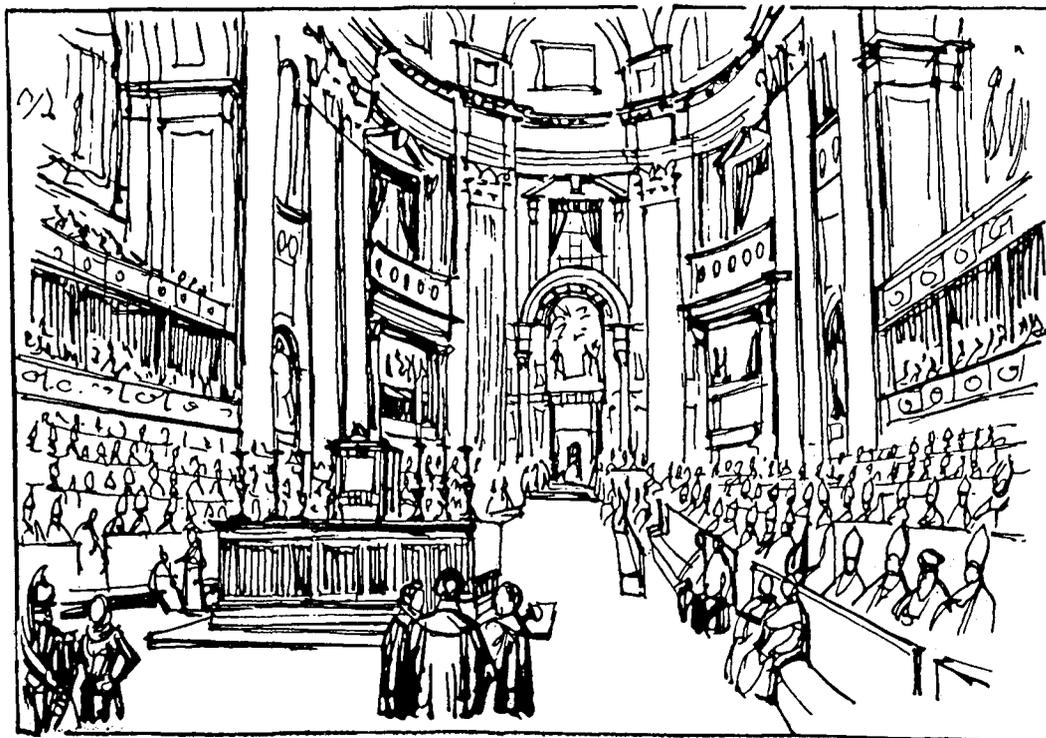
También nos da fuerza el Espíritu, que Cristo derramó sin medida. El Espíritu es el secreto de la Iglesia de hoy, como lo fue para la Iglesia de la primera hora. Estaríamos condenados al fracaso si no siguiera siendo eficaz en nosotros la promesa que Jesús hizo a los primeros Apósto-

les: «Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido; vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto» (Lc 24,49). El Espíritu, Cristo, el Padre: ¡toda la Trinidad está comprometida con nosotros!

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, no estaremos solos cuando recorramos el camino que nos espera. Nos acompañan los sacerdotes, los religiosos y los laicos, jóvenes y adultos, comprometidos a fondo para dar a la Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, un rostro de pobreza y misericordia, especialmente hacia los necesitados y los marginados, un rostro iluminado por el testimonio de la comunión en la verdad y en el amor. No estaremos solos, sobre todo porque con nosotros estará la santísima Trinidad. Los compromisos que encomendé como consigna a toda la Iglesia en la *Novo millennio ineunte*, así como los problemas sobre los que ha reflexionado el consistorio, no los afrontaremos sólo con nuestras fuerzas humanas, sino con la fuerza que viene «de lo alto». Esta es la certeza que se alimenta continuamente en la contemplación de Cristo elevado al cielo.

Fijando en él nuestra mirada, aceptemos de buen grado la exhortación de la carta a los Hebreos a «mantenernos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa» (Hb 10,23).

Nuestro renovado compromiso se hace canto de alabanza, a la vez que con las palabras del Salmo indicamos a todos los pueblos del mundo a Cristo resucitado y elevado al cielo: «Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo. (...) Dios es el rey del mundo» (Sal 47,1.8). Por tanto, con renovada confianza, «rememos mar adentro» en su nombre.



«Los medios humanos no pueden sustituir al fin divino de la Iglesia, a su misión de santificación del Nombre»

Relación del cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, ante el consistorio extraordinario (21 de mayo de 2001)

Santísimo Padre,

Los siete temas propuestos a este Consistorio extraordinario señalan las urgencias pastorales que la celebración del Jubileo ha puesto a la luz. Vos ya las habéis abordado en los capítulos III y IV de vuestra Carta apostólica *Novo millennio ineunte*.

En esta perspectiva, debemos reflexionar sobre estas cuestiones y sobre el método para elaborar una programación pastoral que no solamente convenga a nuestras Iglesias particulares sino que pueda también ser objeto de un esfuerzo, de un impulso para toda la Iglesia.

—¿Desde qué perspectiva?

Sólo podemos responder identificando al sujeto de la acción. Es la Iglesia considerada no desde un punto de vista humano, como una de las instituciones del cuerpo social de la humanidad, sino con los ojos de la fe como la Esposa de Cristo. En ella el Señor despliega el designio redentor para todos los hombres; en ella reúne a todos aquellos que el Padre le ha dado para que sean sus discípulos. Así pues, en la íntima relación de los fieles con su Señor, en el don del Espíritu Santo, reside para la Iglesia la fuente y la norma de su acción.

—¿Según qué método?

Debemos reflexionar en profundidad sobre la relación entre el fin y los medios. Los medios deben ser coherentes con el fin. Las consignas que Jesús da a los Doce cuando los envía «en total pobreza» a anunciar el Reino de Dios señalan con precisión los paradójicos métodos conformes a esta misión colectiva (cf. Mt 10).

Reflexionando sobre esta cuestión podemos entrar más profundamente en el conocimiento del misterio de Cristo, único «programa» de la Iglesia. La actualidad de este programa no cesa de ser iluminado por el Espíritu Santo, que obra en la casa de Dios. El inicio del capítulo III de la *Novo millennio ineunte* (n. 29) enuncia claramente este principio paradójico para la perspectiva humana:

«Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula

mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, sino una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!

»No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. [Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene en cuenta el tiempo y la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es nuestro programa para el tercer milenio».]

Esta meditación fundamental ilumina el tiempo de la Iglesia, su presente y su acción.

1. Con la celebración del gran Jubileo del año 2000, hemos entrado en el tercer milenio de la era cristiana: *novum millennium*.

Ya la *Gaudium et spes* (4) constataba: «Hodie genus humanum in nova historiae suae aetate versatur in qua profundae et celeres mutationes ad universum orbem gradatim extendentur». Hemos entrado en esta *aetas nova* que pide de nuestra parte una nueva evangelización. A este respecto, se podría decir que el anuncio del Evangelio está todavía en sus inicios y que despliega hoy un poder de salvación, de justicia y de paz que los hombres no podían imaginar en los límites del mundo antiguo.

Para este nuevo mundo, del que no podemos percibir las formas que tendrá en el futuro, la salvación que anuncia el Evangelio no ha agotado su incorruptible novedad. Él aporta a los hijos de Dios la única respuesta digna del hombre a los nuevos desafíos planteados a la fraternidad humana por la mundialización.

Santísimo Padre, Vos empezáis vuestra Carta apostólica invitando a la Iglesia a recibir para la «nueva etapa de su camino» la palabra del primer encargo a Simón: «Duc in altum». La evangelización de la *aetas nova* está en sus inicios, con las pruebas y las insondables riquezas que Dios desvelará a su Iglesia. Quizá estemos sólo en el inicio de la era cristiana.

2. Nuestros intercambios de puntos de vista se concen-

trarán en los elementos programáticos recogidos en la segunda parte de vuestra Carta. Debemos más y más mantener los ojos de la fe fijos en Cristo, nuestro Maestro y nuestro Señor. Porque sólo Él, al darnos el Espíritu Santo, abre nuestras inteligencias y nuestros corazones al discernimiento de los caminos de Dios. Sólo Él nos enseña las condiciones auténticas de la acción de su Iglesia.

Existe, en efecto, una coherencia perfecta entre las obras de Cristo y los medios humildes que estamos llamados a movilizar para cumplir la voluntad salvífica del Padre y la misión de reconciliación que el Hijo nos ha confiado: «Id y haced discípulos de todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

3. Los medios, ¿son neutrales? ¿Todos pueden ponerse al servicio del Evangelio en el supuesto, por descontado, que no contengan ningún elemento contrario al bien moral?

Quizá sea menos difícil proponer para los temas estudiados soluciones técnicas (como para los medios de comunicación, pero también para la vida económica, que deja o precipita en la pobreza y el hambre a una parte de la humanidad, o para el progreso de las ciencias en el respeto de la condición humana). Quizá sea posible sugerir habilidades tomadas a las ciencias humanas y sociales y a los múltiples métodos de gestión desarrollados en la actualidad.

Sin embargo, esta búsqueda de la eficacia, común a toda nuestra época, engendra en los hombres sufrimientos y males tan grandes como los beneficios esperados. Ya que, en la vida humana, a menudo los medios escogidos toman la figura de fines: son puestos al servicio de finalidades indignas: la voluntad de poder, el deseo de goce, el provecho, la gloria o la vanidad... En pocas palabras, de los medios hacemos ídolos. Nuestros ídolos quedan escondidos.

Los medios no pueden ocupar el lugar de los fines. Esto es verdad en la acción política, en la vida económica, como en cualquier empresa humana que tiene como fin servir al bien común de los hombres. A fortiori, los medios humanos no pueden sustituir al fin divino de la Iglesia, a su misión de santificación del Nombre.

Contentándonos con elecciones aparentemente técnicas en la obra evangelizadora, ignoraríamos el sujeto de la acción, que es la propia Iglesia. Sería también ignorar la naturaleza original de la misión que Cristo le confía: trabajar por la salvación, por la divinización de todos los hombres. Contentarse con los medios humanos es olvidar el Rostro del único Mediador, del único Camino entre Dios y los hombres.

4. Ya que se trata en este «programa» crítico de acoger la llamada que resuena cada día, a cada generación, en el corazón de la Iglesia: la llamada del Salvador a la conversión, la llamada a acoger y a poner en práctica la Palabra de Vida recogida del Señor resucitado. El Espíritu abre sin cesar a la inteligencia de Cristo nuestros corazones endurecidos y hace reconocer y amar por la Iglesia a Aquel de quien ella obtiene la vida, porque ella es de Él y para Él.

Aquello que un célebre libro del cardenal Congar llamaba Verdadera y falsa reforma en la Iglesia se había convertido en boca del bienaventurado Juan XXIII en un «aggiornamento». Era pedir la presencia de Cristo Sol de Justicia. Este «aggiornamento» reclama la nueva evangelización de la *nova aetas*, anuncio profético de la nueva creación en el Resucitado.

La evangelización siempre renovada es la misión fundante de la Iglesia. Ella especifica su acción pastoral.

5. A nivel humano, una reorganización se impone por vía de autoridad y pide tiempo para ser aceptada. Ella comporta siempre un coste humano, las víctimas, y a menudo se aparta de sus fines. El período revolucionario que ha conocido el este de Europa durante casi un siglo es una prueba de ello.

Vos nos lo recordáis, en el poder y en la dulzura del Espíritu de Jesús: no es así como obra la Iglesia. La Iglesia sólo puede vivir su renovación propia convirtiéndose a su Señor, buscando el rostro de Dios, en la docilidad al Espíritu Santo. De manera que la caridad y el amor sean la fuente y la fuerza de toda renovación.

De esta manera un cambio puede ser recibido y deseado como la expresión de una mayor misericordia y de una mayor fidelidad.

Mayor misericordia para con los pequeños, para con los pobres, para con aquellos que no comprenden, para con aquellos que no saben lo que hacen.

Mayor fidelidad al mismo Cristo y a su Espíritu, que no cesa de habitar en el Pueblo de Dios, de guiarlo y conducirlo hacia el Padre.

Procediendo con esta humildad y esta pobreza, los avances que nos propondremos, lejos de ser causa de rupturas y de divisiones, suscitarán nuevas conversiones y un amor más grande al único Señor.

A pesar de las inevitables incomprensiones entre los pueblos cristianos, tan diversos por la historia, la cultura y los intereses, ayudaremos a nuestros hermanos y hermanas en humanidad a aceptarse, y por tanto, a amarse los unos a los otros en una verdadera comunión.

750 aniversario del Escapulario del Carmen

El año 2001 ha sido proclamado «Año mariano para toda la Orden Carmelitana» por cumplirse el 750 aniversario de la aparición de la Virgen a san Simón Stock. Dicho santo recibió el escapulario de manos de la Virgen el 16 de julio del 1251 y le hizo esta promesa: «Recibe, hijo queridísimo, el Escapulario de tu Orden, signo de mi confraternidad, y privilegio para ti y para todos los Carmelitas: el que muera en él no sufrirá el fuego eterno; he aquí esta señal de salud, salud en los peligros, alianza de paz y de pacto sempiterno».

El escapulario se ha convertido a través de la historia en una señal de compromiso cristiano siguiendo el ejemplo de María.

Desde la Orden carmelitana esta devoción se ha propagado a todo el orbe cristiano. Llevar el Escapulario es tomar el hábito de la Virgen María; esto es, «revestirse» de sus cualidades y ponerse bajo su protección. Como es sabido, el papa san Pío X autorizó –por razones meramente prácticas– que la ropa del Escapulario fuera sustituida por una medalla de la Virgen, en cuyo reverso debe figurar la imagen del Sagrado Corazón. De hecho, la extensión definitiva del Escapulario del Carmen, venciendo muchísimas dificultades, se produce a partir de 1674, coincidiendo precisamente con las apariciones del Sagrado Corazón a santa Margarita. Los mensajes son esencialmente paralelos, pues se trata de una consagración y de una confianza en la misericordia de Dios hacia los pobres pecadores.

Como dice Juan Pablo II, esta devoción mariana expresada «en el humilde signo del Escapulario, consiste en la consagración a su Corazón inmaculado. De este modo, en el Corazón se realiza una comunión y familiaridad con la Virgen santa». Él mismo nos hace esta revelación personal: «También yo llevo sobre mi corazón, desde hace mucho tiempo, el Escapulario del Carmen».

Como decía el papa Pío XII, con motivo del VII centenario del mensaje a san Simón, la devoción del Escapulario de los carmelitas, por su misma sencillez, está al alcance de todos y de ella se han de esperar abundantes frutos de santificación.

El Escapulario –escribió el padre Xiberta–, es el símbolo y el medio de la consagración a María, bajo el doble aspecto de donación de nuestra parte y de protección materna por parte de la Virgen Santísima. Pues, «el Escapulario es ante todo un vestido, que no sólo expresa la condición personal de quien lo lleva, sino también dice orden a una función materna. El hecho de una madre que viste a su propio hijo no cede en dignidad y significado a ninguna otra función del amor materno... La piedad cristiana queriendo representarnos a Jesús en íntima unión con María, inspiró la idea de la túnica inconsútil, que María habría tejido para Jesús y que su Hijo divino habría vestido hasta la cruz».

Como ha dicho Juan Pablo II, «en el signo del Escapulario se evidencia una síntesis eficaz de espiritualidad mariana, que alimenta la devoción de los creyentes, haciéndoles sensibles a la presencia amorosa de la Virgen Madre en sus vidas».

«La forma más genuina de la devoción a la Virgen Santísima, expresada por el humilde signo del Escapulario, es la consagración a su Corazón Inmaculado»

Mensaje de Juan Pablo II a los superiores de las dos órdenes de Carmelitas con motivo del 750 aniversario de la entrega del Escapulario a san Simón Stock

A los Reverendísimos Padres

JOSEPH CHALMERS

Prior General de la Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo (O. Carm.)

y

CAMILO MACCISE

Prepósito General de la Orden de los Hermanos Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo (O.C.D.)

1. El providencial evento de gracia que ha sido para la Iglesia el Año jubilar la induce a mirar con fe y esperanza el camino apenas iniciado del nuevo milenio. «Nuestra andadura, al principio de este nuevo siglo –he escrito en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*– debe hacerse más rápida... Nos acompaña en este camino la Santísima Virgen, a la que... he confiado el tercer milenio» (n. 58).

Con profundo gozo he sabido, por tanto, que la Orden del Carmen, en sus dos ramas, antigua y reformada, quiere expresar su propio amor filial hacia su Patrona, dedicando el año 2001 a Ella, invocada como Flor del Carmelo, Madre y Guía en el camino de la santidad. A este respecto, no puedo dejar de subrayar una feliz coincidencia: la celebración de este año Mariano para todo el Carmelo acaece, según nos transmite una venerable tradición de la misma Orden, en el 750º aniversario de la entrega del Escapulario. Es consiguientemente una celebración que constituye para toda la Familia carmelitana una maravillosa ocasión para profundizar no sólo en su espiritualidad mariana, sino para vivirla cada vez más a la luz del puesto que la Virgen Madre de Dios y de los hombres ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia y, por tanto, para seguirle a Ella que es la «Estrella de la evangelización» (cfr. *Novo millennio ineunte*, n. 58).

2. Las distintas generaciones del Carmelo, desde los orígenes hasta hoy, en su itinerario hacia la «santa montaña, Jesucristo nuestro Señor» (Misal Romano, Colecta de la Misa en honor de la B. V. María del Monte Carmelo, 16 de julio), han tratado de plasmar la propia vida sobre el

ejemplo de María. Por esto en el Carmelo, y en toda alma movida por un tierno afecto hacia la Virgen y Madre Santísima, florece la contemplación de la que, desde el principio, supo estar abierta a la escucha de la Palabra de Dios y obediente a su voluntad (Lc 2,19.5 1). María, de hecho, educada y plasmada por el Espíritu (cfr. Lc 2,44-50), fue capaz de leer en la fe su propia historia (cfr. Lc 1,46-55) y, dócil a la inspiración divina, «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cfr. Gv 19,25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio» (*Lumen gentium*, 58).

3. La contemplación de la Virgen nos la presenta mientras, como Madre premurosa, ve crecer a su Hijo en Nazaret (cfr. Lc 2,40.52), lo sigue por los caminos de Palestina, lo asiste en las bodas de Caná (cfr. Gv 2,5) y, a los pies de la Cruz, se convierte en la Madre asociada a su ofrecimiento, donándose a todos los hombres en la entrega que el mismo Jesús hace de Ella a su discípulo predilecto (cfr. Gv 19,26). Como Madre de la Iglesia, la Virgen Santa está unida a los discípulos «en continua oración» (At 1,14) y, como Mujer nueva que anticipa en sí lo que se realizará un día en todos nosotros con la plena fruición de la vida trinitaria, es elevada al Cielo, de donde extiende el manto de protección de su misericordia sobre los hijos que peregrinan hacia el monte santo de la gloria.

Una tal actitud contemplativa de la mente y del corazón lleva a admirar la experiencia de fe y de amor de la Virgen, que ya vive en sí cuanto todo fiel desea y espera realizar en el misterio de Cristo y de la Iglesia (cfr. *Sacrosanctum Concilium*, 103; *Lumen gentium*, 53). Justamente por esto, los carmelitas y las carmelitas han elegido a María como su Patrona y Madre espiritual y la tienen siempre ante los ojos del corazón, la Virgen Purísima que guía a todos al perfecto conocimiento e imitación de Cristo.

Florece así una intimidad de relaciones espirituales que incrementan cada vez más la comunión con Cristo y con María. Para los miembros de la Familia carmelitana, María, la Virgen Madre de Dios y de los hombres, no es sólo un modelo para imitar, sino también una dulce presencia

de Madre y Hermana en la cual confiar. Con acierto santa Teresa de Jesús exhortaba: «Imitad a María y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por Patrona» (*Castillo interior*, III, I, 3).

4. Esta intensa vida mariana, que se expresa en oración confiada, en entusiasta alabanza y diligente imitación, conduce a comprender cómo la forma más genuina de la devoción a la Virgen Santísima, expresada por el humilde signo del Escapulario, es la consagración a su Corazón Inmaculado (cfr. Pío XII, Carta *Neminem profecto latet* [11 febrero 1950: AAS 42, 1950, pp. 390-391]; Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 67). De ese modo, en el corazón se realiza una creciente comunión y familiaridad con la Virgen Santa, «como nueva manera de vivir para Dios y de continuar aquí en la tierra el amor del Hijo Jesús a su madre María» (cfr. Discurso del Angelus, en *Insegnamenti* XI/3, 1988, p. 173). Se nos pone así, según la expresión del Beato mártir carmelita Tito Brandsma, en profunda sintonía con María la Theotokos, convirtiéndonos como Ella en transmisores de la vida divina: «También a nosotros nos manda el Señor su ángel... también nosotros debemos recibir a Dios en nuestros corazones, llevarlo dentro de nuestros corazones, alimentarlo y hacerlo crecer en nosotros de modo tal que él nazca de nosotros y viva con nosotros como el Dios-con-nosotros, el Emmanuel» (De la relación del B. Tito Brandsma al Congreso Mariológico de Tongerlo, agosto 1936).

Este rico patrimonio mariano del Carmelo se ha convertido con el tiempo, a través de la difusión de la devoción del Santo Escapulario, en un tesoro para toda la Iglesia. Por su sencillez, por su valor antropológico y por la relación con el rol de María para con la Iglesia y la humanidad, esta devoción ha sido percibida profunda y ampliamente por el pueblo de Dios, hasta el punto de encontrar expresión en la memoria del 16 de julio, existente en el Calendario litúrgico de la Iglesia universal.

5. En el signo del Escapulario se evidencia una síntesis eficaz de espiritualidad mariana, que alimenta la devoción de los creyentes, haciéndoles sensibles a la presencia amorosa de la Virgen Madre en sus vidas. El Escapulario es esencialmente un «hábito». Quien lo recibe viene agregado o asociado en un grado más o menos íntimo a la Orden del Carmelo, dedicada al servicio de la Virgen para el bien de toda la Iglesia (cfr. Fórmula de la imposición del Escapulario, en el «Rito de la Bendición e imposición del Escapulario», aprobado por la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos, 5/1/1996). Quien viste el Escapulario viene, por tanto, introducido en

la tierra del Carmelo, para que «coma de sus frutos y bienes» (cfr. Ger 2,7), y experimenta la presencia dulce y materna de María, en el compromiso cotidiano de revestirse interiormente de Jesucristo y de manifestarlo vivo en sí para el bien de la Iglesia y de toda la humanidad (cfr. Fórmula de la imposición del Escapulario, cit.).

Dos, por tanto, son las verdades evocadas en el signo del Escapulario: por una parte, la protección continua de la Virgen Santísima, no sólo a lo largo del camino de la vida, sino también en el momento del tránsito hacia la plenitud de la gloria eterna; por otra, la conciencia de que la devoción hacia Ella no puede limitarse a oraciones y obsequios en su honor en algunas circunstancias, sino que debe constituir un «hábito», es decir una tesorera permanente de la propia conducta cristiana, entrelazada de oración y de vida interior, mediante la frecuente práctica de los Sacramentos y el concreto ejercicio de las obras de misericordia espiritual y corporal. De este modo el Escapulario se convierte en signo de «alianza» y de comunión recíproca entre María y los fieles: de hecho, traduce de manera concreta la entrega que Jesús, desde la cruz, hizo a Juan, y en él a todos nosotros, de su Madre, y la entrega del apóstol predilecto y de nosotros a Ella, constituida como nuestra Madre espiritual.

6. De esta espiritualidad mariana, que plasma interiormente las personas y les configura a Cristo, primogénito entre muchos hermanos, son un espléndido ejemplo los testimonios de santidad y de sabiduría de tantos Santos y Santas del Carmelo, todos ellos crecidos a la sombra y bajo la tutela de la Madre.

También yo llevo sobre mi corazón, desde hace tanto tiempo, el Escapulario del Carmen. Por el amor que nutro hacia la celeste Madre común, cuya protección experimento continuamente, auguro que este año mariano ayude a todos los religiosos y las religiosas del Carmelo y a los piadosos fieles que la veneran filialmente, para crecer en su amor e irradiar en el mundo la presencia de esta Mujer del silencio y de la oración, invocada como Madre de la misericordia, Madre de la esperanza y de la gracia.

Con estos augurios, imparto gustoso la Bendición Apostólica a todos los frailes, las monjas, las hermanas, los laicos y las laicas de la Familia carmelitana, que tanto se esfuerzan por difundir entre el pueblo de Dios la verdadera devoción a María, Estrella del mar y Flor del Carmelo.

Del Vaticano, 25 marzo 2001

Joannes Paulus II

Sobre el sentido íntimo del santo Escapulario de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo

El texto que sigue es la traducción, del latín, de la comunicación que el eminente teólogo padre **Bartolomé Xiberta, O.Carm.** († 1967), de quien está abierto el proceso de beatificación, presentó al Primer Congreso Mariológico Internacional, celebrado en Roma del 23 al 28 de octubre de 1950. Al publicarlo, queremos suscitar una renovada estima por el Escapulario y, al mismo tiempo, honrar la memoria de tan insigne mariólogo.

HACE siete siglos, como la tradición nos transmite, encontrándose la Orden del Carmen en un grave peligro, la Bienaventurada Virgen María apareció a San Simón Stock, teniendo en sus benditas manos el santo Escapulario y diciéndole: «Esto será para ti y para todos los Carmelitas un Privilegio: que el que muera con él no padecerá el fuego eterno». Añadiéndosele posteriormente la promesa de la ayuda a las almas del Purgatorio, por el así llamado Privilegio Sabatino, de tal forma creció la devoción del Santo Escapulario del Carmen que, junto con el Santísimo Rosario, se convirtió en forma universal de piedad mariana. Los fieles, en efecto, desde hace siglos visten el Escapulario por toda la redondez de la tierra. Y lo valoran, por una parte, como prenda de la especial protección de la Bienaventurada Virgen María, y por otra, como profesión de una piedad delicada hacia la misma Santísima Virgen. De aquí que invoquen a la Sma. Virgen del Carmen y a Ella le dediquen templos, ciudades, grupos humanos y naciones enteras. Nuestros Sumos Pontífices han recomendado esta devoción de los fieles con su palabra y con su ejemplo.

La índole mariana del Santo Escapulario va íntimamente unida a la índole de la Orden Carmelita: El Carmelo, en efecto, es todo mariano. Gozando desde antiguo del singular título de la Bienaventurada Virgen María, la Orden Carmelita se titula efectivamente: «Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo». Esta es, en efecto, su gloria y ésta es también su confianza. Como la Orden, también su hábito es todo mariano, en virtud de la íntima conexión entre vestido y estado de vida.

Las grandes promesas de la Bienaventurada Virgen María son las que en una forma concreta y fácil de comprender para todos, proporcionan y dan valor a esta devoción hacia la misma Santísima Virgen. Son, en efecto, la aplicación práctica, aprobada y recomendada por la Iglesia de aquel conocidísimo principio: ningún devoto de María perecerá eternamente, o también: la devoción a la Madre de Dios es signo de predestinación. El Santo Escapulario, proporcionando este valor en una forma tan concreta, infunde una gran confianza en la B.V. María, que con tanto esmero cuida a sus devotos y con tal poder, que bajo su

patrocinio, pueden éstos abrigar una esperanza firmísima y hasta ilimitada de conseguir la salvación eterna.

Es cierto que la esperanza teológica no excluye del todo el temor proveniente de la fragilidad de la naturaleza humana; sin embargo, este temor muy saludable, viene compensado con la consideración de aquel motivo sobrenatural constituido por el poder, la misericordia y la fidelidad de la Sma. Virgen María.

La devoción, pues, del Sto. Escapulario tiene como presupuesto la singular transcendencia de la Madre de Dios, que colocada, privilegiadamente sobre todo lo creado, tiene en sus manos todas las cosas en la actual economía de la Salvación. Teniendo presente esta transcendencia de la maternidad divina, no es de admirar que a la devoción del Santo Escapulario se le confiaron tan grandes promesas sobrenaturales. Más bien sería incongruente lo contrario, al unirnos tan íntimamente a María mediante el Santo Escapulario, y hacerse Ella nuestra singular Patrona y Señora, Madre y Reina. Por lo que, inscritos entre los devotos de la B. Virgen María y colocados bajo la tutela de la Madre, no hemos de dudar un momento de nuestra Salvación eterna. Sólo hemos de procurar que, llevando el vestido de María hasta la muerte, perseveremos en su fe y servicio, poniendo fielmente en sus manos de omnipotencia suplicante la forma de concedernos Su ayuda.

Ciertamente que destruiría por completo el sentido de las promesas quien pusiera su esperanza en llevarlo sólo exteriormente y creyéndose dispensado de cuidar su salvación «con temor y temblor». Invocamos la protección de la Sma. Virgen no para vernos libres de practicar las virtudes, sino para alcanzar la gracia de poder practicarlas; no por el hecho de carecer de la gracia hay que apartar a los pecadores de la devoción, lo mismo que la fe y la esperanza hay que cultivarlas siempre, más aún, fomentarlas, aun antes de que la caridad se infunda. El Sto. Escapulario no es símbolo de cualquier devoción Mariana, sino de aquella perfecta devoción que se le debe a la Sma. Virgen, muy unida a la devoción de la religión, que es debida a Dios. En efecto, el Santo Escapulario es el signo de una Orden, cuya vida se consagra de forma estable al servicio de Dios y de su Sma. Madre. Luego su imposición canónica significa en

la práctica la voluntad de consagrarse al servicio de Dios y de su Santísima Madre.

En realidad de verdad, es tan íntima la conexión que existe entre las propiedades de la devoción perfecta y las del Sto. Escapulario, que éste aparece como el símbolo más apto e ideal de aquélla. La Bienaventurada Virgen María, en cuanto digna Madre de Dios y asociada al Redentor como Madre espiritual, merece el culto de hyperdulia, que se expresa en forma verdadera con la consagración y oblación de sí mismo, permanente, total, íntima y filial. Estas propiedades de la consagración Mariana vienen significadas en forma perfectísima con el Santo Escapulario, que es más que un simple memorial, un distintivo o un signo de servidumbre; es un vestido que la Madre impone a los hijos y por la cual nos expresamos como hijos permanentemente, día y noche. Esta fuerza de significado de la consagración mariana la ha adquirido, tanto por el largo uso de los siglos, bajo la mirada de nuestra Madre Iglesia, como principalmente por las grandes promesas con las cuales se ha constituido en signo de la especialísima protección de la Bienaventurada Virgen María.

Por lo que de forma tan propia Su Santidad Pío XII, en carta del 11 de febrero de 1950, recomendó el santo Escapulario como un medio para expresar e imprimir profundamente en el ánimo de los fieles, a los que había consagrado al Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María, el sentido de la fidelidad. La consagración, en efecto, no consiste en una fórmula recitada algunas veces, sino principalmente en aquel íntimo sentido de servicio permanente para con la Sma. Virgen María y de total dependencia de Ella. Esto se obtiene perfectamente con el Smo. Escapulario, que como yugo dulce y suave, llevamos continuamente, día y noche sobre nosotros. Trayéndonos continuamente a la mente el recuerdo de María, fomenta el sentido íntimo de nuestra pertenencia a Ella y del pacto con Ella contraído, sintiéndonos así siempre protegidos.

Así el Santo Escapulario, vivificando la consagración a la Bienaventurada Virgen María, nos conduce como de la mano al mismo corazón del Cristianismo. A conseguir este efecto contribuye la misma sencillez del Santo Escapulario, tan adaptable a todos los fieles, pero bajo cuya sencillez hay latente una profundidad; tanto más admirable cuanto es el hecho de que a algo tan simple vayan vinculados valores espirituales tan grandes.

Aún hay que notar en el Santo Escapulario algo importante: el hecho de que la vida eterna, apoyada en las promesas de la Sma. Virgen, imprime a nuestra existencia una orientación profundamente cristiana.

En esto consiste toda esencia del Cristianismo: el Evangelio o alegre noticia de la Salvación por Jesucristo, Hijo de Dios, que, venciendo la muerte nos abrió las puertas de la eternidad.

Por lo que junto con la fe y la caridad, hay que fomentar la esperanza, por la que fuimos salvados para que, preguntando la felicidad del mundo futuro, muertos a este mundo, vivamos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. Nuestra mente, pues, se dirige a apetecer lo celestial, cuan-

do la protección que nos promete la Virgen María mira no a los bienes de la tierra, sino a la salvación eterna.

Hay algo más, digno de notar, en el Santo Escapulario: es la nota de sobrenaturalidad y de la gratuidad de la salvación. Atribuyendo la salvación ante todo al patrocinio de la Santísima Virgen, el Santo Escapulario os expresa óptimamente el carácter fundamental del cristianismo, en cuanto que es religión más de amor y de gracia que de justicia. No es que excluya los méritos de las buenas obras, sino que de modo principal inculca la necesidad de la gracia, desde los comienzos de la salvación hasta aquel gran don de la perseverancia.

La devoción, pues, del Santo Escapulario, en cuanto que nos muestra la bondad de Dios y de su Santísima Madre para con nosotros, fomenta grandemente la esperanza; igualmente manifestando nuestra flaqueza y debilidad, fomenta por otra parte la humildad, por lo que, con toda propiedad, puede llamarse: la Devoción de la esperanza y de la humildad.

Esta es la razón del gran influjo de la devoción del Santo Escapulario en la salvación de las almas. Dado que la consecución de la salvación depende de la perseverancia final, que por ley ordinaria Dios concede a la oración perseverante, humilde y confiada, se demuestra como el Sto. Escapulario, que conservamos sobre nosotros hasta la muerte, fomentando el sentido de compunción y de confianza en la intercesión de nuestra Madre María, nos ayude, en forma de oración constante, a conseguirla finalmente.

Por lo demás, no comprenderá el sentido pleno de la devoción y de las promesas del Santo Escapulario, quien no perciba sus estímulos al ejercicio de las virtudes. Ya que asociándonos por la consagración a la vida de la Sma. Virgen María, nos amonesta continuamente a imitarla, especialmente en su inmaculada pureza, por la que fue predestinada desde toda la eternidad, a dar Dios al mundo y a conducir el mundo a Dios. Su misma forma material nos induce a la humildad, a evitar y despreciar el boato mundano, y a fomentar la vida interior.

Siendo tanta la conformidad de la devoción del Sto. Escapulario con los principios de la vida cristiana, no hay que admirarse que atrajera con tanta fuerza el ánimo de los fieles, especialmente durante aquel tiempo en que los protestantes y jansenistas, bajo el pretexto de exaltar el culto a Cristo, y bajo el nombre de tradiciones antiguas reducían las expresiones de la piedad, no sin gran daño de las almas.

Precisamente durante aquel tiempo el Santo Escapulario fue asumido por todos como la expresión concreta de la devoción Mariana. De hecho, la devoción del Santo Escapulario expresaba óptimamente la doctrina de la Iglesia acerca de la Sma. Virgen María y el culto especial que le era debido. De modo señalado demostraba la mediación universal de María.

Como en tiempos pasados, también hoy la devoción del Santo Escapulario constituye un medio óptimo para fomentar un espíritu verdaderamente cristiano, por el que, como hijos de una misma madre, y adornados con el mismo vestido nos tratemos con amor y benevolencia.

El Escapulario del Carmen, signo de la consagración a María

Conferencia dictada por el doctor **Ignacio Segarra Bañeres** en el Instituto Filosófico de Balmesiana, el 16 de mayo del 2001.

CREO que es de justicia que en primer lugar agradezca a los dirigentes del Instituto Filosófico de Balmesiana su invitación a pronunciar esta conferencia. Al recibir la invitación impresa y ver que en ella se hace constar que hoy es la fiesta de san Simón Stock, me pareció que también debía felicitarles por el acierto en la elección de la fecha. Pero el señor Enrique Martínez, secretario de este Instituto, me ha manifestado que no hubo tal elección, sino que la fecha se eligió sin tener en cuenta, y ni siquiera sin saber, que hoy era la memoria litúrgica del santo que la Virgen se escogió para la entrega de su escapulario. Por ello, no es a la organización a quien felicito sino a algún Ángel que está detrás de todo ello.

Dos vivencias personales

Permitidme que empiece mi conferencia con un par de vivencias personales.

En agosto de 1999 estaba yo en Londres y el día 15, solemnidad de la Asunción de la Virgen, fui con un par de amigos a Aylesford, el santuario mariano-carmelitano donde la Virgen se apareció a san Simón Stock. Este monasterio-santuario fue lugar de devoción y de peregrinaciones durante siglos. Enrique VIII, el rey impío, lo mandó destrozarse, como hizo con todos los demás lugares de devoción a la Virgen y a los santos. Si visitáis la catedral primada de Canterbury, detrás del altar mayor hay siempre ardiendo una llama. Una inscripción puesta allí por los anglicanos recuerda que en aquel lugar estuvo el sepulcro de santo Tomás Becket, que Enrique VIII mandó destruir, quemó las reliquias del cuerpo del mártir y aventó las cenizas.

Así que el santuario de Aylesford estuvo durante muchos años en manos de los anglicanos. El 1965 la Orden del Carmen recuperó aquel venerable lugar. El Papa Pablo VI envió un mensaje con motivo de la fiesta de la rededicación y en él decía: «Allí aquellos religiosos y sus sucesores vivieron el espíritu contemplativo de Elías y dieron culto a la Santísima Virgen María, a quien ellos estaban especialmente consagrados» Y añadía: «Los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo tienen que seguir siendo un vivo testimonio del espíritu mariano de su Orden, y fomentar, entre otras de-

vociones, la del Escapulario, tan excelsamente encomiada y recomendado por nuestros predecesores».

Allí en Aylesford reposan también las reliquias de san Simón Stock. Este santo pasó los últimos años de su vida en Burdeos (Francia) y allí fue enterrado. Pero con motivo del 700 aniversario de la Visión y Promesa del Santo Escapulario, el padre general del Carmelo, Killian Lynch, consiguió trasladar aquellas reliquias a Inglaterra.

Otra vivencia personal viene de los años de mi infancia. Mi familia tenía a su cuidado el altar de la Virgen del Carmen, que es el primero entrando a la derecha en la iglesia de Santa María de Albesa, junto al baptisterio. Todos los años mi madre me pedía que le ayudara a limpiar el altar y embellecerlo con flores para la fiesta del 16 de julio. Ese día por la tarde venía un padre carmelita para imponer el Escapulario, después del rezo del Santo Rosario –ahora lo podemos imponer todos los sacerdotes– y eran siempre muchos los niños a los cuales les era impuesto.

He mencionado la celebración del 700 aniversario de la visión y promesa del Escapulario, celebrado, por tanto, hace cincuenta años a la cual se le dio el nombre de Año Santo del Escapulario. Tanto los Carmelitas Descalzos, o de la Antigua Observancia, como los Calzados, se pusieron de acuerdo para celebrar solemnes actos culturales y culturales en todo el mundo. Uno de estos actos fue un Congreso Internacional celebrado en Roma.

El Papa entonces reinante, Pío XII, envió un mensaje a la Orden del Carmen. Este escrito fue aclamado como el documento más precioso, publicado en todos los tiempos, sobre el objeto de devoción mariana que es el Escapulario. Por eso los autores que escriben sobre el Escapulario llaman a ese documento –*Neminem profecto latet*, nadie ignora ciertamente–, del 11 de febrero de 1950: «La Carta Magna del Escapulario». El Papa Pacelli, cordialmente declaraba: «No sólo por nuestro constante amor a la Gran Madre de Dios, sino por haber pertenecido desde nuestra infancia a la Cofradía del mismo Escapulario, aprobamos con sumo placer esas piadosas iniciativas, deseando para ellas abundantísimos favores de Dios».

Pues bien, el 25 de marzo del 2001, el Pontífice actual ha enviado también un Mensaje a la Orden del Carmen con motivo de la dedicación que ésta ha hecho del año 2001, el primer año del nuevo Milenio, como Año

Mariano. Juan Pablo II, con una cordialidad no menos entrañable que la de Pío XII, les ha escrito al Prior General de la Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María, Joseph Chalmers, y al Prepósito General de los Hermanos Descalzos de la misma Orden, Camilo Maccise: «También yo llevo sobre mi corazón, desde hace mucho tiempo, el Escapulario del Carmen. Por el amor que siento hacia nuestra Madre celestial común, cuya protección experimento continuamente, deseo que este año mariano ayude a todos los religiosos y las religiosas del Carmelo y a los piadosos fieles que la veneran filialmente a acrecentar su amor y a irradiar en el mundo la presencia de esta Mujer del silencio y de la oración, invocada como Madre de la Misericordia, Madre de la esperanza y de la gracia». Estos nobles deseos del Santo Padre, estoy seguro que son los deseos mismos de los organizadores de este acto, los de todos los que habéis venido para participar en él, y los míos personales».

Del documento de Pío XII que hemos mencionado hace un momento son estas palabras: «que todos reconozcan, por fin, en [el Escapulario] su consagración al Corazón Sacratísimo de la Virgen Inmaculada, por Nos recientemente recomendada». Y el Papa actual, en su Mensaje, ha recogido precisamente estas palabras de la Carta Magna de Pío XII, al decir: «La intensa vida mariana, que se manifiesta en una oración confiada, en una alabanza entusiasta y en una imitación diligente, lleva a comprender que la forma más auténtica de devoción a la Virgen Santísima, expresada mediante el humilde *signo* del Escapulario, es la *consagración* a su Corazón Inmaculado». «El Escapulario del Carmen, signo, por tanto, de la consagración a María»; ése es precisamente el título de esta charla.

Un poco de historia

LA nota histórica que introduce la fiesta de la Virgen del Carmen el 16 de julio en el libro de la Liturgia de las Horas, hace esta presentación de la Orden del Carmelo: «Las Sagradas Escrituras celebran la belleza del [monte] Carmelo, donde Elías profeta defendía la pureza de la fe de Israel en el Dios vivo. En el siglo XII se reunieron algunos eremitas en el mismo Monte, dando origen a una Orden de vida contemplativa, bajo el Patronio de Santa María, Madre de Dios».

Efectivamente, a finales del siglo XII un puñado de cruzados se reorganizan en el Monte Carmelo y en los inicios del siglo XIII reciben la Regla de San Alberto de Jerusalén. Por una Guía de Peregrinos, escrita entre 1220-29, sabemos: «Más allá de la abadía de Santa Margarita, a la misma parte occidental de la Montaña, hay un lugar muy bello y delicioso, en donde habitan los ermitaños latinos que se llaman Hermanos del Carmelo. En él han construido una pequeña iglesia a Nuestra Señora». Éste es, pues, el origen de la Orden y de la devoción a la Virgen del Carmen.

Muchos son los historiadores que han estudiado el tema del origen histórico del Escapulario. No todos, sin embargo, llegaron a las mismas conclusiones. El más serio y profundo ha sido, sin duda, el célebre teólogo padre Bartolomé F. M^a. Xiberta, carmelita y consultor del Concilio Vaticano II, que falleció en 1967 en Terrassa y cuyo proceso de canonización está en curso en la archidiócesis de Barcelona.

El padre Xiberta encontró documentos que nos acercan hasta medio siglo de la fecha de 1251, la fecha tradicionalmente asignada a la aparición de la Santísima Virgen a san Simón Stock y, por tanto, de la promesa del santo Escapulario. El que es uno de los más famosos mariólogos de nuestro tiempo, el padre Gabriel M. Roschini, autor de la obra en dos tomos *La Madre de Dios según la fe y la teología*, ha dicho de las investigaciones del padre Xiberta: «Es una monografía en verdad impresionante, digna de grandes y sinceros elogios. No puede pedirse un trabajo más orgánico, más ordenado, más completo, más al día que éste, sobre el interesantísimo tema».

En resumen, los datos sobre san Simón Stock y el Escapulario son éstos: Simón Stock, inglés, sexto Padre General de la Orden, suplicaba todos los días a la gloriosa Virgen María que diera alguna muestra de protección a la Orden. Eran unos momentos delicados para ésta, pues, expulsados de Palestina, se estaban expansionando en diversos países de Europa. Además, la transformación jurídica de la Orden, de eremítica a mendicante –al lado de los franciscanos y dominicos– no era aceptada por muchos. La oración favorita que san Simón compuso y recitaba era la *Flos Carmeli*: «Flor del Carmelo / Vid florida / esplendor del cielo / Virgen fecunda y singular / Oh Madre dulce / de varón no conocida / a los Carmelitas da privilegios, / estrella del mar».

«Se le apareció la Bienaventurada Virgen María –dice textualmente la antigua narración del siglo XIV– acompañada de una multitud de ángeles, llevando en sus benditas manos el Escapulario de la Orden y diciendo estas palabras: “Éste será privilegio para ti y todos los carmelitas; quien muriere con él, no padecerá el fuego eterno; es decir, el que con el muriere, se salvará”».

Desde mediados del siglo XIII hasta fines del siglo XV la naciente devoción al Escapulario –una parte del hábito, una tira ancha de paño con un agujero en el centro para pasar por él la cabeza– se vivió en el seno de la Orden. Pero pronto los carmelitas «agregan a su orden», compartiendo con ellos su espiritualidad y privilegios, a los laicos que recibían el Escapulario y que, por el hecho de la imposición, entraban a formar parte de la Cofradía seglar del Carmen. Así, la familia carmelitana, ya casi nada más de nacer, estuvo formada por religiosos varones y religiosas más o menos ligadas a la orden –hoy existen dos ramas de monjas contemplativas: las calzadas y las descalzas y más de setenta congregaciones femeninas, agregadas a las dos ramas masculinas. Hay, además, los

seglares carmelitas, que son los Terciarios carmelitas y los mencionados cofrades.

Durante la falsa reforma protestante, especialmente durante todo el siglo XVI, de tal manera creció y se propagó la devoción al Escapulario que se pudo decir que fue la devoción más excelente del catolicismo que, en unión con el Rosario, se opuso al espíritu antimariano, individualista y antieclesiástico del protestantismo. Lógicamente este espíritu, que negaba la intercesión y mediación de la Virgen, cuando penetró en el seno de la Iglesia a través de los jansenistas, motivó una viva controversia contra el Escapulario. Pero también, indirectamente, sirvió para motivar a los teólogos fieles a la doctrina tradicional a que estudiaban a fondo el privilegio del Escapulario y su doctrina fundamental. Los enemigos que lo atacaban decían que el uso del Escapulario favorecía una fe facilona, milagrera y aún supersticiosa.

En nuestros días, el capítulo octavo de la Constitución Dogmática de la Iglesia, *Lumen gentium*, del Concilio Vaticano II, que es todo un tratado de Mariología, dice en el n. 67: «Estímense las prácticas y ejercicios de devoción a Ella, que han sido recomendados a lo largo de los siglos por el Magisterio». No dice más, no especifica cuáles sean estas prácticas. Pero en el Congreso Mariológico mundial, el primero que se celebró después del Concilio Vaticano II, en Santo Domingo en 1965, el Papa Pablo VI precisó que «entre estas devociones recomendadas, se han de contar el Rosario mariano y el uso devoto del Escapulario del Carmen».

Pienso que el cielo mismo fue quien preparó estas orientaciones del Magisterio y así, en las dos grandes apariciones de la Virgen se han mezclado por cierto estas dos grandes devociones: el Rosario y el Escapulario del Carmen. En Lourdes, Bernadeta vio a la Santísima Virgen «más hermosa que nunca» el día de la Virgen del Carmen, y, en la última aparición de Fátima, los pastorcillos vieron a la Virgen llevando el Escapulario.

Hoy el Escapulario es una devoción universal y, por eso, Juan Pablo II ha podido decir a los Superiores generales carmelitas: «El rico patrimonio mariano del Carmelo se ha convertido con el tiempo, mediante la difusión del santo escapulario, en un tesoro para toda la Iglesia». Por eso, por mucho que los Carmelitas insistan acerca del Escapulario como algo propio suyo, que lo es, no deben olvidar que ya es patrimonio de todo el Pueblo de Dios.

El Escapulario, signo de la consagración interior a María

¿Qué es exactamente el Escapulario? En sentido material es una de las piezas del hábito religioso. Pero, en sentido formal, es un signo externo de devoción mariana, sobre todo de dedicación o consagración que uno hace de sí mismo a María y de la esperanza en su protección maternal. Este signo externo es el pequeño escapulario de

paño de lana, marrón o negro, por todos conocido; un hábito o vestido que se halla reducido a su mínima expresión.

Concretamente, la imposición y el uso del Escapulario es un *sacramental*. Es decir, un signo sagrado según el modelo de los sacramentos, por medio del cual se significan afectos, sobre todo espirituales, que se obtienen por la intercesión de la Iglesia y según las disposiciones interiores. Lo propio de un signo, algo sensible, es significar una realidad invisible. Lo invisible del Escapulario es la devoción a la Madre de Dios. Ésta, como toda devoción, para que sea auténtica, debe conformarse a la definición de Santo Tomás: «Una sincera voluntad para seguir todo lo que conduce a la gloria de Dios y a su agrado». Sincera voluntad, disposición pronta... La devoción reside, por tanto, en la voluntad. Lo externo: palabras, gestos, ejercicios devotos, medallas, imágenes, hábitos, etc., valen en tanto en cuanto son manifestación externa de una voluntad sincera de servir a Dios, en este caso por María y en María.

Por eso, la devoción a la Virgen que exhibimos por el Escapulario debe ser:

a) *Interior*: un sentido de amor y confianza en Ella como madre nuestra. Debe ser como un aldabonazo de fe que nos recuerde que somos hijos de Dios.

b) *Tierna*: como la actitud del niño pequeño hacia su madre. ¡Ojalá que cuando nos entreguemos al sueño, o cuando nos quitamos o ponemos el Escapulario lo beseamos con ternura!

c) *Constante*: no es una devoción para ciertos días sólo, sino permanente. La permanencia del signo o símbolo, que se lleva alrededor del cuello de noche y de día, enseña la constancia en la vida mariana y en el abandono en su protección. Es como la alianza que llevan puesta siempre los esposos. No sólo son las alianzas una señal, sino que estimulan constantemente la fidelidad y ayudan a vencer las tentaciones que se presenten contra ella en la vida ordinaria.

d) *Desinteresada*: los hombres, cuando nos aferramos a los bienes materiales con facilidad descuidamos los eternos. Abandonados a la protección de la Virgen, los devotos del Escapulario no confían más que en la protección de Dios, que se hace sentir especialmente cuando uno se acerca a Él por el camino más corto y seguro: María.

San Luis Grignon de Monfort, en su *Tratado sobre la verdadera devoción a la Virgen*, nos explica como toda consagración auténtica se dirige siempre a Dios. La consagración a María no es más que un medio, un camino, una forma de pedirle a Ella que nos ofrezca a su Hijo ya que, viniendo esta ofrenda a través de su Madre, Él la acogerá con mayor complacencia.

¡Bien! El uso del Escapulario decimos que debe ser desinteresado. Pero ¿no parece que para muchos, pecadores habituales, el Escapulario es una especie de objeto mágico que ofrece barata la salvación? Sí, podría ser así... pero, de hecho, aún esos pecadores dan a María un cierto culto que es bueno: invocan a la Virgen, vencen el respe-

to humano ante un mundo paganizado, y lo hacen, no con presunción para permanecer impunes en el pecado, sino como tabla de salvación: conscientes de su debilidad e impotencia, pero confiando en el poder intercesor de Santa María. Ella, no cabe duda, se servirá de esto para irlos atrayendo hacia su Hijo. No en vano el Señor le dijo un día a Santa Catalina de Siena: «Mi Madre es manjar dulcísimo con el que traigo a los pecadores».

¡Llevemos el Escapulario! ¡Difundámoslo entre la gente, sabiendo explicar que su imposición y su uso piadoso —el que libra de la condenación eterna— requiere una disposición, aunque sea mínima, de abandonarse a la protección maternal de la Madre de Dios, la que Cristo nos dio por Madre nuestra desde el árbol de la Cruz.

El uso de la medalla-escapulario

SAN Pío X, que predicó muchas veces sobre el Escapulario del Carmen, el 16 de diciembre del 1910, a petición de un obispo misionero en África, y para que se extendiera más y más la devoción al Escapulario, vestido de María, concedió que se pudiera cambiar por la medalla-escapulario —una medalla que tenga, por un lado, el Sagrado Corazón de Jesús, y, por el otro lado, una representación de la Virgen; no tiene porque ser la del Carmen— con los mismos privilegios que el Escapulario de

lana. Pero el Pontífice añadió: «Deseo vehementemente que los fieles continúen llevando el Escapulario de paño».

Un famoso predicador paúl, en una audiencia con el Papa Sarto, recibió esta confianza del Papa Santo: «Yo lo llevo siempre —y desabrochándose le mostró el escapulario de paño—. No te lo quites nunca. Yo concedí la medalla-escapulario para los negritos de África sin pensar nunca que se extendiera a Europa y América».

Bien, el Papa es el Papa, pero el Espíritu Santo, que dirige la piedad del Pueblo de Dios, corre más que los papas y que toda la Iglesia institucional. Y lo cierto es que el uso de la medalla se ha hecho casi general. Yo pienso que esto responde a una manifestación creciente de la Misericordia divina, que cada vez es más condescendiente con sus hijos, los hombres. Por tanto, no tengáis ningún escrúpulo en usar la medalla... si bien es bueno, que si lo preferís, llevéis el escapulario de paño.

Es verdad que el símbolo de ser un hábito es más claro en el escapulario de paño y, por eso, el acto de la imposición debe hacerse siempre con un escapulario de lana marrón o negra. Sin embargo, la medalla no deja de tener su simbolismo y de ser también el signo de la consagración a María. En la Roma pagana, los esclavos llevaban una cadena metálica al cuello. En ella constaba el nombre del dueño de dicho esclavo. El que lleva el Escapulario —medalla o paño—, está proclamando ser siervo de María, de estar a su servicio, de ser *totus tuus*, todo tuyo.



«Revestíos de las armas de Dios»

El Escapulario del Carmen, memorial de las virtudes marianas

ENRIQUE MARTÍNEZ
Terciario carmelita

LA Santísima Virgen María ha querido revestir a sus hijos con su propio hábito, el Escapulario del Carmen, para así proteger la vida de gracia que nos fue infundida en el bautismo. Más aún, por este hábito María promueve en sus hijos el fortalecimiento de la vida sobrenatural por medio de las virtudes, que tan admirablemente brillaron en ella. Por eso al cubrir nuestra desnudez con su vestido nos exhorta a que imitemos sus mismas virtudes, diciéndonos: *revestíos de las armas de Dios* (Ef 10,11).

La intercesión de María en orden a la salvación y la santificación

HAY una nube como la palma de un hombre, que sube del mar (I Re 18,44). Había encargado el profeta Elías a su criado que oteara en el horizonte, desde la cima del monte Carmelo. Poco después anunciaba éste al profeta la presencia de una pequeña nube; en breve el cielo se cubría por completo y una copiosa lluvia terminaba con la persistente sequía que había asolado Israel durante tres años. En esta nube contemplada desde el Carmelo han reconocido muchos autores sagrados un signo de la Santísima Virgen María, pues si la nube trajo la lluvia que libró a Israel de la sequía, María nos trajo al Salvador, cuya lluvia de gracias puso fin al seco desierto del pecado. «En la cumbre del Carmelo —escribe Torras i Bages—, Elías, el heroico propagador de la unidad de Dios, ya vio en María la fuente y el principio de todas las gracias que el linaje humano necesita; vio que Ella sería la que fertilizaría y haría fructificar toda la tierra; vio la pequeña nubecilla que salía del mar y llevaba en su seno la lluvia generosa que apagaría la sed de la tierra seca y estéril; y la nube era María, destinada por el Eterno a enviar al mundo el agua de la gracia celestial, sin la cual se agota la vida espiritual de los hombres».¹

Fue una mujer la que ofreció con sus propias manos a Adán la manzana que cerró las puertas del paraíso. Y quiso Dios asimismo poner el fruto de la redención en manos de una mujer, nueva Eva, como estaba anunciado ya desde antiguo: *Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar* (Gn 3,15). Profecía que se cumplió cuando una virgen de Nazaret respondió con un sí al anun-

cio del ángel: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* (Lc 1,38). Por esta mujer se abrían de nuevo para los hombres las puertas a la vida divina, a la vida de gracia, que nos hace hijos de Dios: *al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva* (Ga 4,4-5). Y esta mujer que dio a luz al que nos hizo hijos de Dios es María, la madre de Dios.

Por esta maternidad divina, María entra a formar parte del mismo orden hipostático, alcanzando «cierta dignidad infinita».² Su desposorio con el Espíritu Santo, que *la cubrió con su sombra* (Lc 1,35) para formar en su seno al Verbo encarnado, es indisoluble, de manera que hoy sigue colaborando con su divino esposo para engendrar espiritualmente por la gracia nuevos hijos de Dios y para fortalecer esta vida divina hasta conducirnos hasta el «monte de la salvación, Jesucristo nuestro Señor».³ La maternidad divina asocia, pues, a la Santísima Virgen a toda la misión redentora y santificadora de Jesucristo, convirtiéndola en «medianera de todas las gracias ante Dios»;⁴ mediación que realiza por medio de la intercesión, de la oración suplicante por sus hijos, a los que su amor de madre no permite olvidar: *Asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna* (LG 62).

Aquella nube que trajera la lluvia a Israel desde la montaña del Carmelo sigue, pues, en nuestros días regando las almas de los pecadores con la gracia que desborda de su corazón «y con la lluvia de sus oraciones fertiliza la tierra de la Iglesia».⁵

La consagración a María

Desde el principio Dios Padre ya pensó en María como Madre de su Hijo y *Madre de la Iglesia*,⁶ la eligió y la

2. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q.25, a.6 ad 4.

3. Misal romano, *Oración colecta de la misa en honor de la Virgen del Carmen*, 16 de julio.

4. Pío XI, *Inter sodalicia*.

5. Hugo de san Caro, *Opera omnia*, T.I., Venecia, 1703, p.170.

6. Pablo VI, *Discurso María, Madre de la Iglesia* (21 de noviembre de 1964, sesión de clausura de la tercera etapa conciliar).

1. José Torras i Bages, *L'etern rosari*.

consagró: *antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado* (Jr 1,5). La Santísima Virgen respondió a esta elección divina con el sí de la Anunciación, aceptando ser toda de Dios, su esclava, en obediencia plena a la ley fundamental dada por Dios a Israel: *Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy* (Dt 6, 4-6). Podríamos decir que ese «sí» fue el acto de consagración de la Virgen María a Dios, entendiéndolo como la aceptación de la consagración que Dios había hecho de ella: *María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con Él y bajo Él, con la gracia de Dios omnipotente* (LG 56).

Este servicio de María no es otro que el ya mencionado de mediar con su intercesión para la obtención y fortalecimiento de la gracia. Por eso, debemos afirmar con rotundidad que la gracia regeneradora del bautismo, por la que quedamos *muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús* (Rm 6,11), antes de ser derramada sobre nuestra alma, es engendrada en el corazón de la Virgen María, nube de la que proviene la lluvia bautismal; ella, que concibió a Cristo en sus purísimas entrañas, sigue ejerciendo su maternidad dando vida a una infinidad de hijos. Así, éstos no sólo quedamos por el bautismo consagrados *para Dios en Cristo Jesús* —como se significa en la unción del neófito con el sagrado crisma—, sino consagrados también a la Madre que ha intercedido en favor nuestro diciéndole a su Hijo: *No tienen vino* (Jn 2, 3).

La consagración bautismal debe ser expresada en su plenitud con la entrada en la edad madura espiritual, que es lo que se significa en la confirmación, «pues en este sacramento se da la plenitud del Espíritu Santo para el robustecimiento espiritual, que es el propio de la edad madura». ⁷ ¿No podríamos decir otro tanto de la consagración a María? Son muchos los maestros espirituales que la recomiendan, entre los que destaca san Luis María Grignon de Montfort, quien explica que la naturaleza de esta consagración «consiste en darse todo por entero, como esclavo, a María y a Jesús por ella; y, además, en hacer todas las cosas por María, con María, en María y para María». ⁸ Es lo que han realizado a lo largo de la historia de la Iglesia incontables cristianos, comenzando por el evangelista san Juan, quien *desde aquella hora* —esto es, desde que Cristo crucificado dijera a su madre: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*», y luego a él: «*Ahí tienes a tu madre*»— ... *la acogió en su casa* (Jn 19,26-27).

Y conviene citar ahora también a aquellos cruzados que en siglo XII deciden vivir como ermitaños en el monte Carmelo consagrándose a María, como en aquella época los vasallos a su señor: «En la misma parte occidental de la montaña —se escribe en una guía de peregrinos de principios del siglo XIII—, hay un lugar muy bello y delicioso, en donde habitan los ermitaños latinos que se llaman Hermanos del Carmelo. En él han construido una pequeña iglesia a nuestra Señora». ⁹ Y por esta elección la nueva Orden quedaba consagrada del todo a la Santísima Virgen, como lo confirman, entre otros muchos documentos, las constituciones del Capítulo General de Barcelona en 1324: «En el Monte Carmelo construyeron nuestros padres una iglesia en honor de la Bienaventurada Virgen María, de la que eligieron el título; y es por lo que después, siempre fueron denominados Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo». ¹⁰

El Escapulario del Carmen como signo de protección y de consagración

EL vasallaje feudal implicaba el servicio al señor, por un lado, y la protección de éste, por otro. De forma análoga, por la consagración realizada por los carmelitas la Santísima Virgen quedaba obligada a protegerlos, misión que ya le fue encomendada por su propio Hijo al darle a Juan como nuevo hijo.

La invasión sarracena obligó a los carmelitas a abandonar a principios del siglo XIII el monte Carmelo y emigrar a Europa; una venerable tradición narra que antes de la partida Nuestra Señora se les apareció mientras entonaban la *Salve Regina*, prometiéndoles ser su *Stella maris* (Estrella del mar). Encontraron generosos benefactores, como Lord de Grey en Inglaterra, quien les donó Aylesford; pero también tuvieron que sufrir una fuerte oposición. En el Capítulo celebrado en Aylesford en 1247 fue elegido como general Simón Stock, quien reclamó de su Señora la protección prometida o *privilegium* por medio de esta oración:

*Flos Carmeli,
vitis florifera,
splendor caeli,
virgo puerpera
singularis.
Mater mitis,
sed viri nescia,
carmelitis
da privilegia,
stella maris.*

Flor del Carmelo,
viña florida,
esplendor del cielo,
virgen fecunda
de modo singular.
Madre tierna,
intacta de hombre,
a los carmelitas
da privilegios,
estrella del mar.

7. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* III, q.72, a.2 in c.

8. San Luis María Grignon de Montfort, *El secreto de María* p.2ª n.28.

9. Cfr. C. Kopp, *Elias und Christentum auf dem Karmel*, Padeborn, 1929, p.108.

10. Cfr. B. Zimmerman, *Monumenta historica carmelitana*, Lerins, 1907, p.20.



El 16 de julio de 1251 el fervoroso fraile obtuvo una respuesta que superaba con creces su petición; así se describe en un antiguo Catálogo de santos de la Orden del siglo XIV: «Se le apareció la Bienaventurada Virgen, acompañada de una multitud de ángeles, llevando en sus benditas manos el Escapulario de la Orden y diciendo estas palabras: *Éste será el privilegio para ti y todos los carmelitas; quien muriere con él, no padecerá el fuego del infierno*».¹¹

La Virgen María confirmaba de este modo aquella consagración que hicieran los primeros ermitaños en el monte Carmelo, manifestando su mediación para protegerles del enemigo más peligroso, *aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en el infierno* (Mt 10,28). De nuevo la saludable nube derramaba su fecunda lluvia sobre el Carmelo, lluvia de gracia divina, que quien la beba *no tendrá sed jamás, sino que... se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna* (Jn 4,14).

El Escapulario del hábito carmelita se convertía desde ese momento en signo de la consagración a María y de su protección maternal. ¿Y por qué una vestidura? En la cultura feudal el acto de *homenaje* o fidelidad del vasallo se veía correspondido por la *investidura* que le concedía el soberano, por la que con la entrega de un objeto de

vestir —guante, anillo, bastón...— se le atribuía un territorio (*feudum*) u otro privilegio. Así, al acto de *consagración* de los carmelitas, la Santísima Virgen correspondía con una *investidura*, en este caso el humilde escapulario de tela, que les concedía el derecho a poseer *en herencia la tierra* (Mt 5,4), *la tierra del Carmelo, para comer su fruto y su bien* (Jr 2,7), y esta tierra del Carmelo no es otra que «monte de la salvación, Jesucristo nuestro Señor».¹² Aquella que *dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre* (Lc 2,7), le preparó más tarde una *túnica sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo* (Jn 19,23), y probablemente ayudó a los que *lo envolvieron en vendas con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar* (Jn 19,40), aquella Madre diligente por vestir a su divino Hijo, no podía dejar de sentir deseos de seguir cubriendo con su manto a sus nuevos hijos.

La relación entre la vestidura y la vinculación entre el señor y el siervo también la encontramos en el Antiguo Testamento, cuando Dios explica al profeta Ezequiel la alianza que hizo con Jerusalén, y cómo la vistió: *Extendí sobre ti el borde de manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo —oráculo del señor Yahveh— y tú fuiste mía. Te bañé con agua, lavé la sangre que te cubría, te ungué con óleo. Te puse vestidos recamados, zapatos de cuero fino, una banda de lino fino y un manto de seda. Te adorné con joyas, puse brazaletes en tus muñecas y un collar a tu cuello. Puse un anillo en tu nariz, pendientes en tus orejas, y una espléndida diadema en tu cabeza. Brillabas así de oro y plata, vestida de lino fino, de seda y recamados. Flor de harina, miel y aceite era tu alimento. Te hiciste cada día más hermosa, y llegaste al esplendor de una reina. Tu nombre se difundió entre las naciones, debido a tu belleza, que era perfecta, gracias al esplendor de que yo te había revestido —oráculo del Señor Yahveh* (Ez 16,8-14). La consagración bautismal por medio del óleo también es significada como vestidura en la liturgia siríaca de Antioquia: «[Padre... envía tu Espíritu Santo] sobre nosotros y sobre este aceite que está delante de nosotros y conságralo, de modo que sea para todos los que sean ungidos y marcados con él, *myrón* [crisma] santo, *myrón* sacerdotal, *myrón* real, unción de alegría, vestidura de la luz, manto de salvación, don espiritual, santificación de las almas y de los cuerpos, dicha imperecedera, sello indeleble, escudo de la fe y casco terrible contra todas las obras del Adversario».¹³

Además, una prenda que se viste de forma habitual —de ahí el nombre *hábito* religioso—, ayuda a recordar el momento de la investidura, de la consagración. De nuevo volvemos la mirada al Antiguo Testamento: *Habla a los*

11. Cfr. Rafael M^a López-Melús, *El Escapulario del Carmen*, Castellón, AMACAR, 1988, p. 53.

12. Misal romano, *Oración colecta de la misa en honor de la Virgen del Carmen*, 16 de julio.

13. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.1297.

israelitas y diles que ellos y sus descendientes se hagan flecos en los bordes de sus vestidos, y pongan en el fleco de sus vestidos un hilo de púrpura violeta. Tendréis, pues flecos para que, cuando los veáis, os acordéis de todos los preceptos de Yahveh. Así los cumpliréis y no seguiréis los caprichos de vuestros corazones y de vuestros ojos, que os han arrastrado a prostituiros. Así os acordaréis de todos mis mandamientos y los cumpliréis, y seréis hombres consagrados a vuestro Dios. Yo, Yahveh, vuestro Dios, que os saqué de Egipto para ser Dios vuestro. Yo, Yahveh, vuestro Dios (Num 15,38-39). Quien viste el Escapulario puede sentir en todo momento, de día y de noche, solo o en compañía, en la oración o en el trabajo, que es todo de María y que Ella es su Madre. Con ese recuerdo, ¿quién se atreverá a ofenderla, a romper su alianza?

Que el Escapulario es signo de la consagración a María se ve plenamente confirmado en la carta *Neminem profecto latet* del Papa Pío XII, cuando exhorta a todos los carmelitas a que reconozcan en el Escapulario «su consagración al Corazón Sacratísimo de la Virgen Inmaculada, por Nos recientemente recomendada»;¹⁴ palabras que recuerda la reciente carta del Papa Juan Pablo II con ocasión de 750 aniversario de la entrega del Escapulario a san Simón Stock: «la forma más auténtica de devoción a la Virgen santísima, expresada mediante el humilde signo del escapulario, es la consagración a su Corazón Inmaculado».¹⁵

El Escapulario del Carmen como memorial de las virtudes marianas

LA misión de la Santísima Virgen no se limita, sin embargo, a proteger la vida de gracia de los hijos que tiene consagrados, sino a fortalecerlos por medio de las virtudes. En efecto, la gracia es el principio de la vida sobrenatural, cuyas obras deben ser perfeccionadas por unos hábitos operativos que son las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo: «la misma luz de la gracia —explica santo Tomás—, por la que participamos de la naturaleza divina, es cosa distinta de las virtudes infusas, que se derivan de esa luz y a ella se ordenan».¹⁶ Ambos son hábitos operativos infundidos por Dios en las potencias del alma, la diferencia radica en que las virtudes infusas pueden mover al acto cuando el hombre lo desee, presupuesta siempre una gracia actual *cooperante* que lo permita, mientras que los dones sólo mueven las potencias al acto cuando así lo quiere el Espíritu Santo —por medio de una gracia actual *operante*—.

Estos hábitos son auténticas vestiduras del alma, de gala cuando disponen al trato con Dios, no vaya a ser que nos diga: *Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?* (Mt 22,12); y recia armadura cuando disponen a la lucha contra el demonio: *Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo... ¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios* (Ef 6,11.14-17).

María, la *llena de gracia* (Lc 1,28), poseyó todas las virtudes en grado eminente, como nos enseña el Angélico: «La Santísima Virgen María gozó de la suprema proximidad a Cristo según la humanidad, puesto que de ella recibió la naturaleza humana. Y, por tanto, debió obtener de Cristo una plenitud de gracia superior a la de los demás».¹⁷ De ahí que el Apóstol la viera toda resplandeciente, *vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza* (Ap 12,1). Es por ello que nuestra Santísima Madre no sólo intercede para alcanzarnos de Dios el crecimiento en la virtud —que es lo principal, sobre todo en lo que se refiere a los dones del Espíritu Santo—, sino que además es modelo de virtudes que conviene mirar con frecuencia para poder imitar, como exhortaba santa Teresa: «Imitad a María y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por Patrona».¹⁸

Al revestimos con su propio hábito la Virgen María busca hacer fructificar en nosotros toda suerte de virtudes, como explica el carmelita P. Bartolomé M^a Xiberta: «No comprenderá el sentido pleno de la devoción y de las promesas del santo Escapulario, quien no perciba sus estímulos al ejercicio de las virtudes. Ya que asociándonos por la consagración a la vida de la Santísima Virgen María, nos amonesta continuamente a imitarla».¹⁹

¿Cuáles son las virtudes marianas que se dejan ver en el Escapulario? El Papa Pío XII hace una preciosa síntesis: «Reconozcan en este memorial de la Virgen un espejo de humildad y castidad; vean en la forma sencilla de su hechura un compendio de modestia y candor; vean, sobre todo, en esa librea que visten día y noche, significada con simbolismo elocuente, la oración con la cual invocan el auxilio divino».²⁰ Así, quien se cubre con el Escapulario del Carmen, con el hábito de María, *se reviste de fortaleza y de gracia y sonríe ante el porvenir* (Prov 31, 25).

14. Pío XII, carta *Neminem profecto latet* (11 febrero 1950).

15. Juan Pablo II, carta *Il provvidenziale evento di grazia* (25 marzo 2001).

16. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q.110, a.3 in c.

17. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* III, q.27, a.5 in c.

18. Santa Teresa de Jesús, *Castillo interior*, III, 1, 3.

19. Bartolomé M^a Xiberta, *Atti del Congresso Mariologico Internazionale*, Roma 23-28 ottobre 1950, p.60.

20. Pío XII, carta *Neminem profecto latet* (11 febrero 1950).

Mis recuerdos del padre Xiberta

FRANCISCO CANALS VIDAL



La distancia cronológica entre 451 y 1955 quedaba superada por la sensación de inmediatez y contemporaneidad con que hablaba de las sesiones del Concilio, de las tensiones e influjos contradictorios actuando sobre los Padres y del acontecimiento providencial de que los legados de san León Magno —que no sabían griego y tenían instrucciones de no ceder ni un punto a las exigencias de los eutiquianos, que pretendían ser los auténticos cirilianos—, aceptasen que en la profesión de fe del Concilio a la expresión «en una sola Persona» se añadiese «e hypostasis». San Cirilo, me dijo, es en la tradición eclesiástica el Padre que expresó la fe católica sobre la Encarnación, algo así como san Atanasio en la Trinidad y san Agustín en la salvación del hombre por la gracia de Cristo.

El otro tema fue el de las disputas *de auxiliis*. Se superpusieron confusamente cuestiones metafísicas con cuestiones teológicas e incluso dogmáticas. La gratuidad y anterioridad a la previsión de los méritos humanos de la divina predestinación y el carácter intrínseco de la eficacia de la gracia al mover la voluntad humana al bien, no son ya cuestiones filosóficas, sino que pertenecen al orden del Misterio revelado. San Agustín es lo que san Cirilo, el Doctor por antonomasia de la ortodoxia católica.

Otra conversación tuve con el padre Xiberta en Barcelona, algunos años después, a principios de los sesenta, me parece. Fue en el convento que es ahora la parroquia de santa Joaquina de Vedruna. Hablé de cuestiones de Teología espiritual, en especial sobre los dones del Espíritu Santo, con un sentido e intención muy parecidos a los que había yo conocido en el padre Orlandis, es decir, de fidelidad a santo Tomás de Aquino.

Pero, además, me insistió en la devoción al Santo Escapulario, recomendándome el uso del escapulario de tela —desde mi infancia estaba yo acostumbrado a las medallas-escapulario metálicas—. Me dio muchas docenas de escapularios, que cogía de un cajón con un gesto, diríamos, «como las cerezas»: un escapulario traía consigo a otros. Seguí su consejo y después supe de la insistencia del apostolado del padre Xiberta en este punto, y su convicción, tan fundada, de que llevar el Escapulario acogiendo a la promesa de María a san Simón Stock es un acto sencillo y evangélicamente infantil de esperanza teológica.

Después he ido viendo que en estas dos conversaciones el padre Xiberta se me manifestó en dos de las cuestiones en que él había vivido y trabajado con plenísima convicción y diligencia: el testimonio de la cristología de san Cirilo de Alejandría, y el ejercicio de devoción mariana tan nuclearmente carmelitana, del Escapulario según las revelaciones a san Simón Stock.

Doy gracias a Dios por haber podido conocerle y hablar con él, aunque sólo en dos ocasiones. Fueron decisivas para mi vida.

Al ir yo a Roma en 1955 para asistir a un Congreso Internacional de la Academia Romana de Santo Tomás, Jaime Bofill y Lluís Cuéllar me recomendaron que le saludase y procurase comunicarme con él. Eran sus amigos, y Lluís Cuéllar fue, además, en el sentido más profundo, su discípulo y aun hijo espiritual.

Al salir de los actos del Congreso me presenté a él. Me acogió con gran amabilidad y nos pusimos en camino desde el Palacio de la Cancillería Apostólica hacia el Colegio de San Alberto de Sicilia, de la Orden carmelitana, en el que él era profesor de Teología. El camino hubiera durado escasamente media hora, pero al haber entrado en una riquísima conversación, se convirtió en un paseo que le hizo llegar con una hora de retraso a la comida comunitaria.

De aquella conversación obtuve para toda la vida algunos conocimientos fundamentales definitivamente orientadores. Principalmente hablamos de la polémica de san Cirilo con Nestorio y de los simpatizantes de Nestorio hostiles a san Cirilo, aunque ortodoxos, Juan de Antioquía y Teodoreto de Ciro. Hablamos del Concilio de Éfeso, y especialmente del Concilio de Calcedonia. Recuerdo que al volver a Barcelona, dije: «Tuve la sensación que el padre Xiberta estaba en Roma de regreso reciente del Concilio de Calcedonia».

JUNIO, MES DEL CORAZÓN DE JESÚS

Reproducimos de «La Verdad», semanario de la Iglesia de Navarra, correspondiente al día 2 de junio del presente, esta breve exhortación de quien es allí director diocesano del Apostolado de la Oración, nuestro colaborador **Antonio Pérez-Mosso**. Su título sirve para introducirnos también en los siguientes trabajos de José M^a Petit Sullá y Oriol Anguera de Sojo.

Fuertes raíces tiene en nuestra tierra de Navarra la devoción al Corazón de Jesús. De manera sencilla ha llevado y sigue llevando a tratar con hondura al Señor. Trae cerca al Dios eterno, nos lo muestra con corazón de hombre. Al igual que cada Eucaristía, invita a unirnos a Cristo en su ofrenda al Padre, a presentarle nuestros trabajos y preocupaciones, alegrías y penas de cada día. Como corresponde entre amigos. ¿Y qué no habrá que ofrendar al mejor de los amigos, al que ha dado la vida por todos y cada uno? Es ofrenda de amor por nuestros pecados y los del mundo, para unirnos a Él y laborar por su reino: para que se haga su voluntad aquí en la tierra y alcancemos el gozo del cielo.

De manera singular, la liturgia del mes de Junio recuerda y celebra todo ello. Llama a corresponder al amor que siente el Corazón de Jesús por nosotros, débiles, con graves problemas de uno u otro tipo, y siempre necesitados de misericordia y perdón. En el Domingo de la Santísima Trinidad se nos recuerda que Dios tiene vida íntima; Él es la

Vida, que nos conoce y ama desde toda la eternidad y quiere hacernos partícipes de su misma Vida, hacernos hijos. Nada parecido a un Dios que se desentiende de nosotros. La solemnidad del Corpus es

gozo agradecido ante el amor del Señor que se queda con nosotros y reconocimiento público de su presencia real en la Eucaristía. La fiesta litúrgica del Sagrado Corazón muestra en particular al pueblo cristiano, con pedagogía adecuada a todos —¿quien no entiende que lo decisivo es el amor?— que Dios nos quiere entrañablemente y que para que lleguemos a enterarnos ha querido hacerse hombre, tener corazón de carne. La solemnidad de Pentecostés abre precisamente el mes de junio con la acogida al Espíritu Santo, vivificador, que lleva al conocimiento y al amor de Cristo y, con Él y por Él, a servir por amor a los hermanos.

Desde luego, si bien se piensa, no es difícil percibir cómo la devoción al corazón de Jesús apunta, de manera sencilla y honda a un tiempo, al centro de la vida cristiana, y cómo también puede ser de valor incalculable para nuestras parroquias, familias, colegios y comunidades o asociaciones diversas en las que los creyentes participamos.



La devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el Magisterio de la Iglesia

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

Las apariciones a santa Margarita

EN la Carta Apostólica *Inde a Primis* de 30 de junio de 1960 —que tenía por motivo central presentar y favorecer el culto a la preciosísima Sangre de Cristo— el Papa Juan XXIII hizo una breve pero central referencia a la devoción al Sagrado Corazón y resaltó no sólo la importancia de las apariciones del Sagrado Corazón a santa Margarita sino también la aceptación y promoción por el Magisterio pontificio de este culto. Estas palabras son un magnífico resumen de lo que supone esta extraordinaria devoción y nos sirven de guía en este artículo.

Escribía este Papa acerca de la importancia de estas revelaciones: «... el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, a cuya plena y perfecta constitución y a cuya difusión por todo el mundo en tanto grado contribuyeron las cosas que Cristo el Señor, mostrando su sacrosanto Corazón, manifestó a santa Margarita María Alacoque». Palabras éstas que resumen, de modo admirable, el papel singular y determinante en la devoción al Corazón de Jesús de las apariciones a santa Margarita. «Las cosas que Cristo el Señor manifestó a santa Margarita», nos dice, sencilla y profundamente. Se trata, en efecto, de Cristo, que es el Señor, esto es, Dios, quien se aparece a la santa monja salesa y le habla de su deseo de ser amado y de su misericordia hacia los hombres. Pero en estas apariciones no hay sólo palabras sino también gestos, pues el Señor habló «mostrando su sacrosanto Corazón». Esta *imagen* del Corazón es inseparable de las *palabras* de Cristo porque enseñan de modo gráfico el contenido esencial de sus palabras, salidas del Corazón y que piden que los hombres entiendan que Dios tiene corazón humano. Es por razón de esta mostración tan singular que decimos «apariciones del Sagrado Corazón» y no simplemente de Jesucristo.

Esta forma de presentarse el Señor —mostrando su Corazón— de tal manera constituye parte intrínseca de la revelación de Cristo que, si se olvida, ni se entiende ni se practica ni fructifica en las almas esta privilegiada y providencial forma de culto. La teología del Sagrado Corazón ha de entender el valor intrínseco de esta imagen irreductible.

Para dejar claro, desde el comienzo, que la enseñanza pontificia toma pie de las revelaciones a santa Margarita, basta comprobar que la *Miserentissimus Redemptor*, en la que de alguna manera se culmina la exposición de aquello que constituye esta devoción —al añadir a la consagración la práctica de la reparación— cita a la santa expresamente por su nombre en *cuatro ocasiones* (cf. nn. 1, 4, 13 y 23) y

aún repite literalmente por dos veces palabras de la aparición del Corazón de Jesús, aquellas, precisamente en que se lamenta de la falta de amor de los hombres (cf. n. 13) y aquellas en que promete abundancia de gracias para los que se ejerciten en esta práctica de fe y piedad (cf. n. 23). Más aún, en la encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII se la cita expresamente cinco veces, lo que es más notable todavía tratándose de una encíclica que pretende sobre todo mostrar su fundamentación teológica.

Y escribía también Juan XXIII acerca del papel de los Romanos Pontífices en el acrecentamiento de este culto que, ciertamente, se difundía de modo precedente respecto a las sucesivas aprobaciones pontificias, pero que éstas atestiguaban con su autoridad la autenticidad de aquéllas y no sólo comunicaban más convencimiento y seguridad a quienes las practicaban y difundían sino que las promovían muy eficazmente entre todos los cristianos proponiéndola como el ideal más acabado de toda la religión. No puede desconocerse la importancia del apoyo prestado por los diferentes Papas a esta naciente devoción porque representan el ejercicio pastoral de su misión divinamente confiada. Tales eran las palabras del papa Juan: «y con tan singular honor apoyaron los Romanos Pontífices, con admirable unanimidad esta forma de culto religioso, que no sólo pusieron en claro su virtud y fuerza, sino que también declararon su legitimidad y promovieron su uso». Tres son las principales afirmaciones precisas de este texto pontificio acerca de la aprobación pontificia de dicha devoción. Veámoslas con cierto detenimiento.

El testimonio de Juan XXIII

CONVIENE destacar, en primer lugar y muy en particular, la expresión «unanimidad». Es, ciertamente singular y, por ello, admirable tal unanimidad pontificia. Ya León XIII destacaba la serie de pontífices predecesores suyos que había favorecido en su tiempo esta naciente devoción. Citaba, en la *Annum Sacrum*, a Inocencio XII, Benedicto XIII, Clemente XIII, Pío VI, Pío VII y Pío IX. Con posterioridad a León XIII y antes de Juan XXIII hay que hablar, en particular, de san Pío X, Pío XI y Pío XII; estos dos últimos, autores de encíclicas monográficamente dedicadas al culto al Sagrado Corazón. No es, pues, la devoción de un determinado Papa o de una determinada época. Ahora bien, no puede darse esta unanimidad sin la reiterada asistencia del Espíritu Santo. Esta es la lección que se desprende de la unanimidad pontificia.

Estos Pontífices «pusieron en claro la virtud y fuerza de esta forma de culto religioso», dice Juan XXIII. Efectivamente, en estas enseñanzas del más alto magisterio se analizaron y contrastaron a la luz de la verdad revelada el contenido de esta devoción o culto y se explicitaron su capacidad salvadora y aún santificadora y su incontenible fuerza. Se trata de un culto que en sí mismo es eficaz para la vida cristiana tanto a nivel personal –su virtud– para elevar a cada hombre a la santidad como a nivel social –su fuerza– para entusiasmar y constituir un ideal colectivo. Y, en particular, tiene fuerza para vencer los ataques de los enemigos de Cristo, e incluso para convertirlos.

Finalmente los Pontífices, nos dice Juan XXIII, «promovieron su uso». Las revelaciones a santa Margarita fueron el inicio y, de algún modo, el alma de esta devoción, pero no puede decirse que esta devoción sea «privada» después de las encíclicas pontificias en las que se da razón del contenido de esta devoción, de su fundamentación y de sus ubérrimos frutos. El cauce por el que discurrirá esta devoción ya no es el de una determinada escuela o espiritualidad, o de una orden religiosa o de un país. Toda la Iglesia universal verá extendida esta devoción y elevada por los Pontífices a la máxima legitimación y promoción. El mismo Juan XXIII termina el párrafo concretando más el itinerario donde se realizó esta promoción pontificia con estas palabras: «en muchos y públicos documentos emanados del magisterio eclesiástico, que encontraron su culminación en las tres insignes Encíclicas dadas sobre esta cuestión». Y estas tres encíclicas, anotadas en dicha Carta Apostólica, no son otras que la *Annum Sacrum* de León XIII (1899), la *Miserentissimus Redemptor* (1928) de Pío XI, y la *Haurietis aquas* (1956) de Pío XII. Hasta aquí las palabras de Juan XXIII.

Palabras las de Juan XXIII que reafirman, una vez más, lo que ya había dicho Pío XI en su memorable encíclica: «Nadie se admire, pues, de que nuestros predecesores hayan defendido continuamente esta devoción estimadísima contra las acusaciones de los calumniadores» (*M.R.*, n. 3). Palabras esencialmente reiteradas por Pío XII en la suya cuando escribió: «La Iglesia siempre ha tenido en tan gran estima el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús: lo fomenta y propaga entre todos los cristianos y lo defiende además enérgicamente contra las acusaciones del “naturalismo” y del “sentimentalismo”» (*H.A.*, n. 3).

El carácter central de la devoción al Sagrado Corazón

Si la devoción al Corazón de Jesús se imponía por su propia virtud y fuerza, como decía León XIII, la labor de los Papas ha consistido en poner su autoridad al servicio de la misma, conscientes de que tal era su misión de Vicarios de Cristo, y particularmente obligados a discernir lo que viene de Dios y lo que no es más que vana filosofía humana, según el sentido de san Pablo.



Y puesto que el objeto de nuestro estudio es poner de relieve la aprobación y promoción por parte de los Pontífices de esta preciosa y sin par devoción, hay que hacer un enunciado general acerca de la importancia de estas aprobaciones pontificias: el contenido de esta forma de culto, según encontramos en estas encíclicas, se refiere a lo más nuclear de la vida cristiana, de manera que no se trata de consideraciones piadosas y legítimas, acerca de alguna de las múltiples cuestiones que afectan a la vida cristiana, sino de la exposición de lo más intrínseco en el orden de la salvación misma de la humanidad por Cristo. Erraría quien pensase que tres encíclicas de esta envergadura contienen meramente recomendaciones, alabanzas y buenas disposiciones por parte del Magisterio de la Iglesia hacia un culto respetable, legítimo e incluso adecuado para algunas almas. De esta devoción escribía León XIII palabras que trascienden absolutamente las que pueden decirse de cualquier otra devoción. Y en este aspecto son muy claras las palabras de Pío XII en la *Haurietis aquas*, cuando, señalando algunos de los errores acerca de la grandeza de esta devoción escribía: «no faltan quienes equiparando la índole de este culto con las diversas formas particulares de devoción que la Iglesia aprueba y favorece sin imponerlas lo juzgan como algo que cada uno puede practicar o no, según le agrade» (n. 3). O palabras muy semejantes de la misma encíclica que deben escuchar con atención los directores de almas «si debidamente se ponderan los argumentos en que se funda el culto tributado al Corazón herido de Jesús, todos verán claramente cómo aquí no se trata de una forma cualquiera de piedad... sino de una práctica religiosa muy apta para conseguir la perfección cristiana» (n. 30).

Y el tono de esta breve encíclica es el mismo que ha-

llaremos en las otras de los Pontífices mencionados. Decía León XIII: «Estando oprimida la Iglesia por el yugo cesáreo, durante los tiempos próximos a su nacimiento, fue vista en lo alto por un joven emperador la cruz, presagio juntamente y causa de la gloriosísima victoria que luego se siguió. He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: el Corazón sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En Él se han de colocar las esperanzas, a Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres» (*Annum Sacrum*, n. 11).

Y en tono semejante se expresaba Pío XI, pues, recordando expresamente y parangonando aquella similitud entre la cruz de Constantino y el lábaro del Sagrado Corazón que había hecho su antecesor, añade Pío XI: «Pues, como en otro tiempo quiso Dios que al humano linaje, que salía del Arca de Noé, apareciese una señal de amistoso pacto, el arco iris visible en las nubes (Gen 2,14), de la misma manera, en los recientes turbulentísimos tiempos... el benignísimo Jesús manifestó en alto a las naciones su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y caridad, y como presagio de no dudosa victoria en la contienda» (*Miserentissimus Redemptor*, n. 2).

Y el mismo Pontífice, en tal encíclica, expresaba admirablemente la relación entre la incipiente devoción y su confirmación y refuerzo por parte del máximo Magisterio. Decía Pío XI, refiriéndose a la consagración: «Siendo esto así, Venerables Hermanos, como la práctica de la consagración, nacida de humildes principios, y luego bastante divulgada, consiguió por fin el apetecido esplendor, gracias a Nuestra confirmación, así deseamos con ardor que la costumbre de esta expiación o piadosa reparación, introducida ha tiempo santamente y santamente propagada, sea así mismo aprobada con más firmeza por Nuestra Apostólica autoridad y con más solemnidad practicada por los católicos» (n. 22). Y, efectivamente, si León XIII realizó el magno acto de consagrar el género humano al Corazón de Jesús al filo del cambio de siglo, muy de acuerdo con la eficacia de aquel acto mandó Pío XI en su preciosa encíclica que la consagración se renovase *cada año*, precisamente en la recientemente establecida fiesta de Cristo Rey. Admirable continuidad, extraordinario y providencial progreso.

Cinco fechas memorables

ANTES de explicitar el contenido esencial de estas tres encíclicas fundamentales, haremos breve mención de algunas fechas memorables para relacionar de este modo las diferentes ocasiones en que aparecieron grandes documentos. Ello constituye una como pequeña historia de la devoción al Sagrado Corazón y, lo que es más importante, nos ayuda a pensar en aquella «unanimidad» pontificia de la que hablaba Juan XXIII.

Nos situaremos primero en 1765, año en que se conce-

de por el Papa Clemente XIII la fiesta del Sagrado Corazón, con misa propia, al reino de Polonia y a la archicofradía romana del Sagrado Corazón. La celebración de la fiesta se extendió después al reino de Portugal y posteriormente al de España.

Doscientos años después, en 1965, Pablo VI quiere celebrar este aniversario y escribe una Carta Apostólica, *Investigabilis divitias*, que es por hoy el último documento de ámbito universal temáticamente dedicado a la devoción al Corazón de Jesús. Polonia, por cierto, fue la primera nación en consagrarse al Sagrado Corazón. Las congregaciones que tienen al Sagrado Corazón por centro y lema de su espiritualidad, agradecieron al Papa esta Carta Apostólica en una carta colectiva que, a su vez, tuvo una importante repuesta pontificia. A un fragmento importante de esta carta de Pablo VI nos referiremos más adelante.

En 1856 el hoy beato Pío IX extiende a la iglesia universal la fiesta del Sagrado Corazón que cobra, a partir de entonces, una difusión espectacular. Dicha misa fue elevada por León XIII en 1889 a rito de primera clase –lo que hoy llamaríamos «solemnidad»–, y en 1928 Pío XI la enaltecía al máximo declarándola fiesta «con octava».

A los cuarenta años de la consagración del mundo al Corazón de Jesús, esto es, en 1939, sube al solio pontificio el papa Pío XII y proclama su primera encíclica *Summi Pontificatus*, que deliberadamente enmarca dentro de esta conmemoración. Y es este el motivo con el que comienzan las primeras palabras de esta primera encíclica: «El arcano designio del Señor nos ha confiado, sin algún merecimiento, la altísima dignidad y las gravísimas preocupaciones del pontificado Supremo precisamente el año que recurre el cuadragésimo aniversario de la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor» (n. 1). No es el reciente comienzo de la que sería terrible segunda guerra mundial el marco en que inscribe esta encíclica sino la conmemoración del cuarenta aniversario de la consagración del mundo al Sagrado Corazón. Y ¿cómo califica Pío XII el acto de aquel anciano Pontífice que, al fin de sus días, consagra el género humano al Corazón de Jesús? Con estas palabras: «Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la Encíclica *Annum Sacrum*». Pío XII consideró, pues, a la *Annum Sacrum* como «mensaje celeste». Y añade después, refiriéndose a esta forma de culto al Rey de reyes: «¿cómo no hacer de él el alfa y omega de Nuestra voluntad, de Nuestra esperanza, de Nuestra enseñanza y de Nuestra actividad, de Nuestra paciencia y de Nuestros sufrimientos?» (n. 2).

A los cien años de la extensión universal de la fiesta, en 1956, Pío XII celebra su centenario con la publicación de la magna encíclica *Haurietis aquas*, que sigue siendo el referente más completo para conocer la fundamentación e importancia de esta devoción y culto a la que nos referiremos más adelante.

Podemos seguir el rastro de estos tres grandísimos documentos para mostrar su contenido y destacar –sólo rei-

terar— sus más importantes afirmaciones que representan la explicación autorizada y universal del contenido de esta devoción.

La encíclica *Annum Sacrum*

LA serie de encíclicas pontificias se abre con la *Annum Sacrum*, que tiene por contenido fundamental —y casi único— la proclamación de la conveniencia de consagrarse al Corazón de Jesús, a la que sigue el anuncio de la consagración —por parte de todo el episcopado presidido por el propio Pontífice— de todo género humano al Sagrado Corazón. Pensemos, por un momento, lo que significa la consagración y la trascendencia que supone el realizar él mismo, como Máximo Pontífice, la consagración a este divino Corazón de todo el mundo, así de los fervorosos creyentes como de los más alejados o aún paganos.

En la consagración se ponen de relieve dos aspectos esenciales y complementarios. Por un lado, el reconocimiento de la realeza universal de Cristo, como el Señor de todo el género humano, a quien el Padre ha dado las naciones por herencia (Ps. 2). Por otro lado, el acto de la devoción de querer ser enteramente suyos poniéndonos confiadamente, con todo lo que somos, tenemos y hacemos, bajo su protección.

Es así que la consagración —que ya realizara la misma santa Margarita— es el acto esencial y primero de esta devoción al Corazón de Jesús, pues el mismo Corazón de Jesús pidió expresamente la consagración así de las personas individuales como de las comunidades y pueblos. Y así ha sido en la historia de esta devoción. Y la consagración será siempre el acto esencial de esta devoción.

Mas, a este acto de ofrecimiento se le ha de sumar, como culminación del amor, el acto de reparación. Tal es la enseñanza que constituye el mensaje de la encíclica *Miserentissimus Redemptor* de Pío XI.

Pero veamos, en particular, el tono y la admonición de sus palabras previas, en las que se señala la conciencia pontificia de la importancia de esta devoción y fijémosnos, en particular, cómo es intención expresa del Papa que esto sea enseñado por los obispos a todos los fieles, tanto a los ignorantes como a los indiferentes. Decía Pío XI: «Mas, como tal vez parte del pueblo ignore hasta el presente, parte mire con indiferencia las cosas que lamentó el amantísimo Jesús cuando se manifestó a Margarita María Alacoque... plácenos, Venerables Hermanos, deciros algo acerca del deber de la llamada pública reparación... a fin de que cada uno de vosotros enseñe con empeño y mueva a poner en práctica lo que os comunicaremos».

«De Él hay que esperar la salvación»

Después de recordar la importancia de la consagración —que robustece la unión con Cristo—, a la que se uniría

como perfección y consumación la reparación —por la que nos unimos con los padecimientos de Cristo—, decreta y ordena que se haga en cada templo, en todo el mundo, el día del Sagrado Corazón, un acto de reparación, mediante la fórmula por él prescrita. Leamos este texto en que ordena la recitación de tal acto de reparación: «Por lo cual decretamos y ordenamos que cada año, en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, que hemos mandado elevar con esta ocasión al rito doble de primera clase con octava, sea solemnemente recitada en honor de Nuestro amantísimo Salvador, en todos los templos, en todo el orbe de la tierra, la misma súplica expiatoria o acto de desagravio, como dicen, expresada con las mismas palabras, conforme al modelo que añadimos en esta encíclica, de suerte que con ella se lloren todas nuestras culpas y se reparan los violados derechos de Cristo sumo Rey y amantísimo Señor» (n. 22). Cualquiera puede preguntarse: ¿es frecuente que una encíclica contenga un acto de esta naturaleza? ¿No es verdaderamente un acto no sólo de aprobación y de promoción sino, aún más si cabe, un acto de imposición?

Nos referimos naturalmente a la imposición que tiene sentido dentro del acto libre del hombre que acepta de buena gana consagrarse y expiar los pecados. En la aceptación personal, tanto de la consagración como de la reparación, ponían los mencionados pontífices la condición de la recepción de los bienes prometidos a tales actos. Pero sí es «imposición» en el sentido en que empleó esta palabra Pío XII cuando decía —según hemos recordado ya más arriba— que algunos creen erróneamente que es equiparable esta devoción a otras que la Iglesia «aprueba y favorece sin imponerlas» (*Haurietis aquas*, n. 3).

Y para entender esta eminente y esencial superioridad de esta devoción sobre las demás no podemos dejar de recordar aquellas tan grandiosas palabras de Pío XI, que serán siempre la mejor definición de esta devoción. Recordemos cuál es esta expresión que ha de resumir para siempre la comprensión de la devoción al Corazón de Jesús. Acaba Pío XI de citar las propias palabras de León XIII, que señalaba: «el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor» —esto es, la imagen vista por santa Margarita— y afirmaba que «de Él hay que esperar la salvación de los hombres». Pues bien, como dando una razón a tal fundada esperanza explica por qué se ha de poner en este Corazón la esperanza de salvación de los hombres, y dice: «Y con razón por cierto, venerables Hermanos, pues en aquella señal de óptimo presagio y en el piadoso culto que de ella se deriva ¿no es verdad que se contiene el compendio de toda religión y aun la norma de vida más perfecta, como quiera que guía más suavemente las almas al profundo conocimiento de Cristo Señor nuestro y con mayor eficacia las mueve a amarle más apasionadamente y a imitarle más de cerca?» (n. 3). Si Pío XI la había llamado «compendio de toda la religión», en una atribución semejante, que en modo alguno podría decirse de ninguna devoción —ni siquiera la devoción a la Santísima Vir-

gen— Pío XII la llamó «la más completa profesión de la religión cristiana» (*H.A.*, n. 29). Y aun refiriéndose concretamente al del Corazón de Jesús decía en esta misma encíclica «en él podemos considerar no sólo el símbolo, sino también, en cierto modo, la síntesis de todo el misterio de nuestra redención» (n. 24)

No podemos insistir más en el contenido inagotable de esta encíclica, pues debemos —según nuestro propósito— ver la continuidad de este apoyo pontificio en su sucesor, el Papa Pío XII en su citada encíclica, promulgada en la ya cercana plenitud de su pontificado. Tratando la misma cuestión repite literalmente estas palabras de su predecesor y las aprueba diciendo que «Nos, por nuestra parte, en no menor grado que Nuestros Predecesores, hemos aprobado y aceptado esta sublime verdad» (n.4). Insistamos en la importancia de estas reiteraciones que constituyen la mejor prueba de la trascendental importancia de esta devoción que ha sido llamada por Pío XI «compendio de toda religión» y «norma de vida más perfecta». Si pensamos en las distintas idiosincrasias de los papas como personas humanas; si pensamos en las distintas situaciones sociales y políticas del mundo que les toca vivir ¿no hemos de atribuir esta continuidad —como decíamos al comienzo— a la protección e inspiración del Espíritu Santo? Y, por consiguiente, ¿no tendrían que pensar los que se oponen o miran con desdén esta devoción que están resistiendo al mismo Espíritu Santo que rige la Iglesia?

Pío XII podía hacer suyas las alabanzas de Pío XI, porque como obispo había visto los frutos de esta devoción y, sobre todo, porque había experimentado en su pontificado —del que ya llevaban transcurridos diecisiete años— los ubérrimos frutos que produce esta devoción: «al contemplar el feliz y triunfal progreso del culto al Sagrado Corazón de Jesús entre el pueblo cristiano, sentimos Nuestro ánimo lleno de gozo y Nos regocijamos por los innumerable frutos de salvación que producía en toda la Iglesia... Estos frutos, a través de los años de Nuestro pontificado —llenos de sufrimientos y angustias, pero también de inefables consuelos—, no se mermaron en número, eficacia y hermosura, antes bien se aumentaron» (n. 4).

«Nadie, desde ninguna perspectiva, ponga el menor reparo a esta devoción»

PERO al Papa Pío XII se le debe todavía —en esta misma encíclica— una declaración que podemos llamar de la máxima conciencia de ejercer el *supremo magisterio de la Iglesia* al promover y defender este culto. Y sus palabras han de sonar como muy definitivas de un juicio dado por el Vicario de Cristo que consciente y formalmente declara que no puede haber ninguna reticencia hacia esta devoción. Tales son sus palabras: «*Si tu conocieses el don de Dios* (Jo. 4, 10). Con estas palabras, Venerables Hermanos, Nos, que por divina disposición hemos sido constituidos guardián y dispensador del tesoro

de la fe y de la piedad que el Divino Redentor ha confiado a la Iglesia, conscientes del deber de Nuestro oficio, amonestamos a todos aquellos de Nuestros hijos que, a pesar de que el culto del Sagrado Corazón de Jesús, venciendo la indiferencia y los errores humanos, ha penetrado ya en el Cuerpo Místico, todavía abrigan prejuicios contra él y aun llegan a reputarlo menos adaptado, por no decir nocivo, a las necesidades espirituales de la Iglesia y de la humanidad en la hora presente, que son las más apremiantes» (*H.A.* n. 3). No podemos naturalmente seguir las razones en que expresa Pío XII su juicio solemne; baste decir que hace un repaso de diversas actitudes críticas hacia esta devoción y que —necesario es reconocerlo— se dan todavía hoy a pesar de aquellas solemnes palabras.

Lo más relevante para nuestra actual intención es ponderar las palabras empleadas por Pío XII y apenas podemos hacer sino repetir las espaciadamente para valorarlas en su verdadero sentido y trascendencia. Pío XII se dirige a los obispos de todo el mundo recordando su cargo de sucesor de Pedro al que le incumbe ser «guardián y dispensador del tesoro de la fe y de la piedad». Y habla de este asunto «consciente del deber de Nuestro oficio». Y en esta situación habla y amonesta para que nadie, desde ninguna perspectiva, ponga el menor reparo a esta devoción. Sobre estas actitudes dice: «¿Quién no ve, Venerables hermanos, la plena oposición entre estas opiniones y el sentir de nuestros Predecesores, que desde esta cátedra de verdad aprobaron públicamente el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús?» (ibid.).

En esta memorable encíclica, en la que se halla el recorrido y la fundamentación escriturística y de los Santos Padres de tal forma de culto, se halla también una singular aportación al conocimiento de lo que representa la devoción al Corazón de Jesús, al hacer hincapié en la singularidad del amor que se expresa en esta devoción. Aunque este artículo no tiene por objeto desentrañar el contenido de la misma, en la medida en que hemos hablado de la consagración y de la reparación, resulta ahora muy conveniente recordar algo peculiar de esta devoción y que tiene que ver, muy precisamente, así con las palabras como con la imagen de las mismas apariciones del Sagrado Corazón a santa Margarita.

Nos referimos al triple amor de Cristo que se expresa en esta devoción, pues según Pío XII al doble amor, el humano y el divino de Jesús, ya que es verdadero hombre y verdadero Dios, se le ha de sumar «el amor sensible del Corazón físico de Jesús» (n. 28). Importantísima doctrina que nos introduce en el misterio de la Encarnación y nos hace pensar que este amor, digamos espontáneo, sin la mediación de la voluntad, verdadero amor sensible —que es entre nosotros los hombres aquel que con más frecuencia sale a flote en nuestras relaciones más íntimas personales con las personas con las que nos encontramos ligados por vínculos afectivos tan fuertes como los de la sangre— estuvo también actuante en la persona única de Cris-

to. Tal amor humano nos ha sido revelado expresamente en la imagen de su Corazón herido. Con este amor lloró el Señor sobre Jerusalén y ante la tumba de Lázaro, por ejemplo. Con este amor se compadece hoy de los pecadores y se duele de su obstinación. «No hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la persona divina del Verbo, palpita de amor y de todo otro afecto sensible» (n. 12). «Y –también en palabras de Pío XII– su Corazón palpita también de amor hacia su Padre y de santa indignación cuando vio el comercio sacrílego que en el templo se hacía, e increpó a los violadores» (n. 18).

Del Corazón traspasado del Redentor nació la Iglesia

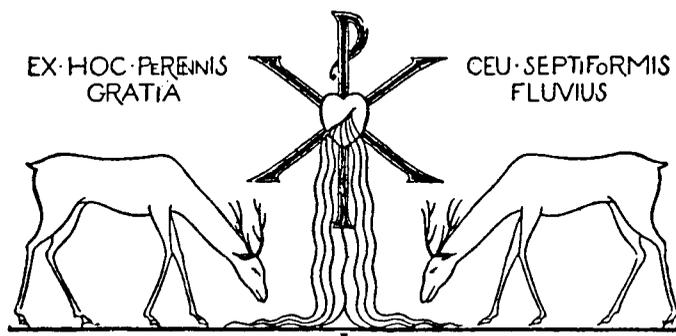
TERMINAREMOS este recorrido haciendo referencia a la última celebración de las diferentes efemérides relacionadas con la expansión y sucesiva aprobación pontificia de este culto tan esencial. Nos referimos al año 1965 en que Pablo VI quiso conmemorar el doscientos aniversario del decreto de la sagrada Congregación de Ritos de 25 de enero (aprobado por Clemente XIII el 6 de febrero) de 1765 por el que se concedía la fiesta del Sagrado Corazón a la Archicofradía Romana y al reino de Polonia. Obsérvese que esta fecha es diez años anterior a las apariciones del Sagrado Corazón a santa Margarita y manifiesta que esta devoción nació en la convergencia entre lo que el Espíritu Santo inspiraba a los fieles que querían *reavivar el recuerdo del amor divino* (Cf. H. A. n. 27) y la iniciativa divina de manifestarse como Amor misericordioso.

Pablo VI quiso recordar el doscientos aniversario de aquel decreto con una Carta Apostólica, *Investigabilis divitias*, de 6 de febrero de 1965, monográficamente dedicada al culto del Sagrado Corazón. La devoción «ya estaba introducida en diversos lugares –dice Pablo VI– por obra e impulso de san Juan Eudes», pero «después que nuestro misericordioso Salvador, apareciéndose, como se refiere, a la religiosa elegida Margarita María Alacoque, en la pequeña ciudad de Paray-le-Monial, repetidamente pidió que todos los hombres, como en pública competencia de oraciones, honrase a su Corazón, *herido por nuestro amor*, y de todas las maneras reparasen las ofensas a Él inferidas, el culto al Sagrado Corazón floreció maravillosamente, entre el pueblo y clero cristiano, y se difundió

en todos los continentes». Afirmado, pues, por Pablo VI el papel predominante de las apariciones a santa Margarita, se refiere a la aprobación reiterada y sucesiva de los diversos Pontífices. Pide «que el culto al sagrado Corazón que –lo decimos con dolor– se ha enfriado un poco en algunos, reflorzca cada día más». Recuerda que el Concilio Vaticano II –que estaba próximo a concluirse– «aconseja sobremanera “los piadosos ejercicios del pueblo cristiano... especialmente cuando se hacen por voluntad de la Sede Apostólica”» por lo que dicha devoción –concluye– «debe inculcarse sumamente». Decía en esta Carta: «He aquí, por tanto, Nuestros deseos, Nuestra voluntad: a saber, que en esta ocasión, la institución de la fiesta del Sagrado Corazón, puesta oportunamente en evidencia sea celebrada con digno relieve por vosotros todos, venerables hermanos, que sois los obispos de la Iglesia de Dios, y por las poblaciones a vosotros confiadas».

Pero quizá fue más explícito en la carta dirigida a los superiores de órdenes religiosas expresamente vinculadas al Sagrado Corazón, quienes habían agradecido a Su Santidad la anterior Carta Apostólica. En esta carta de agosto del mismo año les decía: «Del Corazón traspasado del Redentor nació la Iglesia y de Él brota su desarrollo... Por este motivo es absolutamente necesario que los cristianos adoren pública y privadamente a aquel Corazón de cuya plenitud todos hemos recibido, y de Él aprendan cómo debe ordenarse su vida para que pueda responder a las exigencias de estos tiempos. En el sagrado Corazón, en efecto, tiene su origen la Sagrada Liturgia porque es el Templo santo de Dios... Además, la Iglesia encuentra en el sagrado Corazón su estímulo para buscar todos los medios y auxilios para que los hermanos separados puedan llegar a la plena unidad con la Cátedra de Pedro». Nadie puede decir que en la enseñanza de Pablo VI se hubiese olvidado el singular y privilegiado puesto que debe ocupar esta devoción, antes al contrario, tanto el verdadero sentido litúrgico, como la anhelada unión de todos los cristianos, han de encontrar en el sagrado Corazón origen y estímulo respectivamente. El Corazón de Jesús es el Templo de Dios, donde se ofrece el sacrificio único y definitivo a Dios Padre a favor de la salvación de los hombres.

No entraremos en este artículo en la consideración de los múltiples textos del actual Pontífice Juan Pablo II que se centran en el Corazón de Jesús. Este tema será objeto, D. m., de otro artículo.



El Apostolado de la Oración y el tercer milenio

ORIOU ANGUERA DE SOJO

LA carta apostólica de Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, que es programática, es una llamada vigorosa a la misión, dirigida a todos los cristianos. Específica y nominalmente está dirigida a obispos, clérigos, religiosos y a todos los fieles laicos. Tiene una semejanza con la meditación del Rey Temporal de los Ejercicios de san Ignacio, salvando las diferencias que puedan producirse entre un español del siglo XVI, influido por el espante cruzado y caballeresco y un pontífice de comienzos del siglo XXI, época en la que ya no existe el menor atisbo de espíritu ni cruzado ni caballeresco.

El lema de la carta apostólica es el del Evangelio de san Lucas (Lc 5,4) «Duc in altum», «Remad mar adentro». Corresponde al pasaje conocido popularmente como «La pesca milagrosa». Jesús invita a Simón a remar mar adentro para pescar. Pedro y sus compañeros hacen constar su cansancio y la esterilidad de sus esfuerzos, pero confían en el Señor y consiguen la pesca milagrosa, prefiguración y símbolo de la futura pesca milagrosa de almas. El Papa, con toda intención, hace suyo ese pasaje evangélico. Al igual que el pasaje, nos ve a los cristianos, cansados y desanimados, pero nos pide que «rememos mar adentro», con la esperanza de que en tiempo sólo conocido por Dios se consiga la misma pesca milagrosa de almas.

El Papa nos anima a lo que llama una nueva evangelización, que él espera sea histórica, comparable a la apostólica de los primeros tiempos en el Imperio romano; comparable a la evangelización de los pueblos bárbaros que dieron lugar a la Europa cristiana, la cual duró hasta la reforma protestante; comparable a la evangelización de los pueblos hispánicos de América y Filipinas. La evangelización de hoy abarca a los pueblos infieles y a los pueblos descristianizados.

Ante tan gigantesca misión el Papa, con toda intención, nos anima a caminar con esperanza. No nos recomienda caminar con optimismo ni con talento ni con astucia ni con voluntad de vencer. Apela a la virtud sobrenatural de la Esperanza. En efecto, un pesimismo acentuado prevalece si aplicamos una mirada puramente humana. Por más que, con buena o mala intención, se nos llame profetas de desdicha, el panorama religioso es desolador. Casi todo lo que el mundo actual llama progreso es retroceso. Ya lo dijo Pío XII en 1939 (*Summi Pontificatus*), y ahora con mayor motivo. Basta ver la aterradora y diabólica pérdida del sentido de Dios, no sólo olvidado, sino con intento de sustitución, como puede verse en lo relacionado con la vida, como demuestran el aborto, la eutanasia, la contracepción, la clonación, la maternidad y paternidad heteróclita y artificial, congelación de embriones, etc. La transmisión de la fe a las nuevas generaciones, al menos en las democracias occidentales europeas, o sea, los países de la vieja Cristiandad, parece más comprometida que nunca.

Pese a todo, nuestra esperanza, «optimismo nuclear», que decía el padre Orlandis, es firmísima, pues no se apoya en nosotros. Se apoya en Dios, de quien todo depende; a nosotros se nos pide nuestra cooperación. Por ello, a pesar del tétrico panorama, nuestra esperanza y nuestro esfuerzo son firmísimos e imbatibles. El Papa nos pide que nuestra actitud sea misionera y sin complejos, no meramente de sobrevivir y resistir.

En la carta apostólica, aparece como eje de nuestra actitud apostólica la santidad. Se cita el capítulo V de la *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, dedicada a la «vocación universal a la santidad». Ciertamente, el Concilio Vaticano II ha puesto de manifiesto con particular relieve esta vocación de todo cristiano a la santidad, independientemente de su estado clerical, religioso o laical. En este punto, y a fin de objetar a ciertas personas, que tienen la pretensión de despreciar diecinueve siglos y medio de historia de la Iglesia, queremos reivindicar la memoria de nuestros padres, abuelos y antepasados, a quienes nunca agradeceremos bastante la transmisión que nos hicieron de la fe. A este respecto, y si bien considerando que la vocación universal a la santidad fue particularmente puesta de relieve por el Concilio Vaticano II, nuestros antepasados tenían conocimiento de ello, como demuestra entre otras cosas el verso, al parecer anónimo, aunque el olvidado padre Coloma lo atribuía a Lope de Vega, y que en todo caso parece fecharse en el siglo XVII o a finales del XVI:

*Yo ¿para qué nací? Para salvarme.
Que tengo que morir, es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme
Triste cosa será, pero posible.
¿Posible! ¿Y río, y duermo, quiero holgarme?
¿Posible! ¿Y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me
[encanto?
Loco debo de ser pues no soy santo.*

Volviendo a la carta del Papa citamos textualmente el siguiente bellissimo párrafo: «En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno; ¿Quieres recibir el Bautismo?, significa al mismo tiempo preguntarle: ¿Quieres ser santo? Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial (Mt 5,48)». Desde luego, no puede decirse que constituye un programa de mínimos.

El programa y llamada de la carta *Al comenzar el nuevo milenio* es plena y particularmente apropiado para el Apostolado de la Oración. El padre Mendizábal, en un opúsculo sobre el Apostolado de la Oración, dice: «El objetivo fundamental que se propone el Apostolado de la Oración no es algo marginal dentro de la Iglesia y, por tanto, exclusivo de cierto grupo en ella. Lo que promueve es lo más central del espíritu cristiano. Pretende reavivar en el pueblo de Dios la dimensión redentora de la existencia cristiana. La verdad fundamental que marca y cristaliza la espiritualidad del Apostolado de la Oración es que todo redimido por Cristo está llamado a ser redentor con Cristo por la oblación de su propia vida, unida a la oblación de Cristo con las disposiciones del Corazón redentor.

»Ser apóstol de la palabra o de la pluma, ser evangelizador o misionero, contemplativo o penitente, no es esencial al ser cristiano, sino objeto de una concreta vocación en el Cuerpo Místico. En cambio, es esencial ser redentor con Cristo por la oblación de su vida (Rom 12,1-3); primero en forma general como disponibilidad total para hallar y conformarse con los planes del Señor, y luego como oblación de la existencia, mantenida en el cumplimiento fiel de la propia vocación, en unión con Cristo».

El Papa en su carta apostólica dice cosas tan adecuadas al Apostolado de la Oración como lo siguiente: «Sin embargo, es importante que lo que nos proponemos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del hacer por hacer. Tenemos que resistir a esta tentación, buscando ser antes que hacer. Recordemos a este respecto el reproche de Jesús a Marta: Tú te afanas y te preocupas por muchas cosas y sin embargo sólo una es necesaria (Lc 10,41-42)».

El Apostolado de la Oración, fundado por el padre Gautrelet y refundido y dimanizado por el inolvidable padre Ramière (por cierto, siempre me ha extrañado que nadie promoviera la beatificación del padre Ramière, que sin duda era un santo, deducible de su extremadísimo celo y fruto apostólico), tiene como carisma particular y esencial la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y su profundización y vigorización será misión de los miembros del Apostolado, que así cumplirán la llamada del Papa.

Las tres encíclicas pontificias básicas en la aceptación e importancia concedida por el Magisterio en los tiempos modernos a la devoción al Corazón de Jesús han sido la *Annum Sacrum*, de León XIII, la *Miserentissimus Redemptor*, de Pío XI, y la *Haurietis aquas*, de Pío XII. Nos referiremos a dos textos capitales.

Son las tres encíclicas, básicas y monotemáticas, pero todos los papas modernos, y entre ellos el actual, han dedicado, catequesis, cartas, homilias, referencias, etc., muy abundantes e interesantísimas.

En la *Miserentissimus Redemptor* nos dice Pío XI: «Y con razón, venerables hermanos; pues en este faustísimo signo y en esta forma de devoción consiguiente, ¿no es verdad que se contiene la suma de toda la religión y aun la norma de vida más perfecta, como que más expeditamente conduce los ánimos a conocer íntimamente a Cristo Señor Nuestro, y los

impulsa a amarlo más vehementemente, y a imitarlo con más eficacia? Nadie extraña, pues, que nuestros predecesores incesantemente vidicaran esta probadísima devoción de las repriminaciones de los calumniadores y que la ensalzaran con sumos elogios y solícitamente la fomentaran, conforme a las circunstancias.

»Así, con la gracia de Dios, la devoción de los fieles al Sacratísimo Corazón de Jesús ha ido de día en día creciendo; de aquí aquellas piadosas asociaciones, que por todas partes se multiplican, para promover el culto al Corazón divino; de aquí la costumbre, hoy ya extendida por todas partes, de comulgar el primer viernes de cada mes, conforme al deseo de Cristo Jesús».

En la *Haurietis aquas* Pío XII dice: «Pero, a fin de que podamos, en cuanto es dado a los hombres mortales, comprender con todos los santos cuál es la anchura y longitud, la alteza y la profundidad del misterioso amor del Verbo Encarnado a su celestial Padre y hacia los hombres manchados con tantas culpas, conviene tener muy presente que su amor no fue únicamente espiritual, como conviene a Dios, puesto que Dios es espíritu. Es indudable que de índole puramente espiritual fue el amor de Dios a nuestros primeros padres y al pueblo hebreo; por eso, las expresiones de amor humano conyugal o paterno, que se leen en los Salmos, en los escritos de los profetas y en el Cantar de los Cantares, son signos y símbolos de muy verdadero amor, pero exclusivamente espiritual, con que Dios amaba al género humano; al contrario, el amor que brota del Evangelio, de las cartas de los Apóstoles y de las páginas del Apocalipsis, al describir el amor del Corazón mismo de Jesús, comprende no sólo la caridad divina, sino también los sentimientos de un afecto humano. Para todos los católicos, esta verdad es indiscutible. En efecto, el Verbo de Dios no ha tomado un cuerpo ilusorio y ficticio, como ya en el primer siglo de la era cristiana osaron afirmar algunos herejes, que atrajeron la severa condenación del apóstol san Juan: Puesto que en el mundo han salido muchos impostores: los que no confiesan a Jesucristo como Mesías venido en carne. Negar esto es ser un impostor y el anticristo».

Frontalmente atacada por los jansenistas, o las personas no jansenistas pero tocados o influidas por el jansenismo, cuenta también con la incompreensión de gente piadosa y de buena voluntad, sobre todo en las jerarquías, tanto eclesiásticas como civiles. Según ha contado Canals, el padre Orlandis manifestaba con frecuencia que el demonio intervenía y enredaba las cosas, para evitar la propagación del culto al Sagrado Corazón, por los efectos negativos para el mal, que reportaba en las almas devotas y en la sociedad. Con independencia del pensamiento del padre Orlandis, se puede constatar en la historia los grandes frutos («más allá de lo esperado») pero también las grandes dificultades con las que se ha ido abriendo la devoción al Corazón de Jesús. La devoción fue impulsada, sobre todo por los jesuitas, encabezados por san Claudio la Colombière, se extendió en los siglos xvii y xviii y fructificó esplendorosamente a mediados del siglo xix. Fue uno de sus principales impulsores el padre Ramière con el Apostolado de la Oración y el *Mensajero del Corazón de Jesús*.

Aparte de la gran enemiga inicial de los jansenistas y personas influenciadas por ellos, ciñiéndonos a tiempos más modernos sorprende la enemiga que ha encontrado la devoción desde bandos diferentes y por motivos distintos.

Desde luego, estaba cantada la enemiga o desprecio de los sectores modernistas y progresistas, pero no lo era tanto la falta de comprensión de algunos sectores biblistas y liturgistas, posiblemente por prevención a las llamadas revelaciones privadas, a la que algunos de estos sectores, demasiado exquisitos, oponían un cierto escepticismo más o menos benevolente. Probablemente, saliendo al paso de estos sectores, el papa Pío XII en la encíclica *Haurietis aquas* fundamentó bíblicamente con gran solidez el culto –prefería llamarlo culto que devoción–, al Sagrado Corazón de Jesús. De vez en cuando sorprende que personas, nada encasillados en estos sectores, y beneméritas por muchos motivos mostrasen cierta incompreensión entre la devoción al Sagrado Corazón por motivos mínimos. Por ejemplo, el admirado Menéndez Pelayo, cuya obra extraordinaria fue apostólica en tantas cosas, hasta el punto de que si los sectores de la enseñanza en España tuviera sensatez de criterio, merecería ser de obligada lectura en institutos y colegios muchos de sus capítulos de los *Heterodoxos*, hace un comentario sobre la devoción al Sagrado Corazón desafortunado, calificándola como devoción francesa. ¡Al bueno de Don Marcelino le salió en este caso una cierta componente casticista! Otro historiador católico y contemporáneo y generalmente con buen criterio, al tratar del fusilamiento y demolición del monumento al Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles, efectuado en julio de 1936, comenta que la devoción al Corazón de Jesús tuvo su cenit entre los dos concilios vaticanos, con lo que sin hacer un comentario desfavorable, parece relegarla a ciertas modas pasajeras.

Por el contrario, Bossuet, un autor sólido pero contaminado de cierto galicanismo, dijo cosas muy sentidas y profundas sobre el Corazón de Jesús y en un sermón dijo que los escritos del evangelista san Juan son un intento de penetrar y explicar los secretos del Corazón de Cristo y recibía que en este Corazón están todas las maravillas del cristianismo.

Pese a todo ello, el pueblo cristiano ha aceptado con firmeza la devoción al Sagrado Corazón. Lo demuestra pensar en los miembros del Apostolado de la Oración, las consagraciones personales, familiares y nacionales; el Sagrado Corazón ha figurado en los escudos, escarapelas, o «detentes» de los soldados cruzados de los dos últimos siglos; vendeanos, carlistas, requetés y otros de la guerra civil española, y preside ciudades como Río, Barcelona, San Sebastián y otras; la jaculatoria posiblemente más repetida ha sido «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío»; en las iglesias o domicilios católicos de las películas americanas suele distinguirse una estatua o cuadro del Sagrado Corazón. En cierto modo, el Sagrado Corazón ha sido una seña de identidad del catolicismo de los dos últimos siglos.

El espíritu pragmático y chato de la actualidad ha dado lugar, sobre todo entre jóvenes, a un cierto menosprecio de la devoción al Sagrado Corazón por innecesaria, pues todo estaría comprendido en el amor a Jesucristo sin más. A estas

personas siempre hay que responderles que cuando adoramos, rezamos y suplicamos al Corazón de Jesús lo hacemos al mismo Jesucristo, especialmente y singularmente amando a los hombres y a cada uno en concreto. Cuando nos dirigimos a la Inmaculada, lo hacemos a María, pero con énfasis especial en la pureza inmaculada de la Virgen.

En la encíclica *Misericordissimus Redemptor* hemos leído una significativa mención a los primeros viernes, práctica sólidamente unida a la devoción al Corazón de Jesús. También hay que procurar devolver y acrecentar esta práctica, hoy día, por desgracia, bastante olvidada, sobre todo entre jóvenes. Las hojas diocesanas y parroquiales, a veces, en el Santoral hacen mención de los primeros viernes, como días dedicados a la devoción al Corazón de Jesús, lo cual está en principio bien. Sin embargo, hay cierto complejo a hablar de las promesas del Señor a santa Margarita para los que practiquen los primeros viernes, por temor a ser malentendidos, como si fuera una especie de patente de corso.

Se ha de explicar bien, pues la promesa, aparte de su valor en sí, tiene una fuerza catequética importantísima. En primer lugar, para recalcar la única y exclusiva importancia de la salvación individual, en tiempos en los que media una cierta timidez, un cierto silencio, sobre esta cuestión que, según palabras de Jesús, es la única importante: «De que le sirve al hombre...». En segundo lugar, para resaltar la gratuidad de esta salvación en momentos tan antropocéntricos y pelagianos como los actuales. En tercer lugar, con palabras de padre Xiberta, para hacer patente que en el cristianismo la misericordia prima sobre la justicia.

Los miembros del Apostolado de la Oración, en nuestra misión verdaderamente apostólica hemos de ser cada vez más conscientes de la fuerza imparable de la oración. Escuché a Francisco Canals y me parece que la frase del Señor «Si tuviéramos fe moveríamos montañas» hay que entenderla en el sentido de que nuestra oración puede conseguir cosas mucho más importantes y más maravillosas que mover montañas. Así, por ejemplo, la conversión de san Pablo, en la que pudo tener efecto la oración de personas como san Esteban; la conversión de san Agustín, en la que pudo tener efecto la oración de su madre santa Mónica. La oración con fervor y perseverancia puede hacer para nosotros cosas mucho más importantes que mover montañas, como conseguir nuestra santificación, la de las personas cercanas y la conversión de muchos.

Finalmente, debemos rechazar, como miembros del Apostolado de la Oración, un cierto complejo de inferioridad, de autoconsiderarnos una asociación de personas en general mayores, inofensivas, pero que no sirven para gran cosa. El Apostolado de la Oración ha merecido el honor de ser citado por una encíclica, de materia dogmática y de primer rango, como la *Mystici Corporis Christi*, de Pío XII, de la siguiente manera: «A la más perfecta realización de este designio contribuye en gran manera la cotidiana oblación de sí mismo a Dios, que suelen hacer los miembros de la piadosa asociación llamada Apostolado de la Oración, asociación que como gratísima a Dios deseamos recomendar aquí con el mayor encarecimiento».

A LOS 50 AÑOS DE LA CONSAGRACIÓN
DE SCHOLA CORDIS IESU AL INMACULADO
CORAZÓN DE MARÍA

Hoy, como ayer, María sigue llamándonos a la conversión, a la oración, a la penitencia, a la reparación

TERESA LAMARCA

EL Año Santo de 1950 acaba de ser clausurado en Fátima por el Legado del Papa. Unos amigos de CRISTIANIDAD conversan con Marysia Winowska, apóstol de la devoción a María, biógrafo de los santos canonizados en aquel año santo... y con el gran predicador francés el padre Laurent, superior del monasterio alpino de La Salette. Hablan de la terrible situación de nuestro mundo moderno sacudido por odios, guerras, sufrimientos, tragedias y maldades sin fin que ofenden al buen Dios.

El padre Laurent les hace notar cómo desde 1789, cuando la Revolución Francesa elabora su «declaración de los derechos del hombre» contra los «derechos de Dios», en cada momento crucial del avance de este proceso descristianizador ha tenido lugar una intervención especial de María, e incluso en algunos casos María se ha adelantado al momento, para evitar con sus lágrimas, sus advertencias y sus reproches, el desastre que amenazaba a la pobre humanidad.

Así en 1830, cuando la revolución liberal sacude la sociedad europea, María entrega a Catalina Labouré su Medalla Milagrosa para socorro de los necesitados y como medio de conversión de las almas para el triunfo del Rey de la Paz.

En 1846, la Santísima Virgen en la Salette llama a la oración y a la penitencia para evitar el desastre de 1848, la primera revolución socialista.

Nuevamente en 1858 en Lourdes, María hace una llamada a la oración y a la penitencia y llena a sus hijos de favores milagrosos que desconciertan a nuestro mundo racionalista.

En 1870, en Pont Main, la «hermosa Señora» con las oraciones pedidas a los niños del pueblo, detiene el avance del ejército prusiano.

El 5 de mayo de 1917, el papa Benedicto XV, viendo que era inútil la fuerza de las armas en el tremendo conflicto de la guerra mundial, envía una carta a los obispos del mundo para que en el mes de junio recen al Corazón de María y la invoquen como Reina de la Paz. A la vez que a los obispos la súplica del Papa, llega a la Santísima Virgen, que se apresura a socorrer a sus hijos y se aparece el 13 de mayo a los pastorcitos en Fátima. Desde mayo hasta octubre la Virgen María pide oración y penitencia para que «se salven muchas almas y haya paz». El 7 de noviembre del mismo año se instaura la revolución bolchevique en Rusia.

De nuevo viene María en 1929 en socorro de sus hijos, pidiendo a través de Lucía la Consagración a su Corazón Inmaculado y la Comunión reparadora de los primeros sábados. Pero su petición no es atendida y «Rusia expande sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia» de sobras conocidas.

Está claro que María no abandona nunca a sus hijos. Verdadera mensajera de la misericordia divina y la mejor de las madres, viene en su ayuda en los momentos de dificultad previniéndoles y ofreciéndoles remedios con el fin de evitarles males y desgracias.

Y es en este punto de la conversación que Marysia Winowska, conocedora de las dificultades, incomprendiones y problemas con que a menudo se encuentra la revista CRISTIANIDAD sugiere a sus interlocutores la gran solución: «recorrir a María». Les dice: «Deben hacer entrar ustedes la Virgen en todas sus cosas... deben ustedes meterla en toda su obra, comprometerla en toda su obra! ¡Jesús quiere triunfar por María!».

Movidos por esta «indicación providencial», conociendo por el Mensaje de Fátima que la solución a todos nuestros problemas está en la devoción al Corazón Inmaculado de María, la redacción de la revista deciden consagrarse a este Corazón Inmaculado, y no sólo la revista sino todo «Schola Cordis Iesu», ya que de ella ha nacido y «de ella recibe su vida».

El 12 de noviembre de 1951 los miembros de «Schola Cordis Iesu» con todas sus obras hacen la consagración al Inmaculado Corazón de María ante el bellissimo cuadro de la Madre de la Divina Gracia que desde 1947 preside su capilla. Y se me ocurre que fue especialmente indicado que la consagración al Corazón Inmaculado se hiciese delante de este cuadro, que, a mi parecer, es un lienzo que de forma providencial se relaciona íntimamente con Fátima y su mensaje.

En efecto, la excelente copia de la obra del siglo xvii del pintor mejicano Andreas López representa a la Madre de la Divina Gracia, la madre de Cristo Jesús y de los hombres que formamos el Cristo Místico, como medianera y dispensadora de todas las gracias que vienen de la Santísima Trinidad (en Fátima los pastorcitos oran a la Trinidad Santísima).

Ella, la «llena de gracia», las recibe directamente de la misericordia divina en su Corazón Inmaculado en forma de

rayos de luz («esta luz que arde pero que no quema» como decía Francisco) y de su corazón y de sus manos (como en Fátima) sale esta luz convirtiéndose en cascada que se derrama sobre la Iglesia y sobre toda la tierra en un mar inagotable de gracias que salvan y dan vida a lo que estaba perdido, convirtiendo los corazones y haciéndoles fructificar en lirios de pureza y rosas de caridad. El sol rodea por detrás la figura de la Virgen, «la mujer vestida de sol», el sol que giró en Fátima, y, a ambos lados, dos ángeles sostienen la palma del martirio y la azucena de la santidad de los que en medio de las terribles dificultades han seguido al Cordero (¿el tercer secreto?). Y, finalmente, la Virgen Inmaculada aplasta con su pie la antigua serpiente que sigue queriendo enseñorearse del mundo («por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará»).

También en la fórmula de la consagración resuena todo el mensaje de Cova de Iría: «Consagración al Inmaculado Corazón de María de nuestras personas y nuestra obra» como verdadero refugio y camino que conduce a Dios (como le dijo la Virgen a Lucía). Oración por los «sufrimientos» del Santo Padre y por «todos vuestros hijos perseguidos» (hace pensar en la tercera parte del secreto). Súplica a la Santísima Virgen «para que se abrevien los días de la tribulación» (como insistía Lucía) y para que «triunfe el Corazón Inmaculado de María» (según el deseo de Nuestro Señor expresado a la hna. Lucía).

Pero sobre todo, como aclaraban Jaime Bofill y Tomás Lamarca en la editorial del 15 de noviembre de aquel mismo año, esta consagración no debía ser una mera fórmula en boca de los miembros de Schola, sino que era necesario que fructificara eficazmente «en la empresa que Dios y la Virgen han puesto en sus manos: difundir infatigablemente el ideal del Reino de Cristo por la devoción a los divinos Corazones». Por su parte la revista a partir del 1 de enero de 1952 actualiza su lema: «al reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón» se transforma en «al reino de Cristo por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María».

El 12 de noviembre de este año 2001, se cumplirán los 50 años de aquella primera consagración de Schola al Corazón Inmaculado de María. Creo que sería una buena ocasión para renovarla solemnemente, ya que, como dijo Juan Pablo II en 1982, «la petición de María no es para una sola vez. Continúa abierta para las generaciones que se renuevan, para ser correspondida de acuerdo con los signos de los tiempos, siempre nuevos. A ella se debe volver incesantemente. Hay que tomarla siempre de nuevo».

Como en 1951, estamos en el año siguiente al gran Año Jubilar y, hoy como ayer, María sigue llamándonos a la conversión, a la oración, a la penitencia, a la reparación, y sigue ofreciéndonos su ayuda a través de la devoción a su Corazón Inmaculado para las terribles dificultades con que se encuentra la pobre humanidad a la entrada del tercer milenio.

Satanás sigue luchando, y quizás con más rabia que nunca, para extender su reinado en todo el mundo. En 1939 Lucía escribía a Pío XII: «España ha sufrido ya su castigo, que no está aún del todo terminado»

Es necesario no dormirse en victorias y consagraciones pasadas. Es hora que los que seguimos al Cordero trabajemos en la conversión de nuestros corazones y del mundo entero para que venga pronto el Reino de Cristo.

Porque «el Reino salvífico de Cristo», decía Pío XII, «triunfará y se consolidará establemente en todas las partes de la tierra por las oraciones de los hombres». El hombre es parte activa y responsable de la historia. Así lo afirmaba Lucía: «son los hombres que por sí mismos se preparan el castigo. Dios nos advierte con premura y nos llama al buen camino, respetando la libertad que nos ha dado; por eso los hombres son responsables» En ocasión anterior había dicho: «no quisieron atender mi encargo» y «Rusia ha invadido el mundo con sus errores». Y en otra ocasión: «la Santísima Virgen está muy triste, pues nadie hizo caso del Mensaje, ni los buenos ni los malvados», y por eso en 1940 comenzó «otra guerra mucho peor».

La Madre de Dios está deseosa de ayudarnos. Sus entrañas maternas sufren indeciblemente por las miserias de los hombres. María siempre acoge a los que se acogen bajo su amparo, nunca desecha las súplicas que le dirigen los hombres en sus necesidades pero quiere su colaboración.

En la visión del secreto de Fátima, los pastorcitos vieron al Papa «muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego», pero el 13 de mayo de 1981 «la mano materna guió la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte». En la beatificación de los pastorcitos, el Papa dijo: «expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento» ¿Acaso las oraciones y sacrificios de Jacinta, unidos a las de otras almas buenas, no intercedieron para que la mano materna desviara la bala?

Cuando el 25 de marzo de 1984 se hizo la consagración al Inmaculado Corazón tal y como Nuestra Señora la había pedido, la respuesta de María no se hizo esperar: en 1989 caía el muro de Berlín y el 8 de diciembre de 1991 dejaba de existir oficialmente la URSS, y la revolución de Lenin que se «opuso al Príncipe de los príncipes... –sin intervención humana– fue quebrantada», como decía la profecía de Daniel.

Es necesario acudir siempre de nuevo a María y trabajar por la devoción a su Corazón porque está bien claro «que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración son poderosas, que pueden influir en la historia y, que al final, la oración es más fuerte que las balas, la fe más potente que las divisiones», afirma el cardenal Ratzinger.

Con toda nuestra confianza y con corazón de niños, como el Señor quiere, oremos sin desfallecer, sacrifiquémonos y trabajemos por la gloria de Dios y el bien de las almas y renovemos de corazón nuestra consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Hijo de Dios quiso venir al mundo a través de María en Belén, ahora el Príncipe de la Paz quiere establecer su reinado a través de la Reina de la Paz.

Ven Señor Jesús por medio de María.

En homenaje al padre Ramón Orlandis Despuig, S.I.

La síntesis filosófica de santo Tomás

En el acto que tuvo lugar en Balmesiana el 26 de enero de 2001 en honor de santo Tomás de Aquino, por iniciativa del Instituto Filosófico de Balmesiana y la sección barcelonesa de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino, nuestro colaborador **Francisco Canals Vidal** pronunció una conferencia sobre el tema a que alude el título, que publicamos a continuación.

POR haber sido Santo Tomás de Aquino el doctor que estableció, de alguna manera por primera vez, y ciertamente con la máxima precisión, la distinción entre la Doctrina Sagrada o Teología y la Filosofía, el tema de la síntesis filosófica de Santo Tomás de Aquino tiene una significación capital, no sólo históricamente, sino también por su mismo contenido doctrinal.

En los intentos de caracterización de aquella síntesis filosófica tuvo un especial significado la aprobación, durante el pontificado de Pío X, de *Veinticuatro tesis*, cuyos autores habían consultado a la Santa Sede sobre si expresaban *principia et pronunciata maiora* de la filosofía de Santo Tomás. En 27 de julio de 1914 respondía afirmativamente la entonces llamada Sagrada Congregación de Estudios: «*eas plane continere sancti Doctoris principia et pronunciata maiora*» (A.A.S. n.º 6, 1914, pp. 383-386).

A una nueva consulta «*sobre si todas aquellas veinticuatro tesis filosóficas contenían realmente doctrina auténtica de Santo Tomás y, en caso afirmativo, si debían imponerse para ser sostenidas en las escuelas católicas*», respondió la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de Estudios, en 7 de marzo de 1916, que «*todas aquellas veinticuatro tesis expresan auténtica doctrina de Santo Tomás, y sean propuestas como normas seguras directivas*» (A.A.S. n.º 8, 1916, pp.156-157).

Por ulteriores actos pontificios, como la carta de Benedicto XV de 19 de marzo de 1917, *Quod de fovenda*, al padre general de la Compañía Wladimiro Ledochowski, aprobando la de éste, *De doctrina Sancti Thomae magis magisque in Societate fovenda* (*Acta Romana Societatis Iesu* n.º 9, 1917, p. 318 ss.), o la orientación favorable a la libertad de investigación en las escuelas católicas contenida en la encíclica de Pío XI *Studiorum ducem* de 29 de junio de 1923 (A.A.S. n.º 15, 1923, pp. 323 ss.) resulta indudable que las veinticuatro tesis han sido consideradas en la Iglesia como materia opinable. En realidad, en la respuesta de 1914, consta históricamente que no se había dado intervención alguna de la Congregación del Santo Oficio, por lo que es claro que se trataba de una intervención

interpretativa de normas disciplinares, y no de un acto de magisterio doctrinal.

La insistencia en la libertad respecto de la doctrina filosófica contenida en aquellas veinticuatro tesis pudo, tal vez, desdibujar en algún momento la intención y sentido de su aprobación, o, como observaba, en 24 de mayo de 1936, el cardenal arzobispo de Quebec Villeneuve, en la clausura de unas jornadas tomistas de Ottawa, llevar a algunos a suponer que la Iglesia jerárquica impone el escepticismo o el eclecticismo a los filósofos cristianos (véase el artículo «Thomisme», firmado por R. Garrigou-Lagrange, en *D.Th.C.*, A.Vacant..., t. XV, I.ª p., col. 1010, París 1946). Hay que evitar tan grave malentendido, y personalmente quiero afirmar mi convicción de la autenticidad de las tesis como doctrina de Santo Tomás, y también de su verdad filosófica.

Conviene reconocer, no obstante, el carácter incompleto, en un punto capital, de las tesis diecinueve y veinte. Se afirma en ellas que «*recibimos el conocimiento de las cosas sensibles*» y que «*ascendemos, por analogía, al conocimiento de las cosas espirituales*». Se omite la mención de un «*doble conocimiento*» acerca del alma humana: el conocimiento universal de la naturaleza del alma, y aquel que «*cada uno tiene de sí mismo en cuanto que su alma tiene ser en tal individuo*».

Al conocimiento universal se accede después del conocimiento objetivo de las naturalezas de las cosas sensibles, pero no como si las naturalezas sensibles pudiesen ser tomadas como semejanza del alma espiritual, sino por cuanto «*considerando la naturaleza de la especie inteligible abstraída de las imágenes, encontramos la naturaleza del alma que recibe tales especies inteligibles*» (*Ver. Qu. 10, art.º 9.º, ad 9*).

En cuanto al conocimiento singular y existencial por el que cada uno percibe que tiene alma, Santo Tomás afirma que esta percepción se da actualmente al estar en acto de pensar, porque «*en cuanto piensa algo, percibe que existe*» (*Ver. Qu. 10, art.º 12.º, ad 7*). Y si hablamos «en hábito» hemos de reconocer que el alma se conoce a sí misma

por sí misma, por su misma esencia, sin requerirse la adquisición de ningún hábito intelectual: «*para que el alma perciba que existe no se requiere hábito alguno; sino que basta para esto la sola esencia del alma presente a la mente: pues de ella brotan los actos en los que ella misma se percibe actualmente*» (Ver. Qu. 10, art.º 4.º, in c.).

Encontramos, pues, en Santo Tomás la afirmación de la existencia de una experiencia propia de las realidades espirituales humanas:

«*El principio del conocimiento humano es por los sentidos; sin embargo, no es necesario que todo lo que es conocido por el hombre esté sujeto al sentido, o sea conocido inmediatamente por un efecto sensible; pues el mismo entendimiento se entiende a sí mismo por su acto, que no cae bajo los sentidos*» (De malo Qu. 6.ª, art.º único, ad 18).

Que esta experiencia de los actos intelectuales haga posible el conocimiento de las realidades espirituales, lo afirma inequívocamente Santo Tomás:

«*Dice Agustín en 9.º De Trinitate cap. 3.º: “la mente misma, así como adquiere los conocimientos de las cosas corporales por los sentidos, así adquiere el de las cosas incorpóreas por sí misma” (...) por aquella autoridad de san Agustín, podemos afirmar que lo que la mente recibe acerca del conocimiento de lo incorpóreo, lo puede conocer por sí misma. Y esto es tan verdadero que incluso se dice en el Filósofo, en el libro 1.º de De anima, que la ciencia sobre el alma es como cierto principio para conocer las substancias separadas*» (S. Th. I.ª, Qu. 88, art.º 1.º, ad primum).

Es este un punto capital por cuanto Santo Tomás afirma también que «*no podríamos tener, ni racionalmente ni por la fe, un conocimiento de substancias intelectuales trascendentes al mundo sensible si nuestra alma no conociese por sí misma lo que es el “ser intelectual”*» (III C.G. cap. 46). Además, y más radicalmente, sólo el reconocimiento de aquella experiencia íntima del yo pensante en su ser hace posible el diálogo y la superación del vaciado «logicista» del yo trascendental en el criticismo kantiano, vaciado del que se generarían las metafísicas idealistas.

En la tesis 20.ª no se menciona el capital principio según el cual:

«*Lo singular no repugna que sea entendido en cuanto que es singular, sino en cuanto es material. Y así, si algo es singular e inmaterial, como es el entendimiento mismo, no repugna que sea entendido*» (S. Th. Iª Qu. 86, art.º 1.º, ad tertium). «*Así como se entiende a sí mismo nuestro entendimiento aun siendo él mismo un entendimiento singular, así también entiende su acto de entender, que es un acto singular, existente en el pretérito o en el presente*» (S. Th. I.ª, Qu. 79, art.º 6.º, ad secundum).

El olvido de esta inteligibilidad, que no ha de caracterizarse como subjetiva, sino como íntima y personal, que Santo Tomás considera de tal modo constituida por la misma posesión del ser característica del ente personal que afirma «*volver a su esencia no es otra cosa que subsistir una*

cosa en sí misma» (S. Th. I.ª, Qu. 14, art.º 2.º, ad primum), es una laguna importante que dejaría sin explicar la pertenencia del conocimiento, en su vertiente intencional, al ser del hombre, el arraigo del orden del «ser inteligible» en el ser recibido en una forma no inmersa en la materia.

Sobre la utilidad de la aprobación de aquellas tesis, y sobre el hecho indudable de la ya secular recomendación de la doctrina de Santo Tomás por parte de la Iglesia, y sobre el sentido mismo de esta recomendación, puede dar luz el contenido de un discurso de Pío XII, en 17 de octubre de 1953, hablando a la Universidad Gregoriana de Roma:

«*No se confunda la doctrina católica y las verdades naturales con ella conexas, reconocidas por todos los católicos, con los esfuerzos de los hombres eruditos para explicarlas, ni tampoco con los elementos y conceptos propios por los que se diferencian entre sí los varios sistemas filosóficos y teológicos que se hallan en la Iglesia (...) ninguna de semejantes explicaciones o argumentaciones constituye la puerta para entrar en la Iglesia (...) ni siquiera del más santo e insigne Doctor se ha valido nunca la Iglesia como de fuente originaria de la verdad*».

«*Los varios sistemas de doctrina a que permite adherirse la Iglesia, es absolutamente necesario que estén de acuerdo con todo aquello que había sido conocido con certeza por la filosofía, tanto la antigua como la cristiana, desde los mismos comienzos de la Iglesia*».

Pío XII enumera, a modo de ejemplo, en el mismo discurso «*todo lo relativo a la naturaleza de nuestro conocimiento y al propio concepto de verdad, a los principios metafísicos fundados en la verdad, y que son absolutamente ciertos, a Dios infinito, personal, creador de todas las cosas, a la naturaleza del hombre, a la inmortalidad del alma, a la congruente dignidad de la persona, a los deberes que la ley moral, grabada por el Creador en su naturaleza, promulga e impera*».

«*Este conjunto de conocimientos no han sido expuestos por ningún otro Doctor de un modo tan lúcido, tan claro y perfecto, ya se atiende a la mutua concordancia de cada una de sus partes, ya a su acuerdo con las verdades de la fe, ya a su esplendísimas coherencia entre sí, ni ninguno los ha compuesto –sintetizado– en un edificio tan apto y sólido como Santo Tomás de Aquino, según nuestro predecesor León XIII, que con tanta precisión afirmó: “Distinguiendo perfectamente, como es debido, la razón de la fe, pero uniendo ambas amigablemente, y conservando los derechos y la dignidad de una y otra, de modo que, llevando la razón a la cumbre de lo humano, no pueda casi subir más alto, ni pueda tampoco casi la fe esperar de la razón apoyos más firmes de los que consiguió por medio de Santo Tomás”*» (A.A.S. n.º 45, 1953, pp. 684-685).

Hemos encontrado en las palabras de Pío XII tres afirmaciones:

1.ª – El mensaje de salvación que la Iglesia tiene misión divina de transmitir a todos los hombres no se identifica con ningún sistema teológico o filosófico, y la Iglesia no se

sirve ni siquiera del más santo e insigne Doctor como de fuente originaria de verdad.

2.^a – Necesariamente todo sistema y doctrina que puede ser profesado en la Iglesia ha de estar de acuerdo con lo conocido con certeza por la filosofía, tanto la filosofía antigua como la cristiana.

3.^a – Este conjunto de conocimientos que son obligatorios, por ser absolutamente verdaderos, no han sido elaborados por ningún Doctor, ya en la coherencia de cada una de sus partes, ya en su acuerdo con las verdades de la fe, como por Santo Tomás de Aquino.

Por el primero de los principios establecidos se comprende por qué la Iglesia no sólo favorece, en lo teológico y en lo filosófico, la libertad de las escuelas, sino que exige que sea respetada por todos. Así, Benedicto XIV afirmó: *«la Sede Apostólica favorece la libertad de las escuelas (...) compórtense, al presentarse la ocasión, del mismo modo los obispos, aunque como personas privadas sean partidarios de alguna de las posiciones discutidas. Nos mismo, aunque como doctor privado favorecemos en lo teológico a una de las opiniones, sin embargo, como Sumo Pontífice, no reprobamos las opuestas, ni permitimos que otros las reprueben»* (cfr. Benedicto XIV *Dum preterito*, 31 julio 1748; DS 2564-2565).

Por el segundo resulta claro que sólo la verdad filosófica es conciliable con la fe verdadera en el Misterio revelado, y apta para ser asumida en una sistematización teológica. Recordó Pío XII: *«Ningún católico puede dudar que es absolutamente falso que cualquier filosofía u opinión (...) pueda conciliarse con el dogma católico (...)»* (Encíc. *Humani generis*, A.A.S. n.º 42, 1950, pp. 561 ss.). Este es un punto en el que podemos descubrir una continuidad y coherencia profunda en el magisterio pontificio e, incluso, en lo esencial de sus orientaciones prácticas. Es doctrina cierta que el magisterio de la Iglesia tiene autoridad para establecer por modo definitivo que algunas proposiciones filosóficas están necesariamente conexas con la fe católica, o que, por el contrario, son absolutamente incompatibles con ella.

Pío X, que recomendó con tanta energía la enseñanza de la doctrina de Santo Tomás y advirtió que *«el apartarse de Santo Tomás, en especial en las cuestiones metafísicas, no se hará nunca sin grave detrimento»* (Encíc. *Pascendi*, 8 septiembre 1907; *Pii X Acta* n.º 4, 1907 pp. 50 ss) fundamentaba esta recomendación en que *«los principios en que se basa, como en sus fundamentos, toda su filosofía, no contienen sino lo que hallaron los más excelentes filósofos y los máximos doctores de la Iglesia sobre el concepto adecuado del conocimiento humano, sobre el orden moral y la consecución del último fin»* (*Doctoris angelici*, 29 de junio de 1914, A.A.S. n.º 6, 1914, pp. 334-341). *«Lo que en Santo Tomás es capital no debe ser tenido en el género de las opiniones sobre las que es lícito disputar en sentidos opuestos, sino que deben entenderse como los fundamentos sobre los que se apoya toda ciencia natural y divina»* (ibid.).

Por razón de estas verdades capitales en Santo Tomás *«quae in Sancto Thoma sunt capita»* desautorizaba Pío X el desprecio o la interpretación falsa de los *principia et pronunciata maiora* de Santo Tomás, a los que se declaró pertenecer aquellas veinticuatro tesis, aprobadas en 1914. Es claro que la libertad después proclamada acerca de ellas, y el hecho mismo de que la respuesta aprobatoria fuese un acto disciplinar, muestran que no tendría sentido entenderlas comprendidas en la extensión del concepto de *«lo que en Santo Tomás es capital»*.

También en la tercera de las afirmaciones de Pío XII en aquel discurso a la Universidad Gregoriana podemos descubrir la continuidad y coherencia de la actitud de la Iglesia jerárquica en la cuestión de la recomendación de la doctrina de Santo Tomás. Porque sus palabras son testimonio auténtico de la preferente aprobación y recomendación de la doctrina de Santo Tomás.

En este contexto me parece que puede afirmarse que, si las veinticuatro tesis no se presentaron –en las respuestas de 1914-1916– como doctrinas obligatorias necesarias para la defensa de la fe y para una sana teología, esto no implica que no puedan ser o que no hayan sido reconocidas posteriormente, en algunos casos, como dotadas de mayor autoridad doctrinal. En el Catecismo de la Iglesia católica, en sus números 308 y 318, hallamos afirmadas doctrinas sobre la acción de Dios como causa primera, que obra en las causas segundas y por ellas, y sobre la exclusiva y única potencia de Dios para la causalidad creadora, que expresan contenidos de la vigesimacuarta de las *Veinticuatro tesis*.

Ciertamente éstas han de ser vistas como caracterizando la síntesis filosófica de Santo Tomás de Aquino que, de un modo tan explícito, elogió entonces Pío XII como el edificio más apto y sólido para exponer sistemáticamente el conjunto de verdades filosóficas obligatorias y su acuerdo con las verdades de la fe.

Convendría tener presente que en la mencionada encíclica de Pío XI *Studiorum duces*, inmediatamente después del párrafo sobre la libertad de optar entre posiciones doctrinales opuestas discutidas en las escuelas católicas, Pío XI afirma que *«al honrar a Santo Tomás se honra algo mayor que sus propias doctrinas, esto es, la autoridad de la Iglesia docente»*, a lo que añade unas palabras de Benedicto XV en que se elogia a la Orden de Predicadores *«no tanto por haber formado al Doctor Angélico cuanto por no haberse apartado después nunca, en lo más mínimo, de su disciplina»* (A.A.S., vol. VII, 1918, p. 397).

Y en la propia carta, también antes aludida, del Prepósito general de la Compañía, Padre Ledochowski, de 8 de diciembre de 1916, sobre la vigencia de la doctrina de Santo Tomás en la Compañía, y al insistir en la libertad que había sido tradicional en ella en cuanto al asentimiento a las tesis tomistas, no deja de reconocerse que el modo estricto en la profesión del tomismo pueda ser preferido por otros y observa que él mismo *«está persuadido que también este propósito es utilísimo a la Iglesia»* (véase el artículo «Jesuites», de Pierre Bouvier, S.I., en *Vacant...*, *D.Th.C.*, t.



La apoteosis de santo Tomás (de Zurbarán)

VIII, I.^a p., col. 1041, París, 1924). No parece dudoso, pues, de acuerdo con la tercera de las afirmaciones destacadas en el discurso de Pío XII de 17 de octubre de 1953, que puede hablarse de una preferente recomendación de la doctrina del Doctor Angélico por el magisterio de la Iglesia.

La síntesis filosófica de Santo Tomás de Aquino la interpretamos, pues, como una culminación de lo que llamamos *filosofía cristiana*. Este término, por haber sido a veces utilizado inadecuadamente, ha sido rechazado también en ocasiones con excesiva descalificación. La Encíclica *Aeterni Patris* de León XIII, de 4 de agosto de 1879, lleva por título *De philosophia christiana ad mentem Sancti Thomae Aquinatis Doctoris Angelici in scholis catholicis instauranda* (ASS 1878-1879 p.98 ss.). La *Fides et ratio* de Juan Pablo II, de 14 de septiembre de 1998, que la define «*subjetivamente*» como «*una especulación filosófica concebida en unidad vital con la fe*» añade, aludiendo a su sentido objetivo: «*al hablar de filosofía cristiana se pretende abarcar todos los progresos importantes del pensamiento filosófico que no se hubieran realizado sin la aportación directa o indirecta de la fe cristiana*» y enumera, también, los conceptos de Dios personal, libre y creador, tan decisivos para el pensamiento filosófico y, en especial, para la Metafísica como ciencia del ente en cuanto que tiene ser (A.A.S. núm. 91, 1999, pp. 5-88).

Mi maestro, el eminente jesuita Ramón Orlandis Despuig, fruto de cuyo magisterio ha sido la llamada «*Escuela tomista de Barcelona*», notaba que las veinticuatro tesis, si son auténticamente pertenecientes al pensamiento filosófico de Santo Tomás, no son suficientes para sugerir las líneas centrales y más profundas de su síntesis. Decía que no sería verdadero afirmar que ellas son *ta principia et pronunciata maiora*, es decir, que no se podría añadir el artículo determinado, que en latín es inexistente, supliendo, como se hace en otras cosas, con el artículo griego. Si así se hubiera formulado la respuesta de 1914, se hubiera enunciado una estimación falsa del valor y significado de las tesis.

Las *veinticuatro tesis* fueron útiles y aptas para delimitar la síntesis filosófica de Santo Tomás frente a otras posiciones escolásticas, principal, aunque no exclusivamente, de la escuela suarista. Sus redactores fueron profesores jesuitas tomistas, que buscaban en la Santa Sede una interpretación auténtica de las normas pontificias y de la propia Compañía sobre la autoridad de Santo Tomás en la enseñanza filosófica de la Compañía de Jesús.

Sería deseable la publicación del trabajo de Enrique Miguel Aguayo, presentado en 1990 como tesis doctoral en la Universidad de Navarra, bajo la dirección del doctor Manuel Gamarra Caffieri, titulado «*Génesis histórica de*

las XXIV tesis tomistas». Su conocimiento sería muy orientador sobre el sentido mismo de la redacción de las tesis y de su aprobación por la Santa Sede.

San Ignacio había establecido en las Constituciones: «*En lógica, filosofía natural y moral se seguirá la doctrina de Aristóteles*» (P. IV, c. 14, 1-3). León XIII confirmó esto por sus letras apostólicas *Gravissime Nos*, de 30 de diciembre de 1892, y al hacerlo precisó para interpretar la mente del fundador en favor de la vigencia en la Compañía de la enseñanza filosófica tomista:

«*Porque la filosofía de Santo Tomás no es otra que la aristotélica y porque el Doctor Angélico interpretó esta filosofía con más competencia que nadie, la enmendó de errores, la hizo cristiana, y la usó en la exposición y vindicación de la verdad católica*» (*Leonis XIII P.M. Acta* vol. XII, 1893, pp. 366 ss.).

Pero esta cristianización de la filosofía aristotélica se realiza en el contexto que León XIII describía en su Encíclica *Aeterni Patris*: «*Los que unen el estudio de la filosofía con la obediencia a la fe cristiana, éstos son los que filosofan óptimamente*». Y alaba a Santo Tomás porque «*veneró a los Doctores sagrados y por esto adquirió, de algún modo, la comprensión de todas sus doctrinas, que eran como miembros dispersos de un cuerpo. Santo Tomás las reunió y acrecentó en su unidad, las dispuso con orden admirable y las enriqueció con grandes incrementos*».

Santo Tomás, que Brentano, el creador de la fenomenología, alababa como el más insigne comentador de Aristóteles, fue calificado como «*aquel gran discípulo de Agustín*» por el cardenal Enrique Noris, el fundador de la escuela agustiniana en los siglos modernos, inclinado a censurar la escolástica por haberse apartado, por excesiva atención a Aristóteles, de la tradición patristica.

Es sabido, además, que Santo Tomás recibió, por su maestro Alberto Magno, la herencia del neoplatonismo cristiano de los Padres griegos, por lo que en su obra ocupan un lugar central tesis tomadas de los tratados del Pseudo Dionisio Areopagita.

La síntesis filosófica de Santo Tomás, a la que ciertamente pertenecen, de modo muy central y característico, las *veinticuatro tesis*, no podría ser pensada sin poner como sus fundamentos doctrinas como el **ejemplarismo**, la genial cristianización agustiniana de la doctrina platónica de las Ideas, reelaborado por Santo Tomás desde la comprensión de la simplicidad de la omniperfección del ser divino; la doctrina sobre la naturaleza del bien creado y su triple dimensión, **modo, especie y orden**, asumida teológicamente para explicar el vestigio de la Trinidad en la Creación y su imagen en el espíritu creado como **memoria, inteligencia y voluntad**—que hace posible explicar la inteligencia objetiva como emanada de la memoria de sí mismo, y encontrar el camino para sintetizar la doctrina agustiniana de la **iluminación** con la tesis aristotélica del **entendimiento agente** al explicar éste como constituido por la mismidad existencial del yo pensante humano— la escala neoplatónica de los **grados de perfección**, que hace

posible afirmar fundamentadamente el ser personal como **lo perfectísimo en toda la naturaleza**; la esclarecedora caracterización del **carácter privativo del mal**, que está en el centro de la vigorosa refutación del dualismo maniqueo de los cátaros.

En Santo Tomás todas estas doctrinas no forman un agregado inconexo, sino que son los elementos *com-puestos*, es decir, sintetizados, ciertamente en continuidad con los misterios de la fe, pero con una conciencia muy claramente formulada de lo que pertenece al conocimiento racional y lo que está, por el contrario, en el orden del Misterio revelado y que toma como principios la Doctrina Sagrada o Teología.

No podemos hoy, evidentemente, intentar una exposición, ni que sea abreviada, de la que sería la síntesis filosófica de Santo Tomás de Aquino. Y no podemos hacerlo no sólo por la limitación de quien habla, sino porque es, en cierto sentido, una síntesis que ha de ser siempre de nuevo descubierta y reelaborada.

A esta tarea, que ha de entenderse como abarcando también cuestiones sobre la naturaleza, sobre el hombre en su constitutiva dignidad personal y en su caracterización como sujeto moral, sujeto de comunicación social y de cultura, han contribuido muchísimos grandes filósofos del siglo pasado y del nuestro, varios de ellos eminentes laicos, y otros muchos eclesiásticos y religiosos; pero queda mucho por hacer para que la síntesis filosófica de Santo Tomás pueda cumplir plenamente la tarea que le asignaba ya León XIII, y que muestre la eficacia que le atribuyó Pío XII, en su Encíclica *Humani generis* de 12 de agosto de 1950 (A.A.S. n.º 42, 1950, pp. 561 ss): «*Para la investigación de las más recónditas verdades (...) y para recoger de modo útil y seguro los frutos de un sano progreso*». La insistente recomendación por la Iglesia jerárquica del estudio de Santo Tomás de Aquino, ha sido también varias veces justificada por la resistencia pasiva y difusa a asumir aquellas directrices y orientaciones.

Nos limitaremos hoy a enumerar algunos puntos de la Metafísica de Santo Tomás que creo tienen entre sí la suficiente conexión para sugerir un hilo conductor que permita hallar el carácter y las líneas centrales de fuerza de aquella espléndida síntesis, en parte contemplada y en parte entrevista:

1.º – El punto de partida de la Metafísica es la afirmación objetiva absoluta del ente, que es «*lo primero que cae en la concepción del entendimiento*». «*Lo primero que el entendimiento concibe como lo más conocido y en lo que resuelve todos sus conceptos es el ente*» (*Ver. Qu. 1, artº 1.º, in c.*). Del ente, como lo primeramente conocido, «concretado» en las esencias de las cosas sensibles, se accede al ente en cuanto ente, que considera la filosofía primera como su objeto, no por generalización o abstracción total, sino por la abstracción formal de tercer grado, que destaca lo actual y determinante de lo potencial y determinable. El ente como término metafísico es análogo con analogía de

proporcionalidad propia (Cayetano, *De nominum analogia*).

2.º – La afirmación del ente está regida por el primer principio que excluye la simultánea verdad de dos proposiciones contradictorias y que se funda inmediatamente en la afirmación de que lo que es, es, en la negación de que este ente sea aquel otro ente. La multitud es dada inmediata y primeramente a la experiencia humana, aunque sólo sea afirmable ontológicamente con posterioridad a haberse formado el concepto de uno como propiedad trascendental del ente.

3.º – Porque de la afirmación del ente, ejercida en el juicio sobre lo que es cada uno de los entes, se sigue la negación de que este ente sea aquel otro ente, supuesta la existencia de la multitud de los entes, de su distinción numérica y de su diversidad esencial (cfr. *S.Th.* Iª, Qu. 11, art.º 2.º, ad quartum).

4.º – Pero la negación se sigue de la afirmación y se funda en ella: «*La verdad de cualquier negación en los entes se funda en la verdad de una afirmación*» (*Pot.* Qu. 10, art.º 5.º, in c.).

A esta primacía de la afirmación corresponde la primacía de la unidad sobre la multitud: es necesario afirmar la unidad antes que cualquier multitud, porque «*no es posible una multitud que no participe de lo uno: las cosas que son muchas en sus partes son unas en todo. Y todo lo que es mucho en sus accidentes es uno en el sujeto. Y las cosas que son muchas numéricamente son unas en su especie. Y las que son muchas en sus especies son unas en el género. Y todas las cosas que son muchas en sus procesos son unas en su principio*» (*S.Th.* Iª, Qu. 11, art.º 1.º, ad secundum).

Ninguna tentación en Santo Tomás de explicar la multitud de las esencias y su respectiva alteridad, mediante un no-ente, como en el último platonismo; con lo que se quería evitar la contraposición inexorable eleática entre ser y no-ser. Santo Tomás no sólo se mueve en el auténtico aristotelismo, sino que está enfrente del concepto de la determinación como negación (Spinoza) y de la fuerza de lo negativo para poner en marcha el despliegue dialéctico del saber absoluto (Hegel).

5.º – La correlación ente en potencia-ente en acto y la analogía entre la afirmación del ente en acto y el ente en potencia, que en Aristóteles explica el movimiento físico, la generación y corrupción de las substancias materiales y la multiplicidad numérica –«*todas las cosas que son múltiples en número tienen materia*» (Aristóteles, *Metafísica* XI, VIII, 1074 a, 7-8)» en el aristotelismo y en el tomismo exigen entender que: «*pues el ente en potencia es como un término medio entre el ente en acto y el no-ente*» (comenta Santo Tomás sobre un pasaje de la *Física* de Aristóteles), que hace posible no caer en la inexorable «crisis» de Parménides entre el ser y el no-ser, pues lo que no es en acto pero es capaz de ser en acto no equivale a la negación absoluta de la entidad.

6.º – Esta caracterización de la potencia como capaz de ser algo, correlativa y referida trascendentalmente al acto de que es capaz, es el núcleo de la «crítica metafísica del objeto afirmado» que permite mantener la vigencia de la no contradicción reconociendo, a la vez, el devenir y la multiplicidad. La trascendentalización de los conceptos de potencia y acto por Santo Tomás permite que la esencia –que en cuanto tal es acto– se comporte respecto a su acto de ser como capacidad finita de perfección. Se explica así la finitud del ente creado, y la gradación en las criaturas en la participación de la perfección del ser.

7.º – El ser, acto del ente, es «*lo perfectísimo de todo, pues se compara como acto a todo, pues nada tiene actualidad sino en cuanto es, por lo que el ser mismo es la actualidad de todas las cosas, y aun de las mismas formas, por lo que no se compara como lo que recibe a lo que es recibido, sino como lo que es recibido a lo que recibe*» (*S.Th.* Iª, Qu. 4, art.º 1.º, ad tertium).

De este texto afirmó Domingo Báñez que expresa «*lo que Santo Tomás frecuentísimamente clama y que los tomistas no quieren oír*» (en su comentario sobre aquel lugar).

8.º – Pero si la filosofía de Santo Tomás no es «esencialista», tampoco es «existencialista». La entidad finita no se constituye por la nihilidad, sino por la perfección participada, en un grado de posesión de la perfección comunicada por Dios a los entes, a los que da participar en el ser, según la capacidad o potencia que crea en ellos al darles el ser. La forma recibida en la materia dice razón de acto en la línea substancial predicamental. La forma subsistente por sí es acto puro en su línea –por esto, Santo Tomás afirma su unicidad– «*toda forma, en cuanto tal, es acto*» (*De Spirit. Creat.*, art.º 1.º, ad primum).

9.º – La comprensión del ser como acto exige que nuestra definición metafísica de Dios no entienda éste como *causa sui* en el sentido del racionalismo occidental, sino como el *Ipsum esse subsistens*, concepto en el cual hallamos el fundamento para afirmar en Dios la infinitud en el orden de las perfecciones (cfr. Tesis 23, de las *Veinticuatro tesis*; DS 3623).

10.º – Por el ser como acto podemos explicar, como grados de participación en el mismo, aquella escala de los seres, tesis central en Santo Tomás, tomada del Pseudo Dionisio Areopagita, a la vez que del aristotelismo: «*el vivir es para los vivientes su ser*» (*S.Th.* Iª Qu. 18, art.º 2.º, sed contra). Así el ser da razón del vivir, y el vivir en su grado más perfecto da razón de la conciencia y del conocimiento en su intencionalidad objetiva infinita. Por eso Santo Tomás dice que, considerados en su concepto, dice más perfección el vivir que el saber, aunque el saber constituye el supremo grado de vida (cfr. *S.Th.* Iª, Qu. 5, art.º 2.º, ad tertium).

11.º – «*La filosofía primera considera la universal verdad de los entes. De aquí que pertenece al metafísico considerar cómo se comporta el hombre en orden al conocimiento de la verdad*» (*In Met.* lib. 2, lectio 1, n.º 273). En

una auténtica filosofía fiel a Santo Tomás no hay lugar para aquella teoría del conocimiento de que la modernidad filosófica se libró sólo muy trabajosamente, especialmente por obra de Heidegger, al interpretar la propia *Crítica de la razón pura* como «ontología fundamental».

12.º – «Así como es evidente por sí que el ente es, así también lo es el que la verdad, universalmente considerada, existe» (*S.Th. I.ª, Qu. 2, art.º 1.º, III*). La verdad trascendental, que significa formalmente la entidad en cuanto adecuada al entendimiento, sigue, en nuestra concepción objetiva, al concepto de ente, en el que se funda, pero ha de ser afirmada como fundante del mismo conocimiento intelectual verdadero: «la entidad de la cosa precede al concepto de verdad, pero el conocimiento es como un efecto de la verdad». La verdad en el entendimiento que juzga es «manifestativa y declarativa del ser» (*Ver Qu. 1, art.º 1.º*).

13.º – Aquella autofundamentación del saber ontológico, que corresponde a la Metafísica, exige alcanzar al concepto del «ser intencional inteligible», aquel en que «el alma es, de algún modo, todas las cosas» (Aristóteles, *Sobre el alma 431 B 20-25*). Así como el sentido es infinito de algún modo, porque el viviente sensible cognoscitivamente no sólo es él mismo sino también lo otro, el entender en cuanto tal es *simpliciter infinito* (*S.Th. I.ª, Qu. 54, art.º 2.º, in c.*).

14.º – Para alcanzar a la comprensión de este orden intencional, al que Cayetano aludía como «lo que se esforzaba en meter en la cabeza de los que filosofan» (*In De anima III, cap. 5*), hay que entender con Santo Tomás que «**sentir y entender no son sino cierto ser**» (*ibid.*). El ser intencional, que remedia la finitud entitativa del sujeto, se constituye como acto que pertenece al sujeto en la medida en que la no inmersión de la forma en la materia le hace connaturalmente participante de aquella apertura intencional. La escisión entre lo entitativo y lo cognoscible e inteligible desconoce esta caracterización ontológica del conocer como acto, y opera la disolución de la realidad obrada por el idealismo. Sólo desde la caracterización ontológica del orden intencional contenida en la metafísica del espíritu pensante que Santo Tomás elabora siguiendo a San Agustín y a Aristóteles, puede la filosofía cristiana no sólo resistir, sino superar vigorosamente la seducción de las metafísicas idealistas.

15.º – La dualidad sujeto-objeto no constituye el conocimiento, sino que está en la dimensión de su potencialidad, en la línea cognoscitiva del sujeto, y en la línea de lo cognoscible del objeto: «el sentido en acto es lo sentido en acto; el entendimiento en acto es lo entendido en acto». «Lo inteligible en acto es el entendimiento en acto. Y según que el inteligible se distingue del entendimiento, uno y otro son en potencia» (*Iª C.G. cap. 51*).

Toda intencionalidad objetiva se arraiga en la unidad consciente de un viviente en grado de vida cognoscente o intelectual. La conciencia sensible es la raíz de los sentidos externos y en la presencia íntima habitual de la mente a sí misma, constituida porque ésta es inteligible en acto, radi-

ca la posibilidad del entendimiento cognoscitivo de objetos.

Por esto Santo Tomás afirma que «nuestra mente es inteligible en acto y, según esto, se afirma en ella el entendimiento agente que hace los inteligibles en acto» (*Ver. Qu. 10, art.º 6.º, c*) y sostiene también que «nuestra virtud intelectual juzga sobre la verdad no por algunos inteligibles existentes fuera de la mente, sino por la luz del entendimiento agente que hace los inteligibles» (*De spir. creat., art.º 10.º, ad octavum*)

16.º – Ascendiendo en la escala de grados analógico-proporcionales, hemos de afirmar que el acto puro en la línea inteligible se identifica no sólo realmente, sino también en nuestro concepto ontológico, con el acto subsistente de ser. La intelección de la intelección que afirmó Aristóteles como perteneciente a la vida divina (*Metafísica, libro lambda, 1074, 14-15*) se constituye formalmente por el acto subsistente de ser (aportación de la escuela tomista benedictina de Salzburgo) (cfr. Gredt *Elementa...* n.º 799, 2).

17.º – El acto es de sí y por su naturaleza, comunicativo de sí mismo (*Pot., Qu. 2, art.º 1.º, In c.*) Esta tesis no reduce el ser a la acción predicamental, sino que muestra toda acción como constituida por la naturaleza comunicativa del acto de ser, y fundamenta así la naturaleza locutiva del entendimiento como tal. «El entendimiento tiene un ser expresivo» «El entendimiento es, por su naturaleza y perfección, manifestativo y locutivo» (Juan de Santo Tomás *Curso teológico*, disp. 32, art.º 4.º, n.º 25).

18.º – Por esto Santo Tomás afirma: «lo entendido como tal es lo que el entendimiento concibe dentro de sí mismo acerca de lo que entiende» (*Pot. IX art.º 5.º in c.*); por esto, «lo concebido es lo principalmente entendido, ya que la cosa no se entiende sino en él» (*De natura verbi intellectus*). «Lo entendido se refiere al entendimiento como algo constituido y formado por el acto de entender» (*De spir. creat. Qu. un, art.º 9.º, Ad 5*). «El acto por el que el objeto es formado es el conocimiento, pues el entendimiento conociendo forma el objeto y formándolo lo entiende, así como si la vista viendo formase la pared, a la vez formaría el objeto visto» (Juan de Santo Tomás, *Cursus theologicus*, disp. 32, art.º 5.º, n.º 13). El desconocimiento u olvido de esta naturaleza locutiva del conocimiento en cuanto tal pudo dejar inerte al realismo escolástico frente al criticismo trascendental kantiano.

19.º – El ente, constituido como tal por su participación en el acto de ser –ente finito y creado– o por el ser subsistente que define la esencia de Dios, no sólo es bueno, porque se dice bueno en cuanto que es perfecto (*S.Th. Iª, Qu. 5, art.º 3.º, in c.*), sino que hay que afirmar, no la primacía del bien sobre el ente (*S.Th. Iª, Qu. 5, art.º 2.º*), ni la existencia de un bien más allá de las esencias, sino «que el ente se convierte con lo bueno», como afirmó genialmente Cayetano (*In De ente et essentia*, cap. IV, Qu. V) y reconocer también la primacía del fin y del bien en el orden de las causas. El mal es privativo y no tiene consistencia substancial ni es

causado sino «accidentalmente» y «deficientemente» (*S.Th. I.^a, Qu. 48, art.º 1.º; Qu. 49, art.º 1.º-3.º*).

20.º – La estructura del ente finito, bueno participativamente, constituido por capacidad de acto que participa del acto de ser por el que tiene su perfección, es como el reflejo del correlativo del bien infinito de Dios, operante por pura liberalidad comunicando a los entes liberalmente los bienes que en ellos crea, creando simultáneamente –no sólo en sentido cronológico sino ontológico– su capacidad para recibir los bienes comunicados por el acto creador (del magisterio oral de mi maestro Ramón Orlandis).

21.º – La libertad de Dios en la Creación –y la radical contingencia del ente creado– es una verdad de la filosofía cristiana para la que Santo Tomás afirma ser moralmente necesario haber recibido la Revelación de la Trinidad. Entendemos que Dios no crea por necesidad natural, al creer que todas las cosas fueron creadas por su Verbo; entendemos que Dios no tiene indignidad alguna de los bienes que crea, porque creemos en la eterna espiración donante del Espíritu Santo (*S.Th. I.^a, Qu. 32, art.º 1.º, ad tertium*). «*Las procesiones de las personas son la razón de la producción de las criaturas*» (*S.Th. I.^a, Qu. 45, art.º 6.º, in c.*).

22.º – Para la comprensión de la libertad divina en la Creación hay que atender a la suma y máxima liberalidad divina, aunque «*obrar no es otra cosa sino comunicar aquello por lo que lo operante es en acto*» (*Pot. Qu. 2, art.º 1.º, in c.*). «*A todo agente finito le compete que incluso en su acción tienda a adquirir algo para él. Pero al primer agente, que es sólo agente, no le conviene obrar por la adquisición de algún fin, sino que intenta sólo comunicar su perfección, que es su bondad*» (*S.Th. I.^a, Qu. 44, art.º 4.º, in c.*). «*Sólo Dios es máximamente liberal porque no obra por su utilidad, sino sólo por su bondad*» (*ibid. ad Primum*).

23.º – Así el fin o motivo del acto creador no puede ser otro sino la misma bondad divina, no para ser adquirida, sino para ser comunicada. La gloria de Dios, para la que el mundo es creado (cfr. *DS 3025*), es la manifestación de su bondad. Santo Tomás asume como tesis capital la afirmación de san Agustín: «*A nosotros aprovecha conocer a Dios, no a Él (...) por lo que es evidente que Dios no busca su gloria para sí mismo, sino para nosotros*» (*S.Th. II.^a Secundae, Qu. 132, art.º 1.º, ad primum*).

24.º – En el universo de los entes creados, todos ellos tienden a Dios como a su fin al tender a sus propias perfecciones, porque «*cada cosa tiende a su perfección en cuanto es una semejanza de la perfección divina y no a la inversa*» (*S.Th. I.^a, Qu. 6, art.º 1.º, ad secundum; S.Th. I.^a Qu. 4, art.º 4.º, in c.*), «*Las criaturas racionales sobrepasan en dignidad a todas las otras por la perfección de su naturaleza y por la dignidad de su fin. En la perfección de su naturaleza, porque sólo la criatura racional tiene dominio de sus actos, actuándose libremente al obrar (...) en la dignidad del fin, porque sólo la criatura intelectual*

alcanza con su operación al mismo fin del universo, conociendo y amando a Dios» (*III C.G. cap. 111*).

25.º – Por esto santo Tomás afirma que «*sólo la criatura racional es por sí misma intentada en el universo, y todas las otras cosas lo son por causa de ella*» (*III C.G. cap. 112*), y entiende la Divina Providencia como ordenando todas las realidades no personales a las personas, que son aquellos entes no ordenados a la utilidad, ni subordinados al provecho de naturalezas universales, sino valiosos y amables por sí mismos en su individual personalidad.

26.º – En la aspiración natural de la persona finita a todos los bienes que pertenecen a su vida está el fundamento del conocimiento de la ley natural en el hombre y de su carácter imperativo: «*Todo aquello a que el hombre tiene inclinación natural es aprehendido por su razón como bueno, y consiguientemente, como algo a que tiene que tender su obrar, y lo contrario a esto, como malo y debiendo ser evitado; y así, según el orden de las inclinaciones naturales es el orden de los preceptos de la ley natural*» (*S.Th. I.^a Secundae, Qu. 94, art.º 2.º, in c.*).

El acto moralmente malo es posible por una «deficiencia» anterior a la elección desordenada de la voluntad, deficiencia que no tiene sentido todavía de mal: «*En las cosas humanas cualquier elección debe medirse y regularse según la norma de la ley divina; por lo cual, el no uso de esta regla lo hemos de entender como anterior a la voluntad de la elección desordenada (...) el hecho mismo de no atender en acto a tal norma no es mal de culpa ni de pena; la culpa sobreviene sólo cuando el hombre procede, sin la actual consideración de la norma, a la elección moral; así como un artífice no peca por no tener siempre a mano la regla, sino por cuanto no teniéndola procede a realizar la obra. La culpa de la voluntad no está en no atender siempre actualmente a la norma de la ley divina, sino en proceder a elegir sin atender actualmente a ella*» (cfr. *De malo, Qu. 1.^a, art.º 3.º, in c.; III C.G. cap. 10.º*).

27.º – La estructura del bien, constituido por el modo –el ser y la eficiencia, la receptividad y la conmensuración material– la especie –la esencia y la forma constitutiva de una especie– y el orden –el dinamismo tendencial al fin y bien de un ente (*S.Th. I.^a, Qu. 5, art.º 5.º; Ver. art.º 5.º, qu. 26*)– permite considerar, a la luz de esta doctrina, el tema de la esencia de la bienaventuranza perfecta del hombre en la vida eterna.

Según esta ontología agustiniana del bien, podemos ver que la esencia de la suprema realización sobrenatural del ser del hombre es la contemplación del bien divino –«*seremos semejantes a Él porque le veremos como es*» (*Jn. 3, 2*)–, supremo objeto de su acto contemplativo (*S.Th. I.^a Secundae, Qu. 3, art.º 5.º, in c.*) –encontramos su modo perfecto en la inmediatez intuitiva de la visión de Dios cara a cara («*ahora vemos en espejo y en enigma, entonces cara a cara [...] conoceré plenamente al modo como yo mismo soy conocido*» [*I Cor. 13, 12*]) y su orden en la plenitud del amor de caridad, que ya tenemos los viadores, pero que llega a su plenitud en la vida eterna en Dios.

Juan Sebastián Bach: música para la gloria de Dios (II)

GERARDO MANRESA PRESAS

¿Un hombre de su tiempo?

ERA el año 1226. En Turingia una terrible carestía obligó a los pobres a comer raíces y hierbas para aplacar el hambre. Nadie sintió más de cerca el apuro que la Condesa. En ausencia de su esposo, vació todo el tesoro, 64.000 piezas de oro, todos los graneros del gobierno, y alimentaba diariamente a 900 pobres. Como los empleados se quejaban de ello a la vuelta del Conde, éste manifestó magnánimo: «Dejad a mi querida Isabel hacer bien a los pobres; nadie diga nada cuando ella hace bien a los pobres de Dios; con tal que no regale Wartburgo, Eisenach y Naumburgo ya estoy contento». La condesa era sante Isabel de Hungría, esposa de Luis IV, conde de Turingia. Los esposos se amaban en extremo.

Pocos meses después su esposo partió para las cruzadas y en el viaje murió a causa de unas fiebres. El hermano de Luis, Enrique Raspe, arrebató el condado al niño heredero de Luis, Hermann, y expulsó a Isabel de su castillo. Era el castillo de Wartburg. En Eisenach nadie le dio acogida por temor al conde usurpador, sólo el dueño de una pobre posada le concedió una cuadra, de la que tuvo que echar a los cerdos.

El ejemplo de santa Isabel fue en los siglos posteriores para los habitantes de Eisenach una referencia y así también para Juan Sebastián Bach, que durante toda su vida fue muy devoto de santa Isabel.

Su esposa Ana Magdalena nos dice que de Eisenach, aparte de la familia, los dos recuerdos más gratos que tiene su marido son santa Isabel y Lutero. Los dos relacionados con el castillo de Wartburg.

Su religiosidad

EN la «Pequeña Crónica» de Ana Magdalena Bach, ésta explica la religiosidad de su esposo y la compara a los pastores protestantes. «Los pastores nos predicán muy acertadamente y nos dan buenos ejemplos, pero mi marido era mucho más religioso que todos ellos».

Creo que la mejor forma de analizar la religiosidad y la piedad filial que el músico tiene hacia el Señor es estudiar las oraciones y cantos que acompañan a los textos litúrgicos en sus cantatas, oratorios y pasiones. Creo que lo mejor que se puede hacer es leerlo y por ello acompañar el texto de una de sus cantatas más conocidas para

comprobarlo. Es la cantata 147, titulada en castellano: «Jesús, alegría de los hombres» y en alemán: «Herz und Mund, und Tat und Leben», traducido: «Corazón, palabra, hechos y vida»

Dice su biógrafo más famoso, Spitta, que en sus corales «ama contrastar la paz de la vida sobrenatural reservada a los elegidos con los sufrimientos de la tierra que él trata con simpatía melancólica».

No es fácil conocer la letra de toda la música coral de Bach, pero creo no equivocarme si afirmo que en todas ellas hay que destacar una piedad muy grande, un convencimiento de que por nosotros mismos nada podemos hacer para salvarnos y que sólo Dios nos salva y la incesante petición para que llegue este momento para sus elegidos.

Esta forma de ver, totalmente ortodoxa y antipelagiana, era la enseñada por san Agustín y santo Tomás, y es la que también Lutero profesaba, aunque éste hacía seguir a ello la inutilidad del comportamiento humano, lo cual fue la causa de su herejía.

Yo creo suponer que Bach opinaba lo mismo, pero como pasa en todos los hombres, que no siempre obran según lo que creen, en Bach ocurre que en su vida personal conocida, su comportamiento como esposo y padre de familia y su cumplimiento del deber como músico, hacen pensar que no seguía el precepto luterano. El texto de la cantata 147 es una muestra de ello.

Su religiosidad y su vida de piedad fueron también puestas a prueba.

En Mühlhausen, dos años después de su llegada al cargo de organista de la Blasiuskirche, lo abandona porque, como dice en su carta de renuncia, «ha encontrado oposición a sus proyectos de establecer una música regular que celebrara como yo entiendo la gloria de Dios».

El pietismo se había extendido por esta región y los seguidores de Ph. Jakob Spener, su fundador y autor de «Pia Desideria», especialmente el pastor de la Blasiuskirche y los burgueses de Mühlhausen, consideraban la música de Bach demasiado independiente, demasiado rica y, para hablar como ellos, «carnal», porque seducía la oreja, y «mundana», porque admitía los falsos ornamentos y la diversidad de la música del siglo.

La religiosidad de Bach, al que algunos indican que tenía un «algo» de pietista por sus lecturas místicas y por su sentimiento de la escritura, estaba fuertemente ligada a la ortodoxia luterana y este «algo» de pietismo que decían

que tenía, le venía mucho menos de la doctrina de Spener que de su austeridad de vida y su naturaleza profundamente alemana.

Las preferencias, los movimientos de su alma preñada de lo divino, su culto tierno y como fraternal para con Cristo, eran manifestaciones de esta gran corriente de familiaridad devota que, tan a menudo, se habían manifestado en el cristianismo germánico. Pero, él profesaba un gran respeto por la iglesia establecida. Él quería ser un creyente fiel a su iglesia.

Se puede distinguir en Bach su fe protestante en otro aspecto. En todas sus letras, aunque se nota una confianza grande en que el Señor le salvará y que él no puede hacer más que esperar en Él, se aprecia que no ve tanto a Dios como un Padre sino como un Juez y le falta, a mi parecer, la alegría de saberse salvado por la Resurrección de Cristo. Y quisiera exponer tres puntos que creo confirman esta suposición.

El primero es que toda, o mejor dicho, la mayor parte de la música religiosa de Bach, está compuesta en tono menor y ello le da una expresión respetuosa a su música pero también melancólica y falta de la alegría de saber que Dios le ha salvado a él, personalmente, con su muerte. En pocos momentos canta un «Aleluia». Una de sus pocas obras en tono mayor es su precioso «Magnificat».

El segundo punto que creo que confirma esta postura es el título que Bach da a una cantata que compuso para la fiesta del domingo de Pascua: Su título es: «No dejarás que mi alma caiga en el abismo» («Denn du wirst meine Seele nicht in der Hölle lassen», cantata número 15). El temor de Dios parece mayor que el amor de Dios, que nos ha salvado con su Resurrección.

El tercer punto es en la Pasión según san Mateo. Después de la audición de la maravillosa obra, en la oración final, se queda el oyente con el corazón encogido al no oír ningún canto a la esperanza de la Resurrección del Señor, que es lo que nos dará la Salvación que tanto anhela el autor.

Estos importantes matices creo que expresan claramente la diferencia que hay entre los fieles seguidores del Vicario de Cristo y aquellos que, aun creyendo que el Señor les ha de salvar, se han separado de él.

El siglo de las luces

TODA la vida de Bach se está desarrollando en una época, en que, como consecuencia del racionalismo descartiano, se pretende hacer de la razón la diosa a la que hay que rendir culto: la época de la Ilustración.

La conciencia de que el hombre ha dejado ya de depender de Dios y solo él ha de ser la causa de su progreso y su felicidad va tomando conciencia en Europa y, después de Inglaterra, Francia y Alemania se van contagiando de ello. La ignorancia del hombre es la causa de su dependencia de Dios y esto debe superarse. Por esto todos

los príncipes se rodean de gente de «mucho saber» (ilustrados) para estar a la altura del siglo

En el tradicional Concierto de Navidad del año 1969, concierto que cada año realiza el Orfeo Catalá en el Palacio de la Música, el día 26 de diciembre, y que aquel año presento el «Oratorio de Navidad» de Juan Sebastián Bach, su director Lluís M. Millet escribía en el programa:

«Bach, asimilador e innovador, representa la conclusión de una época. Esto lo vemos en las discusiones de los teóricos y estetas, donde nuestro compositor es un punto de referencia más o menos implícito. Se trataba de defender el nuevo estilo galante —contrapuesto a la barbarie gótica— condenando el contrapunto, incapaz de imitar la naturaleza (uno de los conceptos estéticos tan considerados en época de la Ilustración) y de no suscitar emoción. Bach es unánimemente respetado como virtuoso pero se le acusó de haber violentado la naturaleza musical con un estilo ampuloso y un arte demasiado grande que vuelve el canto incomprensible y traslada la música de la naturaleza al artificio.

»Bach, absorbido por su trabajo, no responde a estos ataques; y es que su concepción pitagórico-teológica de la música está en el extremo opuesto de estas ideas. Los ideales de la Ilustración continuarán, sin embargo, ejerciendo su influencia hasta la época clásica. Ya su hijo Philip Emmanuel Bach manifiesta el absurdo de la tiranía estética o personal de la época sobre los compositores. También las letras de Haydn reivindican para el artista el derecho a la absoluta libertad de componer siguiendo la propia inspiración, de violar cualquier regla si lo exigen el oído o el corazón. Sin embargo, Haydn ha de continuar componiendo música de encargo, encarnando así en su persona un contraste, no solamente teórico, que ponen de manifiesto la crisis de los ideales críticos y estéticos de la Ilustración».

Esta consideración de Millet, desde el punto de vista estético, es completamente cierta, pero en Bach es mucho más profunda porque deriva de toda su personalidad. Y, aquí, podríamos considerar también la comparación con Händel, compositor contemporáneo de Bach y nacido también en Sajonia el mismo año (1685). ¡Qué contraste de vidas! Todo lo que en Händel es fastuosidad y grandeza de vida, es en Bach modestia y sencillez del hogar. Händel fue un ilustrado.

Desde el punto de vista religioso podemos ver que en una época en que el hombre y su razón son lo más importante que existe y no hay nada que pueda no ser comprendido por ella, considerarse un hombre, incapaz de hacer nada sin Dios y que su salvación dependa totalmente de Él, era decir en cada composición musical: yo no soy un ilustrado, yo soy un creyente fiel que necesito de Jesús para mi felicidad. Era un insulto a los ilustrados.

Esto lo demostraba, también, en el comportamiento diario. Él vivía para su familia y no rondaba los grandes salones de los palacios y si alguna vez algún ilustrado, como Federico II de Prusia, le llamó a sus salones, no fue

para deleitarse con su música, sino para ver su virtuosismo, haciéndole tocar todos los clavicémbalos y pianos de su palacio. La única época de su vida en que frecuentó los salones fue en Köthen, donde era músico de la corte del príncipe, pero llegado el momento, por el bien de su familia, no dudó en dejarlo y se fue a Leipzig.

Puede afirmarse sin dudar que el silencio que sufrió Bach en la época de la Ilustración, fue debido a que toda su obra podía ser considerada como una demostración de la capacidad de un hombre modesto y tradicional de su época, que con su trabajo diario y con su fe viva, quería

hacer presente a Dios entre nosotros, frente a unas ideas impuestas por unos hombres que luchaban para alejar a Dios de la sociedad y de la creación. Cuando Mendelssohn en 1829 decubre a Bach ha pasado ya la época de la Ilustración y sus frutos se han hecho patentes: la Revolución francesa y sus efectos en toda Europa.

Creo que vale la pena que, de vez en cuando, nos sentemos a oír su música y, al tiempo que hacemos una oración a Jesús, Nuestro Salvador, nos dejemos invadir por la paz y la tranquilidad de espíritu que da la música de J.S. Bach.

Cantata 147: «Jesús, alegría de los hombres»

Título original: «**Herz und Mund und Tat und Leben**»

Traducción del título original: «**Corazón y palabra y hechos y vida**»

Esta cantata fue compuesta, en un principio, para la celebración litúrgica del 4º domingo de Adviento, en 1716, y, con ella pretendía Bach lograr el puesto de *Kapellmeister* (maestro de capilla) en Weimar, puesto vacante por la muerte de Drese; sin embargo, el duque prefirió para dicho puesto al hijo de Drese que a Bach. Ello motivó que Bach dejara de producir cantatas para la corte.

El texto de la cantata estaba escrito por Salomón Francke, secretario del consistorio de Weimar y principal colaborador literario de Bach, en esta época.

El estreno de la cantata se produjo en Leipzig en la primavera de 1723. El texto de la cantata fue modificado para adaptarlo de una forma específica al suceso de la Visitación de María a su prima Elisabet, según el texto del Evangelio del día (Lc 1,39-56).

Coral

El corazón, la boca, los hechos y la vida
deben dar testimonio
sin temor, ni hipocresía,
que Cristo es Dios y Salvador.

Recitativo

Voz bendita!
María desvela su alma, lo más íntimo
por sus agradecimientos y sus alabanzas;
ella se cuenta a ella misma
el milagro que el Salvador
ha concebido en ella, su esclava.
Oh raza humana,

esclava de Satan y del pecado,
tú has sido librada,
por la aparición consoladora de Cristo,
de este yugo y de esta esclavitud!
Pero tus palabras y tu alma obstinada
callan y desaprueban una tal bondad;
acuérdate, por lo tanto, que la Escritura
te reserva un juicio muy severo.

Aria

No tengas vergüenza, oh alma,
de reconocer a tu Salvador
si él te elige como uno de los suyos
delante del Padre.
Pero cualquiera, en esta tierra,
que no le quiera reconocer
no será reconocido por él
cuando accederá a su gloria.

Recitativo

La obstinación puede cegar a los potentes
hasta que el brazo del Señor los eche del trono;
sin embargo, aunque el globo terrestre
tiemble delante de él,
este brazo exalta el desgraciado
y lo libera.
Oh cristianos muy dichosos
alzaos, preparaos,
he aquí que llega el tiempo de la felicidad,
he aquí llegado el día de la salud: El Salvador os pide
que arméis vuestro cuerpo y vuestra alma
de los dones de la fe.
Levantaos, llamadle con un deseo ardiente
a fin de recibirlo en la fe.



Aria

Prepara tu camino, Jesús, desde ahora
mi Salvador, elige mi alma creyente
y mirame con ojos de misericordia.

Coral

Yo soy feliz de tener a Jesús.
Oh, como lo guardo con fuerza
para que reanime mi corazón
porque estoy enfermo y triste.
Yo poseo a Jesús, que me ama
y se confía a mí;
ah, yo no abandonaré a Jesús
aunque mi corazón se rompa.

Aria

Ayúdame, Jesús, ayúdame para que también yo te reconozca
en la salud y en el dolor, la alegría y la pena
a fin de que yo pueda llamarte mi Salvador
en la fe y en la tranquilidad,
a fin que mi corazón arda siempre de tu amor.

Recitativo

La mano milagrosa del Todopoderoso
explora las regiones secretas de la tierra.
Juan debe ser llenado de este espíritu;
el lazo del amor le atrae,
incluso en el seno de su madre,
a fin que conozca el Salvador
cuando no puede, aún, nombrarlo.
Él se mueve, se conmueve, salta
mientras que Elisabet anuncia el milagro
y que María pronuncia las palabras de ofrenda.
Oh, creyentes si vosotros conocierais la debilidad de la carne,
si vuestro corazón ardiera de amor,
y si, sin embargo, vuestras palabras no reconocieran al Salvador
es Dios quien os dará la fuerza,
él despertará en vosotros la fuerza del espíritu
y pondrá en vuestros labios las alabanzas y los agradecimientos.

Aria

Yo cantaré los milagros de Jesús
y le aportaré palabras de ofrenda;
y él impondrá la potencia de su amor
sobre mi carne débil y mis labios mortales
gracias a su fuego sagrado.

Coral

Jesús es mi alegría,
el bienestar y la savia de mi corazón;
Jesús cura todos mis sufrimientos
él es la fuerza de mi vida,
el placer y el sol de mis ojos,
el tesoro y la alegría de mi alma:
yo no dejaré, pues, que Jesús
abandone mi corazón y mi faz.

(Traducción libre y sin guardar el ritmo poético;
unicamente mantiene la letra del texto.)

VIII Simposio Internacional sobre san José

El Salvador, 16 a 23 de septiembre de 2001

ORGANIZADO por la Congregación de Misioneros de San José se anuncia el VIII Simposio josefino en El Salvador.

Iniciada la serie en 1970 en Roma sobre el tema «San José en los primeros xv siglos de la Iglesia», continuó en 1975 en Toledo: «San José en el Renacimiento»; en Montreal, 1980 y en Kalisz (Polonia), 1985, ambos sobre el tema «San José en el siglo xviii»; en México, 1989, sobre «San José en el siglo xviii»; Roma, 1993, «San José en el siglo xix», Malta, 1997, «San José en el siglo xx».

A la riquísima aportación de los simposios anteriores, que hacen posible hoy un conocimiento muy completo del progreso en la Iglesia de la doctrina y del culto a san José, el que ahora se anuncia añadirá una reflexión sobre el contenido doctrinal y pastoral de la exhortación apostólica de Juan Pablo II *Redemptoris Custos*, de 15 de agosto de 1989.

La relación de los estudios programados para el próximo simposio permite confiar que marque una etapa decisiva hacia un trabajo de síntesis que podría encaminarse a la elaboración de la doctrina que sobre san José ha ido madurando progresivamente y arraigándose en la fe de la Iglesia, testimoniada por la riqueza de la espiritualidad de muchos apóstoles y de santos y doctores de la Iglesia, por el Magisterio eclesiástico, y presente en el sentido de la fe del Pueblo de Dios.

Llamemos la atención sobre algunos de los trabajos anunciados: Carlos Carrillo Ojeda, MJ: «Riqueza doctrinal de los simposios internacionales sobre san José»; Tarcisio Stramare, OSJ: «La *Redemptoris Custos*, contenido teológico e importancia pastoral»; Roland Gautier, CSC: «Historia de la teología de san José»; José de Jesús María, OCD: «Frutos y fracasos de la *Redemptoris Custos*»; Pedro de La Noi: «De la *Redemptoris Custos* a la teología dogmática»; Enrique Llamas, OCD: «La predestinación de san José y el matrimonio con María»; Josep Maria Blanquet: «La *Redemptoris Custos* como quinto eje del pensamiento de Juan Pablo II».

La iniciativa y responsabilidad de estos congresos se debió inicialmente a las Sociedades y Centros de Montreal, Valladolid, México y Roma. En el programa del Simposio del próximo septiembre podemos encontrar relacionadas como sus centros promotores doce instituciones, de Canadá, España, Italia, México, Polonia, El Salvador, Alemania, Malta, Corea y Chile.





Pequeñas lecciones de historia

Hildebrando y Pedro Damiani

GERARDO MANRESA

ERA el siglo XI. En Roma la corrupción era grande, la Iglesia estaba esclavizada, se vendían los cargos eclesiásticos por dinero. Los sacerdotes tenían mujeres, sus hijos arrebatában los bienes eclesiásticos. Y como acontecía en Roma, pasaba en toda Italia. Pedro Damiani lamenta: «En todo el país apenas se puede hallar un sacerdote puro». Con la inmoralidad andaba mano a mano la ignorancia. Damiani opinaba que los sacerdotes no entendían lo que leían. En varias comarcas los obispos iban a la guerra, como otros capitanes. Un contemporáneo decía: «No hay que llamarlos obispos, sino tiranos, pues mientras sus manos están aún manchadas de sangre, van al altar a ofrecer los sagrados misterios». En Roma, el Papa precedía con el mal ejemplo.

Pero aunque la fuerza vital no se manifestaba en el centro, se hallaba en la periferia. El espíritu de la virtud, la fuerza de rejuvenecer, no se había extinguido en la Iglesia. Desde Cluny tronaba el clamor contra la simonía y el nicolaísmo. Su voz hallaba eco en todos los corazones nobles. Y venció, aunque tras largos y duros combates.

En 1044 estalló una tormenta contra el profanador del santuario, Benedicto IX. El partido que le expulsó eligió al obispo de Sabina, que se llamó Silvestre III, pero sólo pudo sostenerse 49 días. Benedicto IX regresó, pero resolvió abdicar porque quería casarse. Vendió la dignidad pontificia a Juan Graciano, arcipreste de Roma por 1500 libras de plata y una renta vitalicia que se pagó con el dinero de San Pedro, con el que contribuía Inglaterra al sostenimiento de la Iglesia. Juan Graciano, hombre de puras costumbres, quiso de esta forma liberar a la Iglesia de los hombres que la martirizaban. Se llamó Gregorio VI.

Con este papa se produjo una mudanza: la virtud ascendió a San Pedro. Damiani juzgaba que se renovaba ahora la edad de oro de los Apóstoles.

Para libertar al Pontificado, Gregorio VI cambió la constitución de la ciudad de Roma. La Congregación de Cluny dio el dinero para ello y se compraron muchos privilegios. Como consejero del Papa, Cluny envió a Hildebrando. Los partidos romanos se alarmaron y llamaron a sus favoritos y así volvieron a Roma los papas Benedicto IX y Silvestre III. Enrique III estaba dispuesto a apoyar una honda reforma y purificación del clero y fue en ayuda de Gregorio VI al sínodo de Sutri. Después de deponer a Silvestre III y obligar a renunciar a Benedicto IX, Gregorio VI, que presidía el sínodo, explicó la forma

en que había llegado a la sede Romana y renunció ella. Enrique III se lo llevó con él a Alemania e Hildebrando le siguió. Esto sucedía en el año 1046.

Enrique III nombró papa a Clemente II, que murió envenenado y ante la amenaza de Benedicto IX de volver a extender la mano a la tiara, el pueblo de Roma pidió a Enrique III que nombrara nuevo papa. Fue Dámaso II, que murió a los 23 días. De nuevo el pueblo pidió a Enrique que nombrara papa. La elección recayó en Bruno, obispo de Toul, el cual revestido con las insignias del poder pontificio se dirigió hacia Roma. En Besancon, encontró a Hugo de Cluny y a Hildebrando, los cuales le persuadieron de deponer las insignias de la dignidad pontificia y dirigirse a Roma como peregrino. Bruno, que tomó el nombre de León IX, aceptó y se llevó consigo a Hildebrando. A partir de entonces Hildebrando fue administrador de los bienes de la sede romana y guió su política, hasta que él mismo fue Papa, Gregorio VII.

Muchas luchas hubo que soportar todavía la Iglesia contra el poder civil y siempre Hildebrando estaba en su defensa. En 1059, Pedro Damiani, después de trabajosa juventud, se retiró con los eremitas pobres de Fonteavellana. Al enterarse de ello Hildebrando le comentó a su comunicante: «¿Cómo? ¿Ese comodón soñoliento quiere huir de Roma bajo pretexto de penitencia, mientras nosotros nos lanzamos contra las huestes enemigas y peleamos hasta derramar sangre: y quiere darse buena vida en la sombra del monasterio?». La voz de Hildebrando despertaba en todas partes adalides valientes y animosos. Dominaba las líneas de combate con la mirada del águila, animaba a los vacilantes y espoleaba a los animosos.

Pedro Damiani, aún entre los eremitas, continuó al servicio de Hildebrando, para el bien de la Iglesia y así le vemos el año 1069 en la Dieta de los Príncipes de Fráncfort, interviniendo como legado del Papa, para increpar a Enrique IV por el repudio de su esposa Berta. Indicó al rey Enrique que debía ser un modelo del Imperio, y nunca alcanzaría la Corona imperial si ultrajaba las leyes morales.

Hildebrando transformó a todos los que se pusieron en contacto con él y los encadenó consigo y con su causa; Pedro Damiani le llama por eso un santo Tentador: «Como un tirano, como un Nerón, como un león me ha forzado a todo lo bueno». «En tu presencia no tengo voluntad, siempre obedezco a todo cuanto emprendes; yo era como un rayo en tu mano, en los combates que tú sostuviste».



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Primer sacerdote católico ordenado en Siberia tras la persecución comunista

EL pasado 10 de junio, el diácono Yevgeni Yuryevitch fue ordenado sacerdote en la catedral católica de Irkutsk, en la Siberia Oriental, por el cardenal Castrillón Hoyos, prefecto de la Congregación para el Clero.

El cardenal colombiano, invitado por el obispo Jerzy Mazur, administrador apostólico de la región, se reunió también con los sacerdotes, religiosos y catequistas de esta administración apostólica siberiana que, en la actualidad, cuenta únicamente con 14 sacerdotes para atender a 50.200 católicos distribuidos en seis millones de kilómetros cuadrados.

Dura crítica del arzobispo de Granada a la entrevista a Leonardo Boff del diario *Ideal*

MONSEÑOR Antonio Cañizares, arzobispo de Granada, ha difundido una nota en respuesta a la entrevista realizada por el diario granadino *Ideal* al teólogo Leonardo Boff en la que, según afirma el prelado, «se ha insultado gravemente a la Iglesia, se ha maltratado al Papa y a la Santa Sede, y se ha herido a los católicos, a toda la comunidad diocesana, en sus más profundas convicciones».

El arzobispo comienza la nota señalando que no conocía, plasmado en un medio de comunicación social, «un ataque más cruel e injusto a la Iglesia que el perpetrado en estas declaraciones por el Sr. Boff, ni me había encontrado hasta ahora con nada tan grave dicho contra la persona del Papa Juan Pablo II. Tampoco había visto —añade— semejante alarde de titulares ni despliegue tal de técnica periodística puestos para servir de soporte y maqueta a los insultos que una persona dedicaba al Papa». Más adelante, monseñor Cañizares subraya que «nadie habría permitido, con toda razón, que en una entrevista se agrediese del modo que se ha hecho aquí a otra religión, por ejemplo a la musulmana, o que se atacase a personas o instituciones tan *sagradas*, como por ejemplo la Corona, y menos aún que a tal agresión se le diese lugar en un medio informativo». Por eso, «resulta incomprensible e inadmisibles, no sólo el contenido de la entrevista, sino la publicación de la misma».

Monseñor Cañizares lamenta también el hecho de que Leonardo Boff—persona que «se ha apartado de las ense-

ñanzas de la Iglesia» y cuyo juicio deja «en manos de Dios»— haya sido invitado por un religioso para dar una conferencia en un colegio mayor regido por religiosos. El prelado califica esta circunstancia como «una insensatez y una provocación», en la medida que «atenta contra la comunión eclesial y la debilita», al tiempo que produce «escándalo y confusión» en el pueblo fiel. En esta línea, pide a los católicos que no se dejen llevar por los criterios y opiniones de los que no creen o son «enemigos de la Iglesia: «la renovación eclesial no está en esas voces sino en la comunión y en la fidelidad a la Iglesia, a esta Iglesia concreta, presidida en la fe por Pedro y sus sucesores».

«Vivimos tiempos de persecución y de prueba», acaba el arzobispo, «persecución que llega a veces por personas que se dicen pertenecer a la Iglesia y por quienes les apoyan. Hemos de estar preparados —subraya— y fortalecernos en la fe». Finaliza la nota pidiendo a todos los fieles que renueven su «adhesión filial e inquebrantable y nuestro amor al Santo Padre, Juan Pablo II, testigo de fe y de esperanza».

Correcciones a la lista oficial de los Papas

FRUTO de las investigaciones del historiador Giovanni Maria Vian, miembro del Comité Pontificio de las Ciencias Históricas y consejero científico de la «Enciclopedia de los Papas», editada el año pasado, casi doscientas correcciones referentes a biografías de los papas, desde San Pedro hasta Juan Pablo II, han salido a la luz publicadas en la nueva edición del Anuario Pontificio 2001.

En términos de investigación histórica, este trabajo constituye el estudio más riguroso en estos momentos sobre la historia del papado y confirma la sucesión ininterrumpida de los obispos de Roma. Ahora bien, cuando se entra en detalles, en ocasiones, los expertos no están seguros de las fechas exactas de los primeros pontificados o incluso se da el caso de dudar del orden mismo de sucesión de los papas. Así, por ejemplo, la duda histórica más importante afecta al segundo sucesor de Pedro ya que, después de Lino, no se sabe si fue papa Cleto (80-92) o Clemente (68-76 o 92-99). Por este motivo, el elenco del Anuario Pontificio no asigna un número de sucesión a cada pontífice. En total, ha habido 264 Papas (incluido Karol Wojtyła), aunque los pontificados han sido 266, pues Benedicto IX reinó tres veces, entre 1032 a 1048.

Las correcciones más interesantes experimentadas por la historia de los Papas corresponden, de hecho, a la cro-

nología de los pontífices de los primeros dos siglos. En esos años no se tiene certeza de las fechas exactas de los pontificados y por ello se han añadido a doce Papas dos dataciones posibles, según los cálculos históricos realizados. En otras ocasiones, las correcciones son más minuciosas. Por ejemplo, se ha podido corregir el nombre de familia de un Papa, o el lugar de su nacimiento de nueve de ellos. Según el nuevo Anuario, España ha perdido a un pontífice: san Dámaso (366-384), que hasta ahora era considerado como originario de la Península Ibérica, nació en Roma.

«No se puede reclamar el derecho a ser educador cristiano si no se identifica con la fe y la moral de la Iglesia»

EL obispo de Almería, monseñor Rosendo Álvarez Gastón, ha escrito una breve nota pastoral en la que aborda el tema de la identidad de la Iglesia y la del cristiano, discípulo de Jesús. «Que algunos no creyentes o agnósticos no admitan a la Iglesia, puede pasar. Están en su libre decisión. Que algunos otros, apoyados por poderosos medios, ataquen sistemáticamente a la Iglesia —y lo hacen solapadamente en sus representantes—, ya es menos admisible, ignorando u ocultando el gran servicio que la Iglesia presta a la comunidad, en lo social y asistencial, en lo religioso y moral, y también en lo formativo y cultural. Ante esta realidad —añade el obispo—, no sería propio de un católico quedarse callado e inactivo, porque hay muchos que aprueban la actitud y la doctrina de la Iglesia».

Monseñor Álvarez recuerda que los ataques contra la Iglesia de Jesucristo, en sus más variadas formas, no son nada nuevo, «aunque sí los métodos empleados, conforme a las técnicas del momento». «La historia se repite, se viene repitiendo a lo largo de dos mil años, pero a pesar de todas las oposiciones, el mensaje del Evangelio se seguirá anunciando en Almería y en el mundo, por este Papa y los que le sucedan, por estos obispos y los que nos sucedan, por estos sacerdotes, catequistas y profesores de religión y los que vengan después». En esta línea, recuerda que quienes asumen la alta misión de transmitir a los niños y jóvenes esa fe, saben que han de hacerlo «con la palabra y con el testimonio, ajustando su vida y conducta a la verdad de Dios. Cada uno es libre de vivir como quiera, aunque habrá de responder de sus actos ante su conciencia y ante Dios. Lo que no puede pretender es reclamar el derecho a ser catequista o educador cristiano, a presidir una Asociación religiosa o a participar en los sacramentos si no se identifica con esa fe y moral de la Iglesia», subraya el obispo.

A continuación, el obispo alude a quienes se rasgan las vestiduras ante decisiones de la Iglesia coherentes con su doctrina, y, sin embargo «sirven a unas empresas, grupos o partidos, que son rigurosísimos en las exigencias ideoló-

gicas de sus empleados o afiliados». «Cuando los Obispos defienden la vida —añade—, se les tacha de intransigentes. Quienes dicen que es intolerable que la Iglesia reclame libertad para exponer su doctrina y exigir coherencia en quienes lo hacen, se quedan impassibles ante la decisión de rechazar la objeción de conciencia de profesionales sanitarios a quienes sus creencias impiden colaborar con algo que es inmoral».

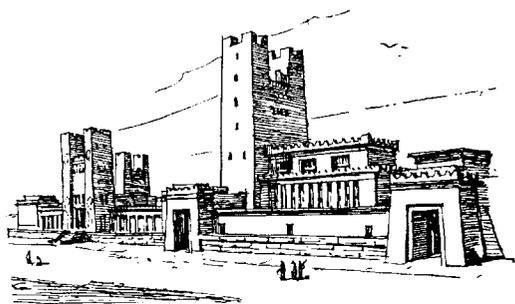
Finaliza destacando que en nuestra sociedad hay orientaciones y recomendaciones, «con el señuelo de progresistas y de favorecedoras de una falsa libertad», que están contribuyendo «a lo que ya muchos lamentan, por las consecuencias de una mentalidad sin principios, sin otro fin que la permisividad y el consumismo, lo que está generando una gran confusión en cuanto a los principios éticos más fundamentales». «El cristiano ha de ser fiel a la verdad revelada y transmitida por la Iglesia», concluye monseñor Álvarez.

El beato Manuel González, patrono de los seises

DON Manuel González, «obispo de los Sagrarios abandonados», recientemente beatificado por Juan Pablo II, ha sido declarado patrono de los seises de la Catedral de Sevilla, según el decreto del arzobispo de Sevilla, monseñor Carlos Amigo Vallejo, fechado el 30 de mayo. Previamente a la firma del decreto por el arzobispo, el nombramiento pasó los trámites canónicos pertinentes, con el parecer favorable del Cabildo Catedral, del Consejo Episcopal y de los propios seises.

En su niñez, el beato Manuel González fue seise y, como tal, cantó y danzó en las solemnidades del Corpus Christi y de la Inmaculada Concepción, devociones que —según el texto del citado decreto— «marcarían su vida para siempre y constituyen el eje de su vida pastoral». «Los niños —añade— cantan y danzan ante el Santísimo Sacramento, solemnemente expuesto, gozando de gran renombre en toda la Archidiócesis de Sevilla y en toda España. Esta acción cultural reúne en sí las acendradas devociones de la Iglesia de Sevilla a la Stma. Virgen María en el Misterio de Su Concepción Inmaculada».

Posteriormente, fueron Sevilla, Huelva, Málaga y Palencia los lugares en los que Don Manuel González ejerció su ministerio. Ordenado sacerdote en Sevilla, en Huelva fundó las «Marías de los Sagrarios» y los «Discípulos de San Juan», hoy Unión Eucarística Reparadora, y promovió obras de acción social: escuelas, granjas, talleres... Ya como obispo de Málaga se preocupó de forma especial por los sacerdotes y su formación, como lo muestra la construcción del Seminario Diocesano. En 1921 fundó las Misioneras Eucarísticas de Nazaret. Su último nombramiento episcopal le llevó en 1935 a Palencia, donde murió el 4 de enero de 1940. Sus restos descansan en la capilla del Sagrario de la Catedral palentina.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

La segunda oportunidad de Simeón de Bulgaria

LA victoria del Movimiento Nacional de Simeón II en las recientes elecciones en Bulgaria ha sorprendido por su magnitud a todos los observadores políticos. Con sólo dos meses de vida y numerosas trabas institucionales, el partido que toma el nombre del antiguo zar Simeón II (que no figuraba en las listas electorales) ha conseguido un amplio apoyo entre quienes –la mayoría del país– desean un cambio en la situación en la que está sumida Bulgaria.

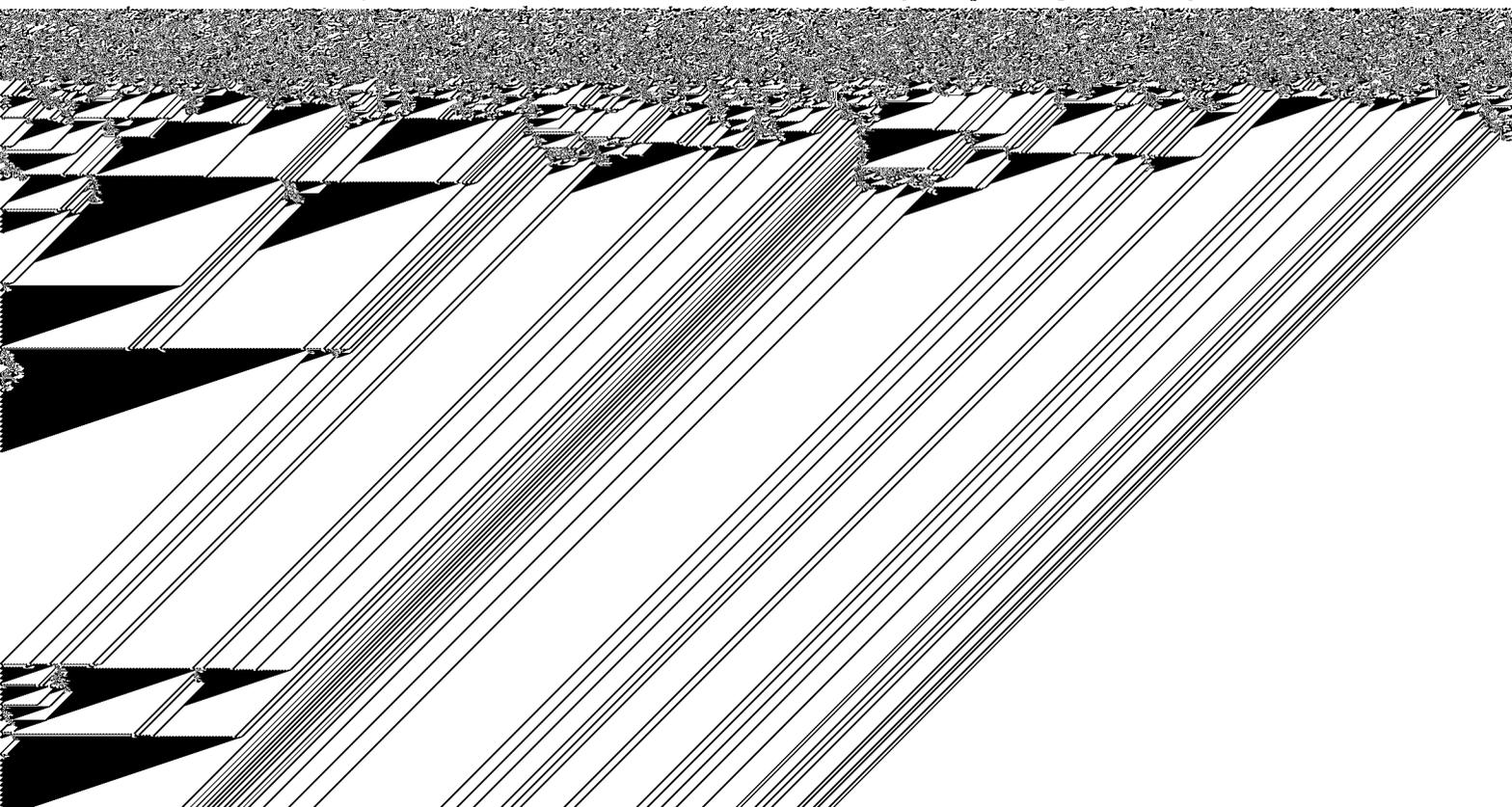
¿Cuáles son las causas del inesperado triunfo de un rey que lo fue tres años, siendo niño, antes de ser desalojado por los comunistas y emprender casi seis décadas de exilio?

Para entender lo sucedido hay que comprender lo que ha ocurrido en Bulgaria durante el exilio del rey Simeón. Al periodo de régimen comunista, totalitario, asfixiante y profundamente destructivo, no sólo en el plano material, sino sobre todo moral, le sucedió, como en otros países del Este, una peculiar democracia poscomunista. El periodista Hermann Tertsch nos aporta el siguiente retrato de la última década en Bulgaria: «*A la caída del implacable*

que el rey está por encima de los partidos políticos y es el único que, incluso en los peores momentos, busca en primer lugar el interés del país. Se entiende la consternación y el enfado de muchos «analistas» para los que, en sus simplificaciones ideológicas, volver la mirada al pasado precomunista quedaba completamente descartado.

Pero también puede extraerse otra enseñanza del fenómeno Simeón: si en los pueblos pervive el sentimiento monárquico, suelen ser los propios reyes quienes han olvidado la misión que asumió su familia. Es precisamente Simeón quien parece menos dispuesto a instaurar una monarquía en sustitución del actual régimen republicano. No es nada nuevo: Otto de Habsburgo calmó a las multitudes que le aclamaban a principios de los años noventa en Hungría explicándoles su inquebrantable compromiso con la construcción europea y su movimiento democristiano y paneuropeo, enfriando así cualquier expectativa restauratoria. Los ejemplos se podrían multiplicar a medida que nos alejamos del presente.

En cualquier caso, Simeón habrá de enfrentarse a un país estancado y con abundantes anticuerpos que empezarán a funcionar ante la expectativa de una mejora. Pero si Simeón lograra que la esperanza cuajara en realidades, no



maño descomunal (efectivamente, de los 65 millones de iraníes, uno de cada dos tiene menos de 18 años y dos de cada tres menos de 35 años). A este voto juvenil se unen las clases medias urbanas más o menos bienestantes y la intelectualidad que no se ha exiliado. Las dificultades para asimilar la realidad iraní a los esquemas occidentales aparecen cuando se analiza el apoyo que reciben los «conservadores»: los ambientes religiosos, militares y el pequeño comercio del bazar, sí, pero también la población de rentas más bajas, incluidos los jóvenes pertenecientes a estas capas de la sociedad y la porción de la clase media que más se ha empobrecido durante los últimos años. Así pues, el «revolucionario» Jatami contaría con el apoyo de prósperos burgueses, intelectuales y jóvenes que han descubierto las posibilidades de consumo de un régimen más abierto, mientras que los «conservadores» son apoyados por los estratos más pobres de la sociedad.

La generación de la revolución islamista y de la guerra contra Irak está dejando paso a una nueva generación que no ha conocido el régimen del Sha. Es esta generación la que ha redescubierto y ha quedado fascinada por Occidente. Las antenas parabólicas, prohibidas por ley, han proliferado por todo el territorio iraní, lo mismo que los cassettes y vídeos con películas o videoclips de origen occidental. La sociedad iraní se encuentra, pues, sumida en una doble vida (con interesantes paralelismos con el puritanismo protestante), que respeta ciertas reglas externas, especialmente en el vestir, pero que de puertas para adentro observa como, por ejemplo, se ha disparado el consumo de drogas, especialmente la heroína importada

desde Afganistán (la cifra de drogadictos identificados asciende ya a los dos millones). Son las ansias de vivir acorde al modelo occidental la principal motivación de quienes aspiran a un régimen más abierto, objetivo que creen alcanzable de modo gradual y progresivo mediante el apoyo Jatami y los «reformistas».

Se reproduce así una dinámica presente y recurrente en el mundo islámico desde sus inicios: tras un periodo de relajación, de adaptación al mundo, surge una reacción que levanta la bandera de la pureza islámica, con toda su carga revolucionaria, herencia del ebionismo judío. Este ímpetu acaba por diluirse finalmente en una nueva fase de prosperidad y relajación de costumbres... hasta la nueva reacción islámica. Este fenómeno ya fue señalado por Francisco Canals en estas mismas páginas en el cenit de la revolución islámica iraní: *«las sucesivas adaptaciones del Islam provocaron siempre nuevas reacciones de vuelta al puritanismo radical de sus orígenes. Jomeini no es una novedad, está en la línea de los almohades, los almorávides y los benimerines»*. La lista podría continuar con los mahdistas sudaneses, la wahabitas saudíes o los hermanos musulmanes egipcios. Se hace, pues, patente la inutilidad de ciertos esquemas occidentales (derecha-izquierda, conservador-reformista) para comprender adecuadamente lo que ocurre en los estados islámicos. Sólo desde una correcta comprensión de lo que significa el surgimiento del islam de la matriz de un milenarismo judío ebionita y revolucionario, podremos entender en toda su realidad la evolución histórica de sociedades islámicas como la iraní.

Síguese de lo dicho que no es lícito de ninguna manera pedir, defender, conceder la libertad de pensar, de escribir, de enseñar, ni tampoco la de cultos, como otros tantos derechos dados por la naturaleza al hombre. Pues si los hubiera dado, en efecto, habría derecho para no reconocer el imperio de Dios, y ninguna ley podría moderar la libertad del hombre. Síguese también que, si hay justas causas, podrán tolerarse estas libertades, pero con determinada moderación, para que no degeneren en liviandad e insolencia. Donde estas libertades estén vigentes usen de ellas para el bien los ciudadanos, pero sientan de ellas lo mismo que la Iglesia siente. Porque toda libertad puede reputarse legítima, con tal que aumente la facilidad de obrar el bien: fuera de esto, nunca.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

GREGORIO PEÑA

Paseos por la vida y el pensamiento
Narcís Juanola Soler
Impressió Palahí, AG. Enero 2000. 505 pág.

NARCÍS Juanola Soler obtuvo el Grado de Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma Barcelona en 1976, con el estudio *La filosofía de Gabriel Marcel*. En el año 1978 se doctoró por la Universidad de Barcelona, con la tesis *El pensamiento filosófico de M. F. Sciaca*. Desde el curso 1976-1977 es Profesor-Tutor de Historia de la Filosofía en el Centro Asociado de la UNED de Girona. Desde el curso 1978-1979 es Profesor Agregado de Filosofía de Instituto de Bachillerato, hasta el curso 1983-1984, que obtiene por méritos el grado de Catedrático. Adscrito a la Societat Catalana de Filosofia y a la SITA., colabora en las revistas *Verbo* (Speiro, Madrid) y *Espirit* (Balmesiana, Barcelona). Consagrado a la educación y la enseñanza de la filosofía ha publicado dos libros de texto: *Atenea-3º BUP* (Dossat, 1986) y *Atenea-COU* (Dossat, 1987), y otros ensayos, artículos periodísticos y conferencias.

El título de la obra: «*Paseos por la vida y el pensamiento*» es inicialmente sorprendente, pero después de leída resulta evidente. Es un homenaje a Aristóteles,¹ cuya filosofía realista sirvió a Santo Tomás de Aquino como instrumento para decir lo racionalmente expresable de la Revelación.

El libro es un conjunto de cien artículos que pueden ser leídos en cualquier orden, pues son independientes unos de otros, pero una lectura que siga el orden numérico descubre una clara unidad sistemática y criteriológica. Prácticamente todos los artículos tienen una estructura semejante: después de plantear una cuestión bajo la perspectiva de un *autor*, Narcís Juanola muestra las erróneas consecuencias que de ello se derivan y critica los falsos fundamentos que el *autor* utiliza para su explicación.

Para Juanola el núcleo del error moderno está en el idealismo gnoseológico. Pretender que las cosas son lo que

«yo» pienso de ellas lleva al relativismo, éste al escepticismo y finalmente al nihilismo. Este error fundamental, que promete amplios campos de *libertad individual* (cumplimiento del propio apetito), lleva finalmente a los más brutales totalitarismos, única forma de organizar la absoluta diversidad.

Este idealismo está fuertemente ligado al nominalismo, a la comprensión del lenguaje como un mero instrumento para la clasificación de las cosas en función de lo que cada cual pretende, pero que nada dice de ellas. Juanola nos urge a salir de la mortal trampa: el decir y el pensar, o son referidos al «ser», o no son más que pura ensoñación, enfermedad de la mente. Las cosas reales no hablan, pero tienen una inteligibilidad propia debido a que hay en ellas una realidad metafísica previa que, el pensar y el decir, basados en la analogía del ser, pueden expresar en el concepto como acto intencional de la mente.

Conocer la verdad de lo que las cosas son y no inventárselas es clave, pues ¿cómo podremos obrar el bien –individual o social– si no lo conocemos?

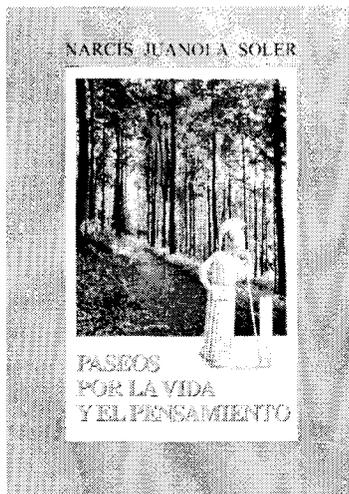
Embaucados por los progresos en los campos físicos y matemáticos, hemos despreciado la «mirada metafísica» y preguntamos: ¿sirve para algo la filosofía? La filosofía busca comprender lo esencial, lo fundamental acerca a la realidad del mundo y del ser humano, no para el «bien vivir», sino, para «vivir bien», no para estar cómodos, sino para estar en la verdad. Juanola indica que el filósofo ha de reconocer su propia limitación y razonar a partir de la experiencia para tratar de conseguir la perfección integral del propio ser, la felicidad. El filósofo buscará, no convencer o persuadir, sino la verdad común. «El asombro ante lo real, la admiración, y el reconocimiento de la propia ignorancia, permitirán dirigirnos hacia nuestro fin natural: Alcanzar la verdad de las cosas que nos rodean y de nosotros mismos» (pág. 97)

Sentado que la filosofía es razón natural, ¿qué lugar ocupa la fe en nuestra tarea filosófica? Juanola, después de exponer distintas posiciones que se han dado, explica que la razón y la fe «son autónomas en sus respectivos ámbitos, pero interseccionan en el espacio de los «preámbulos de la fe», que contienen todas aquellas razones que hacen racional y libre el acto de creer» (pág. 99) La distinción de los órdenes no excluye, sino que incluye su acuerdo mutuo.

En una rápida mirada presenta: a los *escépticos* que, fanáticamente tachan de fanático a todo aquel que afirme la posibilidad de conocer verdaderamente (pág. 112); al

1. «Aristóteles fue realista en gnoseología, partidario de la analogía del ser en metafísica, defensor a ultranza de la finalidad natural en filosofía de la naturaleza y cosmología, inspirador del iusnaturalismo en cuestiones jurídico-políticas. En muchos aspectos fue un filósofo que integraba sentidos y razón, multiplicidad y unidad, devenir y ser, causalidad eficiente y finalidad, individualidad y ciudadanía... Aristóteles: ¡El gran olvidado!» (pág. 91).

relativismo cultural que, pretendiendo ser dialogante, no se da cuenta de que si no hay verdad no puede haber diálogo (pág. 115); a la *duda universal* cartesiana que, al herir el contenido de nuestros conocimientos, hiere de rechazo la validez misma de nuestras facultades cognoscitivas (pág. 119); al *fenomenismo* de Hume, que escamotea el fundamento del fenómeno haciendo imposible cualquier realidad (pág. 122). La vuelta a Aristóteles es la solución: «El Realismo aristotélico, en una actitud de sentido común, sostiene que, si bien el conocer humano empieza por la recogida de datos de los sentidos, el pensar intelectual es superior al sentir animal y que, por lo tanto, el espíritu humano es superior a la materia» (pág. 141).



Hijos de los errores epistemológicos y de la negación de la metafísica son determinadas posiciones en la ética y en la política que Juanola repasa en la parte central de su libro:

El *deísmo*, que arrastra al laicismo y al liberalismo, que deja de considerar que el hombre es un ser social por naturaleza y que la autoridad es algo intrínseco a la misma sociedad dejando en el aire los fundamentos de las leyes (confrontando a Balmes con Rousseau lo muestra ejemplarmente).

La *dialéctica* de la historia de Marx, que erróneamente considera que toda realidad no es más que un momento de la evolución universal y perpetua.

La *política de mínimos*, etc.

Dedicar capítulos de diferente amplitud a tratar del determinismo, de la moral kantiana, de Nietzsche, de la imposibilidad de una ética atea, de la pretensión imposible de fundar los derechos humanos en el puro consenso, de la ley moral natural.

En el capítulo sesenta («Una virtud olvidada») introduce Juanola una dimensión nueva. Planteando que la justicia y la caridad son dos virtudes fundamentales, dice de la justicia que se funda en la igualdad de la naturaleza humana, de donde brotan los derechos naturales. Todo lo que hasta ahora ha dicho en su obra Juanola se movía en este ámbito. La caridad es una virtud teologal. Su objeto principal es Dios, la bondad divina fuente de toda bondad.

El objeto secundario son todos los seres, en cuanto manifiestan una participación de la bondad suma de Dios. La caridad exige amar a todos los hombres por cuanto son hijos de un mismo Padre y, por lo tanto, hermanos. Los capítulos siguientes tratan cuestiones que tienen más que ver con la caridad que con la Justicia.

En primer lugar trata la amistad. El amigo es el que nos puede ayudar a evitar las propias faltas y defectos, y nos estimula a llevar a cabo acciones bellas y honestas. Luego explica la amistad que ha de haber entre padres e hijos, y la obligación de amor que tenemos para educar a los jóvenes. Del peligro de la TV, de la diferencia entre el amor y el enamoramiento, de la falacia del «amor libre», de la sexualidad, de la intimidad y del pudor, del matrimonio, de las parejas de hecho, de la mentalidad anti-vida y del control de la fertilidad, del aborto, de la FIV y de la clonación.

A partir del artículo ochenta y dos se centra Juanola en cuestiones referidas directamente a Dios. Primero recoge todas las pruebas que a lo largo de la historia del pensamiento se han dado para demostrar la existencia de Dios y en los capítulos siguientes presenta todo aquello que ha deformado y ocultado el verdadero rostro de Dios: la superstición, el espiritismo y la adivinación, la reencarnación de las almas, y las erróneas interpretaciones que han hecho del cristianismo todos los ateísmos. En Santo Tomás de Aquino se ensamblan los elementos aristotélicos y platónicos (estos últimos pasados por la filosofía de San Agustín), que culminan lo que una sana razón puede decir acerca de Dios. Pero con ello ni se atisba lo que Dios nos ha comunicado acerca de sí mismo.

Concluye Juanola con dos capítulos especialmente interesantes: uno en el que, a modo de síntesis nos refrenda las ideas directoras de su obra,² y otro que «a modo de bibliografía» recoge una amplia lista de libros que pueden servirnos para continuar paseando en esta búsqueda de las razones últimas.

2. «Dada la ruptura que el pensamiento moderno obró entre Dios y el mundo, se trata de recuperar la unidad del hombre, de reconquistar el punto de vista metafísico, la inteligibilidad profunda de la integridad humana por vía racional, sin menoscabar la crítica. Todo ello a fin de demostrar que la naturaleza humana contiene todos los elementos que manifiestan la existencia de un orden teórico de verdad, constitutivo de la misma humanidad del hombre y base de la demostración de la existencia de Dios. Ello viene completado por la fe concordante y convergente con esa verdad racional de una manera vital: Dos órdenes distintos, pero no separados ni superpuestos» (pág. 495).



emos leído

ALDOBRANDO VALS

El genoma humano y la humildad, también humana

Tras muchos años de insistir en que nuestro bisabuelo era un primate, ahora resulta que a quien nos parecemos realmente es a una mosca (no es casualidad que la fecha escogida para la presentación del genoma humano fuera el 12 de febrero, el día del nacimiento de Charles Darwin). El anuncio del desciframiento de la cadena de ADN humano ha sido presentado por los medios de comunicación con estas o similares palabras: «Los humanos sólo tienen el doble de genes que la mosca y un tercio más que el gusano» (ABC), añadiendo la oportuna coletilla acerca de que estos datos suponen un fuerte golpe para el orgullo humano, que no destaca mucho respecto del resto del mundo animal. Los más osados han llegado a señalar la pequeña diferencia entre el número de genes de un ser humano y los del arroz.

Si la mosca de la fruta posee entre 13.000 y 14.000 genes, ¿cómo se explica que el hombre posea tan sólo entre 30.000 y 40.000?, ¿cómo, con tan solo siete veces más genes que una bacteria, cinco más que una levadura, y poco menos de dos veces el de un insecto, surge un ser vivo tan complejo e inteligente como el ser humano?

Jean-Marie Le Méné, presidente de la Fundación Jérôme Lejeune, nos lo explica desde Christicity, aportando algo de sensatez y humildad a todo este asunto:

«En las plantas y en los animales inferiores la codificación de las proteínas es simple: un gen codifica una proteína. En los mamíferos, un gen

codifica de una a una docena de proteínas, y por tanto, con nuestros 30.000 genes, codificamos entre 100 y 150.000 proteínas... Tenemos pues unas dos veces más genes que la mosca, pero diez veces más proteínas. Además, 1/3 del genoma no es empleado para formar los genes, se le conoce como ADN «basura»; creo que sería más razonable reconocer que no conocemos nada del papel que juega este ADN y que tenemos aún mucho que aprender, sin contar con la regulación interna del funcionamiento del genoma, sobre la que estamos dando tan sólo los primeros pasos».

A la misma conclusión llega el paleontólogo Stephen Jay Gould, que abandona, aunque sólo sea momentáneamente, los clichés científicos para reconocer la realidad en el artículo titulado «Humillados por los misterios del genoma», publicado en El Mundo:

«La complejidad humana no puede ser generada por 30.000 genes si nos atenemos a las antiguas nociones sobre la vida encarnadas en lo que los genetistas han llamado literalmente (aunque con algo de fantasía) el dogma central: el ADN produce ARN que a su vez produce las proteínas; es decir, que existe un flujo causal unidireccional que va del código al mensaje para la creación de materia, en el que un elemento del código (el gen) produce al final otro elemento (una proteína), y a su vez el cúmulo de proteínas produce el organismo humano. No cabe duda de la existencia de esos 142.000 mensajes, pues son necesarios para producir la complejidad de nuestro cuerpo, y ahora lo que ha quedado al descubierto es nuestro error de haber dado por hecho que

cada mensaje provenía de un gen...

... una vez más —¿cuándo aprenderemos?—, hemos sido víctimas de la soberbia y, tras descubrir el funcionamiento de algunos sistemas, pensamos que ya habíamos dado con la clave para conquistar todos los fenómenos de la naturaleza. ¿Aprenderá alguna vez Parsifal que sólo con humildad podrá hallar el Santo Grial?»

Resulta evidente que el problema de muchos científicos y popularizadores de la ideología cientifista y evolucionista es su tendencia a reducir al hombre a sus factores biológicos. Nicolás Jouve, catedrático de Genética de la Universidad de Alcalá de Henares, en una entrevista concedida a Páginas para el mes, ampliaba la perspectiva al afirmar que

«Lo que importa no es el tamaño, el volumen o el número de bases o de genes, sino la información contenida en ellos, las secuencias en sí mismas, sus funciones, la forma en que se utilizan».

Sabemos que el ser humano es irreductible a la biología, pero es que, además, lo que la discusión provocada por el desciframiento del genoma humano está poniendo de relieve es que la actual biología no es capaz de explicar ni siquiera los elementos estrictamente biológicos del hombre (¿habrán pensado alguna vez nuestros científicos en que la persona es un todo?). Es el mismo Jouve quien nos muestra el error de base de la mayor parte de los análisis y comentarios emitidos estos días:

«Hablando de misterios, son cla-

ras las opiniones de científicos tan importantes en el campo de la Genética como Francis Crick [**premio Nobel por su descubrimiento, junto a James Watson de la estructura de la molécula del ADN**], que dijo: «un hombre honesto que estuviera provisto de todo el saber que esté hoy a su alcance, debería afirmar que el origen de la vida parece provenir de un milagro... Sólo un milagro puede definir las condiciones que serían preciso reunir para el establecimiento de la vida».

Cerrarse a esta evidencia es condenarse a vivir en el error.

Y mientras tanto se descubre en el espacio una burbuja de agua alrededor de una estrella que nace: un fenómeno que no prevé la teoría, la pretenciosa ciencia pretendidamente omnipotente y omnisciente. El País tiene que reconocer la verdad:

«Nunca hasta ahora habían visto los astrónomos algo así en el universo: una burbuja de agua, de un tamaño igual a una vez y media el Sistema Solar, envolviendo una estrella en formación. Ni lo esperaban. Los científicos teóricos no saben cómo explicar el fenómeno, no tienen modelos de procesos estelares capaces de producir esa estructura. Además, la burbuja tiene sólo 33 años y crece a una velocidad de 32.000 kilómetros por hora».

Uno no puede dejar de pensar en lo bien que se lo debe de estar pasando Dios.

La próxima herejía de Chesterton

No sabemos si cuando el 19 de junio de 1926 G.K. Chesterton escribió un articulito titulado «La próxima herejía» (The Next Heresy)

en el G.K.'s Weekly era consciente de lo que los progresistas llamarían su «dimensión profética». Lo que sí sabemos es que Chesterton, como casi siempre, acertó. Y que cada año que pasa, acierta más. Si las comunicaciones de su tiempo ya corrompían las costumbres, ¿qué diría hoy, cuando la única iniciativa que parece ser capaz de adoptar nuestro gobierno para mejorar la educación es conectar a todas las escuelas a internet? Pero escuchemos la voz, actualísima, del gigantesco escritor:

«Las malas comunicaciones corrompen las buenas costumbres, de acuerdo con el apóstol, que quizás en aquella ocasión no sólo actuaba como apóstol, sino como profeta. Su afirmación es una predicción excelente y precisa del problema del mundo moderno: al decir malas comunicaciones quiero decir lo que normalmente se entiende por buenas comunicaciones. Me refiero a las comunicaciones rápidas, comunicaciones eficientes, comunicaciones organizadas, comunicaciones con gasolina y electricidad y máquinas que llegan hasta el último rincón del mundo. Y en cada rincón del mundo las podemos ver hoy corrompiendo las buenas costumbres.

»Ahora, las rápidas comunicaciones que existen para transportar a los sinvergüenzas a cualquier lugar se han convertido en un peligro real. Sería algo bueno y acertado limitar las comunicaciones, del mismo modo que sería bueno limitar a los sinvergüenzas. Es estúpido e irracional alegrarse por el hecho de que las comunicaciones comunican. Es poco científico alegrarse por el hecho de que la electricidad pueda electrificar; porque también puede electrocutar. Del mismo modo que puede matar personas, puede matar naciones; y con toda certeza puede matar tradiciones. No estoy emitiendo una condena de las comunicaciones en general, sino sencila-

llamente señalando la locura de confiar en ellas en general.»

Y más adelante, Chesterton, en 1926, ve que el peligro real no viene del comunismo, sino del liberalismo triunfante. La actual hegemonía liberal y la incesante presión antifamilia y pro-homosexualidad corroboran punto por punto el siguiente pasaje:

«Actualmente escuchamos muchas voces que afirman que el bolchevismo lo destruirá todo, pero aquí hablamos de algo que no está siendo destruido por el bolchevismo para nada. Está siendo destruido por el capitalismo y por nadie más que por el capitalismo... Lo que supone su espíritu en las cuestiones externas y superficiales de la ropa y los modales, también lo es y lo será en las cuestiones vitales de la ley y la moral. Será cuando gobierne exactamente lo mismo que ya es cuando comercia: el enemigo de la belleza, de la dignidad y de la decencia. Y quienquiera que no vea el peligro inmediato del capitalismo gobernando el mundo no ha entendido la verdadera lección de sus éxitos, tanto comerciales como políticos.

»Pues la próxima gran herejía va a ser simplemente un ataque a la moral, y especialmente a la moral sexual. Y no va a venir de un puñado de socialistas supervivientes de la Sociedad Fabiana, sino de la energía exultante y vital de los ricos resueltos a disfrutar por fin, sin Papado ni Puritanismo ni siquiera Socialismo para frenarlos. La pobre teoría del Colectivismo nunca tuvo verdaderas raíces en la naturaleza humana; pero las raíces de la nueva herejía, Dios lo sabe, son tan profundas como la misma naturaleza. Quien no puede ver esto no puede ver los signos de los tiempos. La locura de mañana no está en Moscú, sino mucho más en Manhattan.»



De otras fuentes

Pío XII y los judíos

El padre Peter Gumpel, S.I., rebate las afirmaciones del libro de John Cornwell

El jesuita alemán Peter Gumpel, cuya familia y él mismo fueron perseguidos por Hitler, es, sin duda alguna, uno de los grandes historiadores mundialmente reconocidos en materia de relaciones Iglesia-Estado. Por este motivo, la Santa Sede le pidió que se encargase de la postulación de la causa de beatificación de Pío XII.

Gumpel envió a la agencia de noticias Zenit un documento de su puño y letra en el que responde una por una a las acusaciones que lanza el libro del periodista británico John Cornwell, El Papa de Hitler. Por su interés, reproducimos casi en su integridad este interesante documento histórico, crucial para comprender dos décadas decisivas para la historia de la Iglesia y de Alemania en este siglo.

La portada del libro de John Cornwell representa al arzobispo Pacelli saliendo de un edificio del gobierno alemán, escoltado por dos soldados. Esta visita oficial, del entonces nuncio, tuvo lugar antes de 1929, es decir, cuatro años antes de que Hitler llegara al poder (30 de enero de 1933). Como Pacelli salió de Alemania en 1929 y nunca regresó, el uso de esta fotografía es engañoso y tendencioso. Repetidas veces se publicaron protestas contra esta foto que se utiliza de manera sucia. Una portada así en un libro revela ya en un primer momento la intención de denigrar al futuro Pío XII.

Al inicio del libro se publica una lis-

ta de archivos que Cornwell dice haber consultado. Esta lista es demasiado breve para un libro que pretende ser de carácter histórico. Se trata de archivos alemanes, italianos, estadounidenses, de las Actas de los Procesos de Nuremberg, etc. Además, no agota la información de los archivos consultados. La mayoría de las fuentes que cita Cornwell son secundarias y sus opciones han sido sumamente selectivas. Cornwell profundiza en la situación de la Iglesia católica en Alemania, pero nunca menciona la obra maestra del doctor Heinz Hirten, un libro sumamente documentado y serio, que enfoca la situación de los católicos alemanes entre 1918-1945. Además, otras obras conocidas y reconocidas sobre este tema son ignoradas por el autor.

La primera parte del libro de Cornwell es muy débil. En lugar de documentación sólida, ofrece una serie de conjeturas, hipótesis e insinuaciones innecesarias. Cornwell dedica mucho espacio a los Concordatos, ignorando totalmente el primer objetivo de éstos que es pastoral, y sugiriendo y afirmando constantemente que el único propósito de la Santa Sede con ellos es consolidar su poder y, en particular, asegurarse el derecho de nombrar obispos a su gusto. [...]

Pacelli y Hitler

En la lista de obras que dice haber consultado, Cornwell se refiere a un libro en el cual se afirma explícitamente que, en 1929, es decir, cuatro años antes de que Hitler llegara al poder (30 de enero de 1933), Pacelli advirtió en términos ásperos ante el peligro que constituía Hitler y confesaba que no podía comprender cómo alemanes sumamente capaces no compartían su juicio totalmente negativo. Cornwell omite esta declaración. O no leyó este libro o voluntariamente omitió esta y otras de-

claraciones similares de Pacelli, que podrían ser fácilmente comprobadas, simplemente porque no encuadran con sus inclinaciones destructivas.

El Concordato con la Alemania nazi

En esta ocasión también fue Hitler quien pidió la firma del Concordato; en ese momento, no hacía más que declaraciones positivas sobre las dos confesiones cristianas en Alemania. Si Pío XI se hubiera negado a hacer las negociaciones, Hitler hubiera dicho: Ofrecí una mano de paz, pero fue brutalmente rechazada. La persecución de la Iglesia católica, que ya se experimentaba al nivel local, se hubiera transformado en persecución oficial y severa. Cuando los obispos alemanes protestaron contra las persecuciones locales, Hitler siempre reivindicaba que esto se hacía sin su previo conocimiento y sin su consentimiento. Cornwell no alude a esto. También «ignora», o al menos no menciona, que el Concordato «no» fue el primer pacto internacional acordado por Hitler; el Concordato fue precedido por el llamado «pacto de los cuatro países», (Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, firmado en Milán). Pacelli sabía que no podía confiar en Hitler y advirtió esto al diplomático inglés Kirkpatrick pocas semanas después que se parafraseó el Concordato (20 de julio de 1933). Es totalmente falsa la afirmación de Cornwell, según la cual, el Concordato impidió las actividades políticas y sociales de los católicos. Simplemente se acordó que sacerdotes y religiosos no deberían participar en la política partidista».

En el proceso de Nuremberg, el Ministro de Relaciones Exteriores, Joachim V. Ribbentrop, reconoció que cuando fue Secretario de Estado, Pacelli envió muchas protestas por infracciones del Concordato pero que casi siempre fueron ignoradas. Finalmente, en 1937, se

publicó la carta encíclica «Mit brennender Sorge» —con «ardiente» pre-ocupación y no «con gran aprecio» como mal traduce Cornwell—. El gran redactor de esta ardiente protesta fue Pacelli. Cornwell también minimiza o más bien omite totalmente la dura condena del nazismo hecha por Pacelli en Lourdes, Lisieux, París y Budapest, donde estuvo como Legado Papal. Aunque es cierto que no mencionó el nombre de Hitler ni usó la palabra *nazismo*, todos comprendieron a quienes se dirigían estas condenas. Si Cornwell hubiera hecho un esfuerzo serio para comprobar esto —una lectura de revistas y periódicos de EE.UU., Inglaterra, Francia, Holanda, etc.—, podría haberse dado cuenta, por no mencionar las publicaciones nazis que, en todo su libro, Cornwell simplemente descuida y totalmente minusvalora. También se debe notar que cada declaración de esta naturaleza agravaba la situación de los católicos en Alemania (como ocurrió más tarde en los países ocupados por los nazis).

Pío XII, Papa

Cornwell desprecia los determinados esfuerzos de Pío XII para evitar la Segunda Guerra Mundial y hace un comentario ridículo sobre la primera encíclica de Pío XII (publicada a principios de la Segunda Guerra Mundial). De hecho, si esta carta encíclica fue tan insignificante como Cornwell quiere hacernos creer, ¿cómo es posible que los Aliados lanzaran 88.000 copias de la encíclica por paracaídas a Alemania, donde esta carta encíclica no se podía publicar? Por supuesto, Cornwell no se refiere a esta acción de los aliados. ¿Por simple ignorancia? El hecho se podía comprobar fácilmente en el material explícitamente omitido en sus notas y bibliografía.

Pío XII y los países ocupados

Repetidas veces, en sus discursos, Pío XII denunció el tratamiento injusto sufrido por los países ocupados. Sin embargo, los obispos polacos, a excepción de los que huyeron de Polonia y vivieron en seguridad en el extranjero, como el cardenal Hlond y el obispo Radonski, imploraron al Papa que no hiciera estas protestas porque no acarrearían nada bueno, lo único que hacían era agravar la situación de opresión y persecución.

Caso clásico y a menudo mencionado es el de los mensajes enviados por Pío XII a través del capellán de un tren de ayuda de Malta al arzobispo Sapieha (Cracovia). Cuando éste leyó el mensaje, lo arrojó al fuego, diciendo que si caía en manos de la Gestapo una copia de ese documento, asesinarían a todos los sacerdotes polacos. De hecho, miles de sacerdotes polacos y de otras nacionalidades fueron asesinados por los nazis, tal y como pone de manifiesto el profesor Ulrich von Hehi (ahora en su tercera edición): «Priester unter Hitlers Terror» («Sacerdotes en Alemania Bajo el Terror de Hitler»), obra que nunca es mencionada por Cornwell. El periodista, que nunca ha vivido en un estado policial criminal altamente organizado, ignora totalmente la situación que rige en tal estado y que, como consecuencia, muchísimos de sus juicios, apreciaciones, sugerencias, etc., son completamente irreales, utópicas y anacrónicas. Desde una perspectiva histórica, se debe poder comprender la situación como era en ese entonces y no juzgarla con la percepción de la situación de hoy día en países libres. Proceder de una manera tan irresponsable es un error capital que se repite en el libro de Cornwell.

Cornwell y los obispos alemanes

La manera en que trata Cornwell a los obispos alemanes es muy injusta. Antes de que Hitler fuera nombrado canciller, en repetidas ocasiones advirtieron contra los nazis y su «Weltanschauung» (ideología) pagana. Cuando Hitler fue nombrado canciller legítimo del Reich, se estableció un «modus vivendi». En ese momento no era fácil para los obispos, para los políticos alemanes, y para muchos judíos alemanes saber *cómo* se comportaría Hitler una vez que llegara al gobierno. No obstante, los obispos «nunca» aprobaron su ideología y sus protestas contra sus acciones aumentaron paulatinamente. El arzobispo Grober de Friburgo, a quien Cornwell llama el «obispo negro», al principio estaba a favor de tratar de llegar a un acuerdo con Hitler, pero muy pronto se convirtió en un agudo adversario del régimen. Lo que Cornwell no menciona es el hecho que en varios informes de la Gestapo se puede leer que, mientras que la Iglesia católica tuviera una influencia sobre la gente, la ideología nazi nunca sería aceptada por gran parte del pueblo alemán.

La obra clásica de Boberach, que publicó los informes internos de la Gestapo, no es mencionada ni siquiera una vez por Cornwell.

Pío XII y el estatuto de imparcialidad - tradicional con la Santa Sede

Ambos lados en la Segunda Guerra Mundial ejercieron presión sobre Pío XII para que declarara una «cruzada»: los adversarios de Hitler querían que el Papa declarara una cruzada contra el nazismo; Hitler ejerció presión sobre él para que declarara una cruzada contra el bolchevismo. Ambas pretensiones eran absurdas, considerando que el bolchevismo había cometido, y seguía cometiendo, numerosos crímenes, y que perseguían toda clase de religión; lo mismo se podía decir de los nazis (con la excepción de aquéllos protestantes que apoyaban enérgicamente a Hitler).

Pío XII y los judíos

Durante la Segunda Guerra Mundial, y hasta cinco años después de su muerte (9 de octubre de 1958), Pío XII fue muy elogiado por toda clase de organizaciones judías, grandes rabinos de varios países, especialmente de EE.UU. (véase mi artículo en *The Tablet* y el artículo «En Defensa de Pío XII» en *Newsweek*). El debate sobre si una protesta ardiente contra los crímenes perpetrados contra los judíos hubiera tenido efecto continuará con toda probabilidad, debido al prejuicio y parcialidad de autores que quieren denigrar la Iglesia católica.

A mi juicio, una protesta pública no hubiera salvado la vida de un sólo judío. Sólo hubiera agravado la persecución de judíos y católicos. Por otra parte, hubiera impedido o hecho prácticamente imposible la difundida acción silenciosa para ayudar a judíos en todo lo posible. Es bien conocido que ninguna organización ha salvado tantos judíos como la Iglesia católica, y esto por orden oficial de Pío XII. Él sabía muy bien, y está documentado que este «silencio» —que en realidad no fue «silencio» para aquellos que realmente querían oír y comprender—, podría ser reprochado un buen día. Pero no estaba preocupado por su reputación, quería salvar la vida de judíos —la única decisión justa—, que sin duda exigía sabiduría y muchísimo co-

raje. Cornwell simplemente no ha comprendido esto. No hace justicia a los hechos cuando, en plan de despreciar a Pinchas E. Lapide, quien elogió a Pío XII, le atribuye motivos interesados sin dar un vestigio de evidencia.

Cornwell tampoco se ha preguntado nunca por qué el proyecto de acorrallar a 8.000 judíos romanos fue repentinamente interrumpido después que unos 1.000 judíos romanos fueron capturados en octubre de 1943. Totalmente mal interpreta la entrevista que tuvo el Secretario de Estado Maglione inmediatamente después con el embajador alemán von Weizsacker, llamado urgentemente por el Vaticano, en nombre de Pío XII. Weizsacker desempeñó un papel ambiguo. Temiendo que una protesta formal de la Santa Sede hubiera enfurecido a Hitler, dio una impresión demasiado suave sobre la actitud que adoptó la Santa Sede; esto se reveló con toda claridad en el proceso de Nuremberg, que Cornwell totalmente ignora. Pero hay mucho más. Por orden de Pío XII, se entabló contacto con el comandante militar alemán en Roma, el general de brigada Rainer Stahel, un oficial austríaco de la antigua escuela. Este hombre, muy humano, envió un fonograma directamente a Himmler. Su razón: «este tipo de acción violenta contra los judíos italianos altera mis planes militares para reforzar las divisiones alemanas de combate al sur de Roma, y también puede crear problemas serios aquí en Roma». Ésta era una razón verdadera, pero no menos importante era esta otra: su indignación por los actos criminales de la Gestapo y su compasión por los judíos. Su intervención tuvo éxito. Himmler inmediatamente ordenó detener las deportaciones. De esta manera, miles de judíos podrían ser escondidos, por orden de Pío XII, en el Vaticano y en más de 150 instituciones eclesiásticas en Roma. De todo esto, por supuesto, no habla Cornwell. Se ha demostrado que Pío XII no podía hacer nada ante las represalias con motivo del asesinato por parte de los «partisanos» (de la resistencia italiana) de 33 policías alemanes, y no tirolese. La represalia se llevó a cabo, por orden personal de Hitler, 24 horas después del atentado. Todos sabían que tendría lugar la represalia, pero lo que se desconocía era su naturaleza. Todos los esfuerzos de eclesiásticos enviados por Pío XII ante varias autoridades alemanas fracasaron porque no se logró contactar con ninguno a tiempo.

Dos comentarios más. Cornwell denuncia que no se publicó un informe enviado por Riegner de Suiza a Roma en las «Actas y Documentos de la Santa Sede durante la Segunda Guerra Mundial». Riegner presentó este informe al nuncio en Suiza en marzo de 1942, o sea, pocos meses después de la Conferencia de Wannsee (20 de enero de 1942). Este informe llegó al Vaticano sólo en octubre de 1942, como se dice en la consignación del nuncio publicada en las «Actas y Documentos», donde se habla del informe de Riegner. Sin embargo, teniendo en cuenta el hecho —tan frecuente en tiempo de guerra—, que no era posible comprobar si los hechos señalados en el informe eran objetivamente verdaderos, el Departamento de Estado de EE.UU. había manifestado dudas sobre este tipo de informes y pidió al Vaticano que los verificara.

El segundo hecho está relacionado con una entrevista que el diplomático de EE.UU. Sr. Tittman tuvo con el Papa Pío XII. Cornwell se concentra mucho en este asunto. Dice que esta entrevista tuvo lugar el 18 de octubre de 1943, pocos días después del acorralamiento de 1.000 judíos. Cornwell acusa a Pío XII de estar tan poco preocupado por el destino de los judíos que ni siquiera los mencionó. Pero toda la polémica es inconsistente. De hecho, el informe de Tillerman, donde dice haber tenido una entrevista con Pío XII «hoy», está fechada el 19 de octubre y no el 18. De hecho, incluso la fecha del 19 es errónea. La entrevista tuvo lugar el 14 de octubre. Esto es sabido por la muy precisa lista de entrevistas otorgadas a diplomáticos por Pío XII. El hecho de que esta entrevista tuvo lugar el 14 de octubre (catorce) está registrado en dos volúmenes diferentes de las «Actas y Documentos», que Cornwell cita en su escasa lista de archivos, pero que nunca ha leído correctamente, si es que los ha leído.

Pío XII, ¿el Papa de Hitler?

He señalado antes lo que Pacelli pensaba y decía de Hitler ya por el año 1929. A esto se debe agregar que repetidas veces dijo oficialmente que la victoria de Hitler en la Segunda Guerra Mundial significaría el fin de la Iglesia Católica en Europa. Asimismo, si realmente era el Papa de Hitler, por qué transmitió al gobierno inglés la propuesta de un grupo de generales alemanes anti-nazistas,

que preguntaron si Inglaterra haría la paz con Alemania si ellos, el grupo de generales alemanes, tuvieran éxito en detener a Hitler y quitarlo del gobierno. Al propósito, no fue un oficial de baja graduación, el coronel Oster, quien fue responsable de esta, sino el coronel-general (general de cuatro estrellas) Ludwig Beck. Éste había sido jefe del Estado Mayor, pero en 1938 dimitió de ese nuevo cargo por estar convencido que Hitler era un criminal quien, no obstante todas sus promesas y tratados, atacaría otras naciones. Pacelli conoció a Beck cuando fue nuncio en Berlín y estimaba mucho su honestidad e integridad. Si Pío XII había sido el «Papa de Hitler» nunca se hubiera comprometido a esta mediación tan altamente peligrosa. Y también: cuando después de Pearl Harbor Estados Unidos se alió con Rusia, muchos católicos americanos tuvieron problemas de conciencia en cuanto a la producción de armas destinadas a la Rusia comunista. De hecho, en su encíclica «Divini Redemptoris» Pío XI había prohibido a los católicos actuar a favor de los comunistas. Habiendo sido informado sobre esta situación, Pío XII ordenó al delegado apostólico en Washington, arzobispo Amleto Cicognani (que más tarde fue Secretario de Estado) que persuadiera a uno o más obispos distinguidos de EE.UU. a publicar la siguiente declaración: la posición de la Iglesia Católica en lo que se refiere al comunismo sigue siendo lo que siempre ha sido. Pero la Iglesia no está opuesta al pueblo ruso. Ahora es el pueblo ruso que ha sido atacado, así que los católicos no deben tener problemas en ayudar a gente que ha sido injustamente atacada. Esta declaración fue publicada por al menos un obispo de EE. UU. y fue endosada por otros. Por supuesto, se comprendió bien de quien fue la iniciativa que resolvió este problema. ¿Como es entonces que Pío XII puede ser llamado el «Papa de Hitler»? Si hubiera sido eso, obviamente nunca hubiera dado la orden nombrada. Podría aún haber proclamado una cruzada contra la Rusia comunista pero por supuesto, no obstante la presión de Alemania nazi, con resolución y coraje se rehusó a declararla.

[...]

Cornwell y el carácter de Pío XII

Cornwell tilda a Pío XII de ambicioso e insinúa que era un arribista. Pero

esto no es verdad. El joven Pacelli progresó rápidamente en su carrera porque era brillante, concienzudo y trabajador. No existe ni la más mínima evidencia de que este progreso se deba a otra razón. El joven sacerdote Pacelli quería desempeñar un trabajo pastoral en el sentido directo de la palabra, como cualquier buen sacerdote. Fue sólo en obediencia a una autoridad superior que entró en el servicio diplomático de la Santa Sede. Cuando terminó en 1929 su tarea como nuncio apostólico, quería ser obispo diocesano y desempeñar en ese cargo su labor pastoral. Cuando fue elegido Papa, no aceptó la elección inmediatamente, e insistió en una segunda votación. Cuando ésta resultó abrumadoramente a su favor, aceptó la elección como señal de la voluntad de Dios, pero «in signum crucis», como pesada cruz.

Cornwell habla del «narcisismo» de Pío XII. Francamente no puedo ver cómo esta escandalosa declaración podría justificarse. Pío XII odiaba ser fotografiado; se sometía a lo que para él era desagradable porque tanta gente quería su fotografía y por bondad, no quería desilusionarles.

Cornwell parece confiar ciegamente en lo que se publica en las memorias del difunto Dr. Bruning. Éste hombre fue Canciller de Alemania durante los años 1930-1932, en una situación desesperante (después del Viernes Negro tuvo que afrontar la crisis económica de 1929, la retirada de préstamos hechos a Alemania por países extranjeros, los millones de puestos de trabajo perdidos, la bancarrota de muchos bancos y empresas alemanes...). Bruning hizo lo que pudo, pero también cometió serios errores económicos. En 1932 su gabinete fue destituido y esto lo traumatizó para el resto de su vida. Culpó a monseñor Kaas como corresponsable de su destitución y, dado que Kaas trabajaba con Pacelli, su aversión patológica a Kaas se extendió también a Pacelli. Bruning, que todavía era Canciller, pero con demasiado trabajo y en un estado altamente nervioso, también tuvo un tormentoso encuentro con Pacelli, como él mismo dice. Cuando años más tarde Bruning escribió sus memorias, lo hizo con su personalidad resentida y frustrada. Subjetivamente, su honestidad no puede ser interpelada, pero expertos altamente calificados justificadamente han puesto en duda la verdad objetiva de sus memorias. Cornwell cita estas memorias sin ojo crítico.

Cornwell reclama haber estudiado todas las Actas de la encuesta canónica hecha sobre la beatificación de Pío XII. Omite completamente los juicios positivos de todos estos testigos y esto no es honesto. Ciegamente confía en la deposición de una hermana de Pío XII, que sólo dice cosas buenas de su hermano, pero es muy hostil en cuanto a la Madre Pascalina.

Cualquier persona objetiva se puede dar cuenta de que sentía envidia por la Madre Pascalina, que tenía trato diario con Pacelli, secretario de Estado y Papa, mientras que ella misma veía en muy pocas ocasiones a su hermano. Su acusación de que Pascalina vino de Berlín a Roma sin ser invitada por Pacelli y sin el permiso de sus propias superiores es, por supuesto, absurda, pero Cornwell una vez más y por razones obvias, acepta esta declaración sin reserva.

Después de que Rolf Hochhuth presentó su obra «El Vicario», en 1963, el cardenal Montini (más tarde Pablo VI) escribió una fuerte carta en defensa de Pío XII, pocos días antes de que él mismo fuera electo Papa. Esta carta fue publicada en «The Tablet» pocos días después de la elección de Montini al papado. También fue publicada en «La Civiltà Cattolica», entre otras revistas. Juan XXIII siempre expresó un gran aprecio por Pío XII. Y en su último viaje a África, Juan Pablo II lo llamó «un gran Papa». Cuando un periodista le preguntó por el (supuesto) «silencio» sobre el Holocausto por parte de Pío XII, Juan Pablo II reaccionó agudamente y aconsejó al periodista que leyera las obras del padre Blet, que acaba de publicar una clara defensa de Pío XII. Hace unos meses el cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, reaccionó fuertemente contra las calumnias hechas contra Pío XII, y la «sottile persecuzione» (la sutil persecución) de éste, que en verdad se basa en una falsificación deliberada de la historia. Cornwell o ignora o minimiza tales declaraciones, como así también menosprecia el hecho de que en el documento «Nos Recordamos - Una reflexión sobre la Shoá», existe una nota extensa en defensa de Pío XII.

Sin duda Cornwell era consciente de los obituarios publicados por el «Sunday Times» en Inglaterra y otras partes. Cornwell sabía lo que escribió el Mariscal Montgomery—de carácter difícil—, en el «Sunday Times» del 12 de octubre de 1958 sobre sus frecuentes audiencias privadas con Pío XII. Montgomery, un

anglicano convencido e hijo de un obispo anglicano, tenía una amistad tan profunda con Pío XII que en su dormitorio (el de Montgomery) tenía dos fotografías: una de su padre y la otra de Pío XII.

Cornwell también se refiere a menudo a Sir D'Arcy Osborne, el representante inglés ante la Santa Sede, pero no dice que este diplomático, quien durante la Segunda Guerra Mundial vivió en el Vaticano, consideraba a Pío XII la persona más santa que había tenido el privilegio de conocer en su larga vida y que —confió en una carta privada— sentía no ser católico para poder recibir la Santa Comunión de manos de Pío XII. Muchos otros testimonios podrían ser añadidos, como el de Evelyn Waugh entre otros tantos, de personas distinguidas y honestas. Si se toma en cuenta todo esto, uno se siente obligado a decir que el libro de Cornwell busca hacer un linchamiento moral y un auténtico asesinato de carácter. Su Pío XII no es «el Papa de Hitler»; es un Pío XII ficticio, una fea caricatura de un hombre noble y santo.

Conclusión

Se podría decir mucho más. Por ejemplo, que Cornwell es totalmente ignorante de la guerra psicológica hecha, especialmente, por los ingleses, divulgando falsos informes sobre transmisiones de Radio Vaticano y otras, o que obviamente nunca ha escuchado hablar de las falsificaciones de Scattolini que muchos creyeron. Después de la guerra, Scattolini fue detenido por la policía italiana y admitió que estos informes (unos mil) fueron pura y simplemente inventados por él mismo para ganar dinero. Cornwell no ha averiguado lo suficiente para darse cuenta de que es víctima de este hombre que fue condenado por el tribunal italiano y encarcelado. Se podría decir mucho más, pero las pocas observaciones hechas dan una idea de lo que se debe pensar sobre el libro de Cornwell quien, naturalmente, también ataca a Juan Pablo II. Tomando todo en cuenta, mi juicio es el siguiente: Cornwell, que es sin duda alguna un amateur en el campo de la historia, derecho canónico, etc., ha producido un libro superficial, muy mal hecho y completamente indigno de confianza. Objetivamente hablando es parcial, tendencioso y tan unilateral que uno se pregunta cuál es el verdadero motivo que llevó a este hombre a escribir este libro.

CRISTIANDAD **hace cincuenta años**

J. M^a P. S.

«La beatificación de Pío X»

Queremos hoy recordar el acontecimiento de la beatificación de Pío X acaecida en 1951. Esta sección de nuestra revista tiene, de modo particular, la vocación de recordar efemérides –presentes en CRISTIANDAD hace ahora cincuenta años– de las que podamos sacar hoy una lección práctica poniendo ante nuestros ojos porciones de la realidad eclesial, de una Iglesia que es siempre una así en el espacio como en el tiempo.

Desde el punto de vista cronológico, el caso de san Pío X es muy relevante, pues accedió al culto de beato después de un larguísimo tiempo en que ningún Papa recibía el honor de la pública, solemne e infalible declaración de santidad. El mismo Papa Pío XII en su breve de declaración de beato recordaba que ello no sucedía en la Iglesia desde el año 1712, en que Pío V fue incluido en el número de los santos por Clemente XI. Y, a su vez, recordemos que ello sucedía mucho después de su muerte, pues san Pío V gobernó la Iglesia en la segunda mitad del siglo XVI. O sea, que cuando es beatificado Pío X –canonizado luego por el mismo pontífice Pío XII– hacía casi cuatro siglos que ningún Papa era declarado santo. La situación cronológica ha cambiado recientemente, pues tenemos ahora un papa beato, Pío IX, que ocupó el más largo pontificado de la Iglesia, en la segunda mitad del siglo XIX, y precedió al ya santo Pío X.

El pasado septiembre de 2000, Juan Pablo II beatificaba a dos Papas, Pío IX y Juan XXIII. Este hecho reciente puede ser motivo de una especial reflexión acerca de la Iglesia contemporánea, a la que Dios ha dado, para regirla, santos pastores de almas que han iluminado a la Iglesia –y a todo el mundo– con su doctrina y sus disposiciones en el gobierno de la Iglesia universal. Por otra parte, como se sabe, desde Pablo VI, está introducida la causa de beatificación del Papa Pío XII y son muchos los que lo consideran efectivamente digno de ser venerado en los altares. Pero el proceso ha de seguir su curso natural y legal y la providencia dispuso que fuera Juan XXIII quien, adelantándosele, por decirlo así, recibiera la declaración de Beato. Del mismo modo que san Pío X se adelantó a su antecesor el hoy ya beato Pío IX. Con todo respeto, y a modo puramente anecdótico, digamos que los Pontífices que se han apellidado Pío son mayoritarios entre los santos y beatos de la iglesia moderna.

El Decreto de beatificación promulgado por Pío XII nos trae a la memoria la acción pastoral de san Pío X, que es de perenne actualidad y digna de toda meditación e imitación. Destaca el entonces nuevo beato por las siguientes características:

1) Redactó un nuevo catecismo, convencido de la necesidad de una completa y correcta catequesis.

2) Fomentó la especial preocupación por los buenos seminarios consciente de la necesidad de la sólida formación de los futuros sacerdotes.

3) Propugnó el magisterio insustituible de santo Tomás, sin el cual, dijo, peligra la presentación y comprensión de la misma fe.

4) Promovió la pronta y frecuente comunión de los fieles, viendo en la eucaristía el centro originario de toda la gracia que dan los sacramentos.

5) Ensalzó la devoción al Sagrado Corazón, mandando repetir anualmente el acto de consagración y componiendo él mismo un acto de consagración de las familias.

6) En defensa de la fe puso al descubierto y condenó, en su encíclica Pascendi, la malicia esencial de lo que llamó «el conjunto de todas las herejías», el modernismo.

7) En este mismo sentido, en pa'abras literales de Pío XII, «rechazó intrépido, las leyes sobre separación de la Iglesia y el Estado», que se produjeron en Francia.

8) Su acción pastoral cotidiana se expresó en la erección de nuevas parroquias, en la renovación de la acción católica, en el incentivo de la acción misional, en el fomento del conocimiento de la sagrada escritura con la fundación del Instituto Bíblico, en el fomento de la música sagrada, en el establecimiento –recopilando múltiples y dispersos decretos– del Código de Derecho Canónico y dando directrices a los católicos en su acción social.

En fin, un glorioso programa de gobierno de la Iglesia eficazmente realizado desde la sencillez, el sufrimiento y la confianza en la divina Providencia.

CARTA APOSTÓLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR PÍO POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA XII POR LA CUAL EL VENERABLE SIERVO DE DIOS PIO PAPA X ES PROMOVIDO A BEATO

PUESTO que «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla» (Efes 5,25), nunca han faltado ni podrán faltar entre los fieles quienes de tal manera aventajen a los demás en el mérito de las virtudes, que sean propuestos a los demás como ejemplos que imitar. De aquí ese ejército nobilísimo de santos y beatos que en todo tiempo, como una inmensa multitud «que nadie puede contar, de todas las gentes y tribus y lengua»

(Apoc 7,9), hombres y mujeres de toda condición y edad que no cesan de acrecer la belleza y multiplicar la alegría de la esposa de Cristo hasta la consumación de los siglos. También a Nos que, aunque indigno, llevamos el timón de la nave de San Pedro, nos ha concedido el benignísimo Señor, principalmente en el Año Santo poco ha finido, añadir a este fulgidísimo ejército muchos y preclarísimos héroes cuyo triunfo hemos celebrado con grande gozo de nuestra alma. Mas ha querido la suavísima clemencia de Dios conceder hoy al Vicario de Cristo en la tierra tal gracia, cual no se había concedido a ninguno de nuestros predecesores en más de dos siglos, desde el año 1712, en que Pío V fue incluido en el número de los santos por Clemente XI: poner en el número

de los Beatos a otro Sumo Pontífice al cual Nos mismo hemos conocido, cuyas virtudes eximias hemos admirado de cerca, al cual prestamos nuestros servicios con voluntad devota y entusiasta: hablamos de Pío, décimo de este nombre.

Nació en el humilde pueblecillo de Riese, en la diócesis de Treviso, el día 2 de junio de 1835, de Juan Bautista Sarto y Margarita Sansón, de condición modesta, pero ilustres en la virtud, a los cuales ciñó Dios con una corona de diez hijos. Bautizado al día siguiente recibió el nombre de José Melchor. Niño de índole alegre y vivaz, de tal manera sobresalió en la piedad con las enseñanzas de su piadosísima madre, que el cura del lugar no dudó en llamarlo «la más noble alma» de su parroquia. Después de la primera enseñanza que aprendió en su lugar natal, impulsado por una mayor afición al estudio, para asistir a las escuelas del grado superior, cada día durante cuatro años, muchas veces desnudos los pies, se dirigía a la próxima ciudad de

Castelfranco. Fortalecido con el Sacramento de la Confirmación el día 1 de septiembre de 1845, y alimentado con la primera comunión el 6 de abril de 1847, como mostrase constantemente una voluntad inclinada a abrazar la vida religiosa, mereció vestir la vestidura clerical, como ardentísimamente había deseado, en septiembre de 1847; y en noviembre, con el favor del Cardenal Jacobo Monico, Patriarca de Venecia y conciudadano suyo, ingresó, inundado de grande gozo, en el in-clito seminario de Padua. Cuánto aprovechase en virtud y doctrina, puede fácilmente deducirse del testimonio de los superiores de aquel seminario: «En la disciplina, a nadie es segundo, de ingenio máximo, de suma memoria, de esperanza máxima» (del archivo del Seminario de Padua). Los resultados confirmaron plenísimamente el presagio. Elevado a la dignidad sacerdotal en el templo principal de Castelfranco el 18 de septiembre de 1858, pocos días después, con sumo contento de sus parientes, principalmente de su meritísima madre, y de todo el pueblo, celebró su primera misa, y en noviembre fue destinado como coadjutor del religiosísimo párroco de Tómbolo, de precaria salud. En seguida pudieron experimentar

y admirar lo mismo el venerando párroco que los habitantes de aquella parroquia, agricultores en su mayor parte, las egregias dotes de aquel joven sacerdote, su humildad, su pobreza, su índole festiva, su vivo deseo de ayudar a todos en cualquier cosa, y además, una singular pericia en la predicación. Habiendo llegado todas estas virtudes a conocimiento del Obispo de Treviso, en 1867 eligió a José Sarto para regir la parroquia más importante de Salzano, donde apareció más claramente cuán grande caridad hacia Dios y el prójimo ardía en el alma del siervo de Dios, cuán grande suavidad de costumbres sobresalía en él, cuánta mansedumbre, modestia, amor a la pobreza, principalmente en aquella luctuosísima peste de 1873.

Pasó allí nueve años. Canónigo ya de la iglesia catedral de Treviso, Canciller de la Curia episcopal y director espiritual de los clérigos del seminario, acérrimo aborrecedor del ocio como siempre, cumplió con su acostumbrada dili-



gencia y pericia estos honoríficos y al mismo tiempo graves cargos, que, huyendo de los honores y dignidades, sólo había recibido por obediencia; y de tal manera los desempeñó que, habiendo quedado vacante la sede de Treviso en 1879 fue elegido Vicario Capitular por los sufragios de todos. Y dio tales muestras de prudencia y destreza en el desempeño de ese oficio, que en 1884 con el aplauso de todos, contra su voluntad, sin embargo, y oponiéndose en vano, fue elegido obispo de Mantua.

En esta alma Ciudad, en la iglesia de San Apolinar, el 16 de noviembre fue consagrado, y entrado en su diócesis en abril del año siguiente, en seguida comenzó a difundir con la mayor largueza los tesoros de su alma generosa entre la grey que le había sido encomendada «haciéndose todo a todos» (1 Cor 9,22) a fin de ganarlos todos para Cristo y proveer a las muchas y grandes necesidades de la iglesia de Mantua. Es de recordar sobre todo su celo inflamado, como lo exigían el tiempo y las circunstancias, para que el clero adolescente se educare convenientemente, para que las asociaciones católicas fueran verdaderamente activas, y para que se promoviera el decoro de la sagrada liturgia. Desde entonces fueron apartados los odios, los vicios de antiguo inveterados arrancados de raíz, los escándalos aniquilados, restituídos a su honor los preceptos del Decálogo, admirablemente acrecida la fe, fortalecida la honestidad de costumbres. ¿Qué de admirable, pues, que el Obispo José Sarto gozase fama de santo entre los habitantes de Mantua, como quiera que, movido únicamente por la ardiente caridad de Cristo, acostumbraba no sólo a proporcionar abundante limosna a multitud de pobres y a darles comida y vestidos, sino incluso, puesto de rodillas, a besarles los pies?

En el Consistorio de 12 de junio de 1893 el Papa León XIII de feliz recordación, que tenía en gran estima al Obispo de Mantua y al cual le unía singular amor, lo incluyó en el número de los Cardenales, y después de tres años le nombró Patriarca de la nobilísima iglesia de San Marcos de Venecia, para que quedase manifiesto que no sólo concedía el honor de la púrpura romana a la Sede, aunque dignísima, sino más bien al meritísimo varón.

La admirable ciudad, reina del mar Adriático, que desde hacía tiempo deseaba un nuevo Patriarca, le recibió con sumo gozo y universal aplauso el día 24 de noviembre de 1894, y al punto se captó con su humanidad y virtud a los venecianos de todo orden. Y en verdad, exceptuadas las vestiduras y aquello que era propio de su nueva dignidad nada cambió en las costumbres y en la manera de vida del siervo de Dios. La misma humildad y desprecio de sí, el mismo amor a la pobreza y al trabajo, el mismo celo ardentísimo y constante de procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Como en Mantua, así también en Venecia se preocupó en primer lugar por instaurar la disciplina y favorecer la santidad del clero; procuró con toda el alma renovar y vigorizar la piedad del pueblo y el culto de las virtudes cristianas; devolver a los divinos ritos el decoro y al canto eclesiástico su prístina dignidad, apartar los abusos, vindicar los derechos de la Iglesia con suavidad y fortaleza.

Muerto León XIII, de inmortal memoria, en el año 1903, el Cardenal José Sarto, el día 4 de agosto del mismo año fue elevado a la cúspide del Sumo Pontificado, el cual recibió como una cruz, oponiendo resistencia con lágrimas en los ojos, imponiéndose el nombre de Pío X. Sentado en la cátedra de Pedro, intuyendo lo que exigía el bien de la religión y lo que pedían los tiempos, dio a conocer la que había de ser sublime e insigne divisa de su pontificado: *instaurare omnia in Christo*. Ningún cuidado mayor para el siervo de Dios —que había conocido por la experiencia no ser nada tan eficaz para «la restauración» de los hombres en Cristo como la vida santa de los clérigos— que procurar que todos aquellos que hubiesen sido llamados al servicio del Señor sobresaliesen en la piedad, en la obediencia y en la ciencia.

De aquí que en su primera Encíclica «E supremi» quisiera abrir su alma al clero exhortándolo vehementemente a gustar y a buscar las cosas celestiales. Rodeando los seminarios de Italia con sus principales cuidados, les dio un nuevo orden y les procuró un gran incremento en los altos estudios de las cosas divinas y humanas: excitó a los filósofos cristianos a luchar por la verdad bajo la guía del Aquinatense. Fundó en Roma el Instituto bíblico y con motivo del quincuagésimo año de su sacerdocio incitó a todo el clero con una suavísima exhortación a guardar diligentemente las obligaciones de su cargo. Reunió las leyes de la Iglesia, dispersas en muchos volúmenes, en un solo cuerpo acomodado a las condiciones de los tiempos, y para dar mayor rapidez al despacho de los negociados, reorganizó la Curia romana.

Solicito en alto grado por la salvación eterna de las almas, procuró que se enseñara bien la doctrina cristiana a los niños y a los adultos, dio sabias normas para la predicación, ordenó que la música se acomodara a la majestad del sagrado culto. Fautor de la santidad y de la pureza, por inspiración de la caridad divina, introdujo el uso frecuente, más aún cotidiano, del celestial banquete, y exhortó vehementemente a que los niños desde su más tierna edad se acercaran a la Sagrada comunión; y encendió y alimentó además en todos los hijos de la Iglesia un amor más grande hacia el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Maestro infalible de la fe puso al descubierto y reprimió con necesario rigor, por su encíclica «Pascendi» las doctrinas que venían a renovar todos los errores.

Como acérrimo vindicador de la Religión y fortísimo custodio de la libertad de la Iglesia de Cristo, abolió, teniendo conciencia de su oficio pastoral, el llamado «veto civil» en la elección del Romano Pontífice; rechazó, intrépido, las leyes sobre la separación de la Iglesia y el Estado; dio nuevos obispos a Francia, agobiada por grande aflicción, y reprimió la amenazadora audacia de hombres malvados. Restituyó la decaída disciplina de la Acción Católica para defensa de la Religión, y le dio robustez; dio una forma nueva a la acción social de los católicos, y le señaló nuevos fines; dirigió las asociaciones de obreros en el camino de la religión con sapientísimas leyes y reforzó las órdenes religiosas con oportunas normas jurídicas.

Con el fin de promover y preservar la fe cristiana erigió en Roma nuevas parroquias y fomentó y dio fuerza con todos los medios a la vida parroquial: procuró por las necesidades de todas las diócesis; difundió el nombre cristiano por medio de nuevos misioneros del Evangelio; puso todo cuidado en atraer de nuevo a los disidentes orientales, y, padre verdadero y amantísimo de los pobres, y sostén de los huérfanos, no dejó de acudir a ninguna de las necesidades de su pueblo.

No vencido por el trabajo, sino abatido por el acerbísima dolor causado por la infausta y horrible guerra que comenzó por aquellos días, el 15 de agosto de 1914, cayó enfermo, y habiéndose agravado rápidamente la enfermedad, llegó al extremo el día 19. Fortalecido con todos los sacramentos de la iglesia, el día 20 del mismo mes trocó placidísimamente la vida mortal por la eterna, entre el sentimiento del orbe católico que en seguida le aclamó como santo, primera y nobilísima víctima de aquella inhumana guerra, que ya se enfurecía. Acabadas las solemnes exequias en la Basílica Vaticana, el día 23 de agosto fue depositado en las sagradas criptas vaticanas, donde él se había elegido en vida sepultura. El pueblo católico en seguida lo tuvo como intercesor ante la divina majestad, a causa de las eximias virtudes de que estuvo adornado.

Por lo cual, muchos Padres purpurados, Obispos, Vicarios y Prefectos apostólicos, asociaciones piadosas y sobre todo las asociaciones llamadas de Acción Católica, las Universidades católicas, y los fieles seglares, rogaron con insistencia a esta Sede Apostólica que se le concedieran los honores de los Beatos a aquel ínclito padre de la familia cristiana, cuya creciente fama de santidad pareció que Dios confirmaba con señales celestes.

Y así, después de instruidos los procesos ordinarios, se comenzó a tramitar la causa de beatificación del Venerable siervo de Dios Pío X, cuya comisión introductoria firmamos de nuestra mano el día 12 de febrero de 1923. Terminado todo aquello que en tal juicio debía tratarse, se comenzó el examen acerca de las virtudes teologales y cardinales del siervo de Dios, las cuales después de minuciosas investigaciones y pruebas y las acostumbradas reuniones, Nos declaramos, por decreto proferido el 3 de septiembre del mismo año, haber llegado al grado heroico. Haciéndose luego el examen de los milagros que se decían obrados por Dios por intercesión del venerable Pastor de la Iglesia, de los cuales se trató en las Congregaciones ante-preparatoria, preparatoria, y finalmente en la general, habida ante Nos el 13 de enero de 1951, Nos, consideradas atentamente todas las cosas, por decreto de 11 de febrero del mismo año, declaramos constar la verdad de dos de tales milagros.

Quedaba solamente una disquisición: si el siervo de Dios podía ser contado con seguridad en el número de los beatos; cuyo dubio fue propuesto por nuestro venerable Hermano Clemente, Cardenal de la Santa Romana Iglesia Micara, Obispo de Velletri, Pro-Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Ponente o Relator de su causa, en la Congregación general celebrada ante Nos el día 20 del mismo mes y año. Todos los asistentes, así los Cardenales de

la Sagrada Congregación de Ritos, como los Prelados oficiales y los Padres Consultores dieron unánimemente respuesta afirmativa.

Sin embargo en asunto de tanta importancia diferimos dar nuestro parecer, a fin de alcanzar con instantes oraciones ofrecida a Dios, una mayor ayuda de lo alto para proferir tan grave sentencia. Así, pues, finalmente el día 4 de marzo de 1951, llamados el mentado Cardenal Pro-Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y Relator de la causa, y el Venerable Hermano Alfonso Carinci, Arzobispo titular de Seleucia en Isauria y Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, y nuestro dilecto hijo Salvador Natucci, Promotor General de la Fe, después de celebrar el Sacrificio Eucarístico, declaramos que se podía proceder con seguridad a la solemne beatificación del Venerable siervo de Dios el Papa Pío X.

Siendo esto así, Nos, dando cumplimiento a los votos de toda la Iglesia universal, por la fuerza de estas Nuestras Letras y por Nuestra autoridad apostólica, permitimos que el Venerable siervo de Dios Pío X sea llamado en lo futuro con el nombre de Beato, y su cuerpo y reliquias sean presentadas a la pública veneración de los fieles, aunque no en públicas procesiones, y sean adornadas sus imágenes con rayos. Además concedemos, por la misma Autoridad Nuestra que se recite cada año el oficio del Común de un Sumo Pontífice con las lecciones propias por Nos aprobadas, y que se celebre la Misa del mismo Común con la oración propia aprobada por Nos, según las rúbricas del Misal y del Breviario romano. Permitimos, sin embargo, la recitación del oficio y la celebración de la Misa sólo en las diócesis de Treviso, en cuyos confines nació el Beato, en las de Mantua y Venecia, en las cuales ejerció santamente el oficio pastoral, y finalmente en la romana, en la cual, como Obispo de la Iglesia católica y Sumo Pastor de la grey cristiana, terminó sus días. Y permitimos tal oficio a aquellos fieles que están obligados a recitar las horas canónicas, y la Misa a todos los presbíteros, tanto seculares como regulares que acudan a los templos y capillas donde se celebre la fiesta del mismo Beato.

Finalmente concedemos que pueda celebrarse la solemnidad de la beatificación del Venerable Papa Pío X, conforme a las leyes litúrgicas, en los dichos templos o capillas, en los días designados por la legítima autoridad, dentro de un año desde la celebración de las mismas solemnidades sacrosantas en la Basílica Vaticana. No obstante las Constituciones Apostólicas y Decretos de *non cultu*, y cualesquiera otras contrarias. Queremos que se dé en las investigaciones judiciales la misma fe a los ejemplares de estas Letras, incluso impresas, con tal que estén suscritas por el Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, y lleve el sello de la misma Congregación, que a la significación de Nuestra voluntad.

Dado en Roma junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 3 de junio, Dominica infraoctava del Sagrado Corazón, año 1951, 13º de Nuestro Pontificado.

CONTRAPORTADA

Falsedad de los nuevos «modelos de familia»

Aparece así claro cómo la familia, fundada en el matrimonio, es la «morada» de toda persona, en la que cada hombre puede encontrar un hogar donde ser querido por sí mismo. Con ello se pone de manifiesto la falsedad de los que se denominan nuevos y alternativos «modelos de familia». Se trata de diversas formas de unión más o menos estables, pero que rechazan el matrimonio como fundamento, la indisolubilidad del mismo, o la diferenciación sexual que implica. En el fondo, lo que estas nuevas experiencias manifiestan es la necesidad que tiene todo hombre de establecer una relación de convivencia personal. Sin embargo, el nuevo modelo pluralístico de familia carece de una visión antropológica adecuada que considere al hombre en su totalidad, y por ello ocasiona graves daños personales y sociales. Estos modelos alternativos, sin embargo, pretenden que se les reconozca un supuesto derecho de adoptar niños o de asimilarse lo más posible a la forma del denominado modelo unívoco o «familia natural» fundada sobre el matrimonio.

Respecto a estos nuevos modelos los obispos queremos desenmascarar los dramas personales que tantos discursos ambiguos dejan a su paso. No basta ampararse en una pretendida tolerancia. La familia es el lugar primigenio de libertad, precisamente por la verdad e irrevocabilidad de las relaciones que implica. Negar esta verdad supone forzar la libertad de las personas, contaminando la posibilidad de un verdadero amor y obligándolas a vivir en una ficción que les conducirá a la larga a la más amarga de las soledades.

Es terriblemente preocupante la ingenuidad con que se afronta la cuestión de la homosexualidad. Esta tendencia constituye para los que la poseen una verdadera y difícil prueba, cuyas causas no son fáciles de explicar. Toda persona humana merece un respeto incondicional. Pero este respeto implica el reconocimiento de su situación: la homosexualidad para él es una verdadera dificultad de identidad sexual. La aceptación incondicional de la persona requiere precisamente que se perciba el problema que tiene respecto a su identidad sexual. Obviar esta dificultad y admitir sin más una pretendida libertad sexual no soluciona la cuestión de fondo.

Por otro lado, las fuerzas sociales deben saber responder a la pretensión inconsiderada de determinados grupos de presión que procuran de una forma sistemática la justificación y exaltación pública de un estilo de vida homosexual en vistas a su aceptación por la sociedad, con la pretensión de alcanzar un cambio legislativo para que los homosexuales puedan gozar de nuevos derechos referentes al matrimonio y a la adopción.

*(De la Instrucción pastoral
de la Conferencia Episcopal
Española, aprobada en su
LXXVI Asamblea Plenaria,
el 27 de abril de 2001)*